# HABLA UN EXORCISTA

GABRIELE AMORTH

PLANETA TESTIMONIO

4ª EDICIÓN



El padre Gabriele Amorth (Módena, 1925) es licenciado en Derecho, sacerdote de la Pia Società San Paolo y miembro de la Pontificia Academia Mariana Internacional. Periodista conocido por su colaboración en *Famiglia Cristiana*, el semanario católico de mayor tirada del mundo, es también director de la revista *Madre di Dio* y autor de numerosos artículos marianos. Ha publicado varios libros, cuatro de ellos dedicados a la Virgen María. Desempeña en la diócesis de Roma el ministerio de exorcista.

PLANETA + TESTIMONIO

# HABLA UN EXORCISTA

# HABLA UN EXORCISTA

GABRIELE AMORTH

Presentación del padre
CANDIDO AMANTINI

Traducción de
JUAN CARLOS GENTILE VITALE

PLANETA

Colección PLANETA + TESTIMONIO
Dirección: Álex Rosal

Título original: Un esorcista racconta



Realización de la cubierta: Departamento de Diseño de Editorial Planeta

Ilustración de la cubierta: detalle de «La expulsión de los diablos de Arezzo», pintura mural de Giotto, Iglesia Superior de San Francisco de Asís

Primera edición: enero de 1998
Segunda edición: noviembre de 1999
Tercera edición: agosto de 2001
Cuarta edición: febrero de 2005

Depósito Legal: B. 9.614-2005
ISBN 84-08-02355-1

Composición: Fotocomposición A. Parras

Impresión: Liberduplex, S. L.

Encuadernación: Lorac Port, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

# PRESENTACIÓN

*Me es muy grato formular aquí algunas observaciones para predisponer a la lectura del libro del padre Gabriele Amorth, desde hace varios años valioso ayudante mío en el ministerio de exorcista. Algunos episodios aquí reseñados los hemos vivido juntos y juntos hemos compartido las preocupaciones, las fatigas y las esperanzas en ayuda de tantas personas que sufren y que han recurrido a nosotros.*

*Me place en gran manera la publicación de estas páginas también porque, en estos últimos decenios, a pesar de que se ha escrito mucho en casi todos los campos de la teología y la moral católica, el tema de los exorcismos ha estado poco menos que olvidado. Quizá sea por esta escasez de estudios e intereses por lo que, todavía hoy, la única parte del Ritual que aún no ha sido actualizada según las disposiciones posconciliares es precisamente la que concierne a los exorcismos.*

*Sin embargo, la importancia del ministerio de «expulsar a los demonios» es grande, como se desprende de los Evangelios, de los Hechos de los Apóstoles y de la historia de la Iglesia.*

*Cuando san Pedro fue conducido, por inspiración sobrenatural, a la casa del centurión Cornelio con el fin de anunciar la fe cristiana a aquel primer puñado de gentiles, él, para demostrar que Dios había estado verdaderamente con Jesús, subrayó de manera muy concreta la virtud que había manifestado al liberar a los poseídos por el demonio (cf. Ac. 10, 1-38). El Evangelio nos habla a menudo, con narraciones concretas, del poder extraordinario que Jesús demostró en este campo. Si al mandar a su Hijo Unigénito al mundo el Padre había tenido la intención de poner fin al reino tenebroso de Satanás sobre los hombres, ¿qué modo más elocuente habría podido emplear Nuestro Señor para demostrarlo?*

*Los libros santos nos garantizan que Satanás expresa su poder sobre el mundo también en forma de posesiones físicas. Entre las potestades propias que Jesús quiso transmitir a los apóstoles y a sus sucesores puso repetidas veces de relieve la de expulsar a los demonios (cf. Mt. 10, 8; Mc. 3, 15; Lc. 9, 1).*

*No obstante, si bien Dios permite que algunas personas experimenten vejaciones diabólicas, las ha provisto de poderosas ayudas de diversas clases: ha dotado a la Iglesia de poderes sacramentales muy eficaces para este menester. Pero también, contra esa nefasta actividad de Satanás, Dios ha elegido como antídoto permanente a la Santísima Virgen, por aquella enemistad que él sancionó desde el principio entre los dos adversarios.*

*La mayoría de los escritores contemporáneos, sin excluir a los teólogos católicos, aunque no niegan la existencia de Satanás y de los*

*demás ángeles rebeldes, son propensos a subestimar la entidad de su influencia sobre las cosas humanas. Tratándose además de influencia en el campo físico, el descrédito es considerado como un deber y una demostración de sabiduría. La cultura contemporánea, en su conjunto, considera como una ilusión de épocas primitivas atribuir a agentes distintos de los de orden natural la causa de los fenómenos que acaecen a nuestro alrededor.*

*Es evidente que la obra del maligno se ve enormemente facilitada por esta postura, sobre todo cuando la comparten precisamente aquellos que, por su ministerio, tendrían el deber de impedir su maléfica actividad. Tomando como base, en cambio, las Sagradas Escrituras, la teología y la experiencia cotidiana habría que pensar también hoy en los poseídos por el diablo como en una legión de infelices, en favor de los cuales la ciencia puede muy poco, aun cuando no lo confiesa con sinceridad. Diagnosticar prudentemente una* demonopatía *—así podría llamarse toda mala influencia diabólica— no es imposible, en la mayor parte de los casos, para quien sepa tener en cuenta la sintomatologia propia con que se manifiesta habitualmente la acción demoníaca.*

*Un mal de origen demoníaco, aun de poca monta, se muestra extrañamente refractario a cualquier fármaco común; mientras que unos males gravísimos, estimados incluso como mortales, se atenúan misteriosamente hasta desaparecer del todo gracias a socorros de orden puramente religioso. Además, las víctimas de un espíritu maligno se ven como perseguidas por una continua mala suerte: sus vidas son una sucesión de desgracias.*

*Muchos eruditos se dedican hoy al estudio de los fenómenos correspondientes a los que se producen en los sujetos demonopáticos, fenómenos cuya objetividad fuera de lo normal reconocen francamente, y por eso los han clasificado científicamente con el término de* paranormales. *No negamos en absoluto los progresos de la ciencia; pero va contra la realidad, continuamente experimentada por nosotros, ilusionarse con la idea de que la ciencia pueda explicarlo todo y querer reducir todo mal sólo a causas naturales.*

*Son muy pocos los estudiosos que creen seriamente en la posibilidad de intromisión de potencias extrañas, inteligentes e incorpóreas como causas de ciertos fenómenos. También es escaso el número de médicos que, ante casos de enfermedades con sintomatologías desconcertantes y resultados clínicamente inexplicables, se planteen serenamente la eventualidad de tener que vérselas con pacientes de esta otra clase. Muchos de éstos apelan, en semejantes casos, a Freud como a su propio hierofante. Por eso, frecuentemente reducen a estos desgraciados a situaciones todavía peores; mientras que su acción, de acuerdo con la de un sacer*ce*dote exorcista, podría resultar también en esos casos enormemente benéfica.*

*Con brevedad y claridad, el libro del padre Amorth pone al lector directamente en contacto con la actividad del exorcista. Aun cuando la obra sigue un hilo lógico de desarrollo, no se detiene en premisas teóricas (existencia del demonio, posibilidad de la posesión física, etc.) ni en conclusiones doctrinales. Prefiere que hablen los hechos, poniendo al lector frente a aquello que un exorcista ve y hace. Sé cuánto aprecia el autor a los hombres de Iglesia, depositarios privilegiados del poder conferido por Cristo de expulsar a los demonios en su nombre. Por eso confío en que este libro pueda hacer mucho bien y sirva de estímulo a otros estudios en el mismo ámbito.*

Padre CANDIDO AMANTINI

# INTRODUCCIÓN

Cuando el cardenal Ugo Poletti, vicario del papa en la diócesis de Roma, me confirió inesperadamente la facultad de exorcista, yo no imaginaba qué inmenso mundo se abriría a mi conocimiento y qué ingente número de personas acudiría a mi ministerio. Además, el encargo me fue conferido inicialmente como ayudante del padre Candido Amantini, pasionista muy conocido por su experiencia como exorcista, que hacía que acudieran a la Escala Santa menesterosos de toda Italia y a menudo también del extranjero. Ésta fue para mí una gracia verdaderamente grande. Uno no se convierte en exorcista por sí solo, sino con grandes dificultades y a costa de inevitables errores en perjuicio de los fieles. Creo que el padre Candido era el único exorcista en el mundo con treinta y seis años de experiencia a tiempo completo. Yo no podía tener mejor maestro y le estoy agradecido por la infinita paciencia con que me orientó en este ministerio, totalmente nuevo para mí.

También hice otro descubrimiento: que en Italia había muy pocos exorcistas, y poquísimos de ellos preparados. Aún peor es la situación en otras naciones, por lo cual me encontré bendiciendo a personas llegadas de Francia, Austria, Alemania, Suiza, España e Inglaterra, donde —a decir de los solicitantes— no habían conseguido encontrar un exorcista. ¿Incuria de los obispos y los sacerdotes? ¿Verdadera y auténtica incredulidad sobre la necesidad y eficacia de este ministerio? En todo caso, me sentía encaminado a desarrollar un apostolado entre personas que sufrían mucho y a las que nadie comprendía: ni familiares, ni médicos, ni sacerdotes. La pastoral en este sector, hoy, en el mundo católico, está del todo descuidada. Antes no era así y debo reconocer que no es así hoy en algunas confesiones de la reforma protestante, en las que los exorcismos se practican con frecuencia y provecho. Cada catedral debería tener un exorcista como tiene un penitenciario; y tanto más numerosos deberían ser los exorcistas cuanto más necesarios fuesen: en las parroquias más populosas, en los santuarios.

En cambio, además de la escasez del número, los exorcistas son mal vistos, combatidos, les cuesta encontrar hospitalidad para ejercer su

ministerio. Se sabe que los endemoniados a veces aúllan. Esto basta para que un superior religioso o un párroco no quiera exorcistas en sus locales: vivir tranquilo y evitar cualquier griterío vale más que la caridad de curar a los poseídos. También el autor de esta obra ha debido recorrer su calvario, si bien mucho menos que otros exorcistas, más meritorios y solicitados. Es una reflexión que invito a hacer, sobre todo a los obispos, que en nuestro tiempo son a veces escasamente sensibles a este problema, al no haber ejercido nunca este ministerio, el cual les está, sin embargo, confiado a ellos en exclusiva: sólo ellos pueden ejercerlo o nombrar exorcistas. ¿De dónde sale este libro? Del deseo de poner a disposición de cuantos estén interesados en este asunto el fruto de mucha experiencia, más del padre Candido que mía. Mi intención es ofrecer un servicio en primer lugar a los exorcistas y a todos los sacerdotes. En efecto, igual que todo médico clínico ha de estar en condiciones de indicar a sus pacientes cuál es el especialista al que deben recurrir en cada caso (un otorrino, un ortopeda, un neurólogo...), así todo sacerdote debe poseer ese mínimo de conocimientos para comprender si una persona necesita o no dirigirse a un exorcista.

Hay otro motivo, por el que varios sacerdotes me han alentado a escribir este libro. Entre las normas dirigidas a los exorcistas, el Ritual les recomienda que estudien «muchos documentos útiles de autores acreditados».

Ahora bien, cuando se buscan libros serios sobre este asunto se encuentran muy pocos. Señalo tres. Está el libro de monseñor Balducci: *Il diavolo* (Piemme, 1988); es útil por su parte teórica, pero no por la práctica, en la cual es deficiente y presenta errores; el autor es un demonólogo, no un exorcista. Está el libro de un exorcista, el padre Matteo La Grua: *La preghiera di liberazione* (Herbita, Palermo, 1985); es un volumen escrito para los grupos de Renovación, con el objetivo de guiar sus plegarias de liberación. Hay que mencionar también el libro de Renzo Allegri: *Cronista all'inferno* (Mondadori, 1990); no es un estudio sistemático, sino una colección de entrevistas llevadas a cabo con extrema seriedad y que narran los casos límite, los más impresionantes, seguramente verídicos, pero que no reflejan la casuística ordinaria que debe abordar un exorcista.

En conclusión, me he esforzado en estas páginas en colmar una laguna y presentar la cuestión bajo todos sus aspectos, pese a la brevedad que me he prefijado para poder llegar a un mayor número de lectores. Me propongo profundizar más en próximos libros y espero que otros escriban con competencia y sensibilidad religiosa, de modo que el tema sea tratado con la debida riqueza, que en los siglos pasados se hallaba en el campo católico y que ahora sólo se encuentra en el protestante.

Digo también que no me detengo a demostrar ciertas verdades que supongo aceptadas y que ya han sido tratadas suficientemente en otros libros: la existencia de los demonios, la posibilidad de las posesiones

diabólicas y el poder de expulsar a los demonios que Cristo ha concedido a aquellos que creen en el mensaje evangélico. Son verdades reveladas, claramente contenidas en la Biblia, profundizadas por la teología y que constantemente enseña el magisterio de la Iglesia. He preferido ir más allá y detenerme en lo menos conocido, en las consecuencias prácticas que pueden ser útiles a los exorcistas y a cuantos deseen ser informados sobre esta materia. Se me perdonará alguna repetición de conceptos fundamentales.

Que la Virgen Inmaculada, enemiga de Satanás desde el primer anuncio de la salvación (Gén. 3, 15) hasta el cumplimiento de ésta (Ap. 12) y unida a su Hijo en la lucha por derrotarlo y aplastarle la cabeza, bendiga este trabajo, fruto de una actividad agotadora que desarrollo confiado en la protección de su manto maternal.

Añado algunas observaciones a esta edición ampliada. No preveía que la difusión del libro sería tan vasta y rápida como para requerir que en poco tiempo se sucedieran nuevas ediciones. Es una confirmación, a mi parecer, no sólo del interés del asunto, sino también del hecho de que actualmente no existe ningún libro, entre los católicos, que aborde los exorcismos de manera completa, aunque concisa. Y esto no sólo en Italia, sino en todo el mundo católico. Es un dato significativo y penoso, que denuncia un inexplicable desinterés o, quizá, auténtica incredulidad.

Agradezco los numerosísimos elogios recibidos, las manifestaciones de aprobación, especialmente por parte de otros exorcistas, entre las cuales la más grata ha sido la de mi «maestro» el padre Candido Amantini, que ha reconocido mi libro como fiel a sus enseñanzas. No me han llegado críticas como para tener que realizar modificaciones; por eso, en esta nueva edición sólo he hecho ampliaciones que he estimado significativas para un mayor ahondamiento en el tema tratado, pero no he hecho correcciones. Creo que también las personas o las clases sociales sobre las que he tenido que hablar han comprendido la recta intención de mis observaciones y no se han ofendido por ellas. He tratado de prestar un servicio del más amplio alcance, posibilitado por la prensa, del mismo modo que en mi actividad trato día a día de ofrecer un servicio a cuantos recurren a mi ministerio de exorcista.

Por todo doy gracias al Señor. Permítaseme añadir algo más, con motivo de la décima edición (1993). Debo reconocer que en estos dos últimos años algo ha cambiado: se han publicado importantes documentos episcopales, ha aumentado el número de exorcistas, varios obispos practican exorcismos y nuevos libros se han sumado a los míos. Algo se está moviendo. No me atribuyo el mérito de ello, pero señalo los hechos.

Concluyo con un conmovido recuerdo del padre Candido Amantini, a quien el Señor llamó a su lado el 22 de septiembre de 1992. Era el día de

su onomástica; a los cofrades que le felicitaban les dijo sencillamente: «Le he pedido a san Cándido que hoy me haga un regalo.»

Nacido en 1914, a los dieciséis años entró en los pasionistas. Profesor de Sagrada Escritura y de Moral, se prodigó sobre todo en el ministerio de exorcista a lo largo de treinta y seis años. Recibía de sesenta a ochenta personas cada mañana, y escondía su cansancio detrás de un rostro sonriente. Sus consejos a menudo resultaban inspirados. De él dijo el padre Pio: «El padre Candido es un sacerdote según el corazón de Dios.»

El presente libro, aparte de los defectos, que deben atribuírseme a mí, sigue testimoniando su experiencia de exorcista, en beneficio de cuantos están interesados en la materia. Y éste es uno de los motivos por los cuales lo he escrito y me alegró muchísimo su juicio sobre la fidelidad a su larga experiencia.

GABRIELE AMORTH

# CENTRALIDAD DE CRISTO

También el demonio es una criatura de Dios. No se puede hablar de él y de los exorcismos sin exponer antes, al menos de forma esquemática, algunos conceptos básicos sobre el plan de Dios en la creación. Desde luego no diremos nada nuevo, pero quizá abriremos nuevas perspectivas a algunos lectores.

Con demasiada frecuencia solemos pensar en la creación de un modo equivocado, hasta el punto de dar por descontada esta falsa sucesión de hechos. Creemos que un buen día Dios creó a los ángeles; que los sometió a una prueba, no se sabe bien cuál, y del resultado de ella surgió la división entre ángeles y demonios: los ángeles se vieron premiados con el paraíso; los demonios, castigados con el infierno. Luego creemos que, otro buen día, Dios creó el universo, los reinos mineral, vegetal, animal y, por último, al hombre. Adán y Eva en el paraíso terrenal pecaron, obedeciendo a Satanás y desobedeciendo a Dios. En este punto, para salvar a la humanidad, Dios pensó en enviar a su Hijo.

No es ésta la enseñanza de la Biblia ni la de los santos padres. Con semejante concepción, el mundo angélico y la creación son ajenos al misterio de Cristo. Léase, en cambio, el prólogo al Evangelio de san Juan y léanse los dos himnos cristológicos que abren las Epístolas a los Efesios y a los Colosenses. Cristo es el primogénito de todas las criaturas; todo fue hecho por él y para él. No tienen ningún sentido las disputas teológicas en las que se pregunta si Cristo hubiera venido sin el pecado de Adán. Él es el centro de la creación, el que compendia en sí a todas las criaturas: las celestiales (ángeles) y las terrenales (hombres). En cambio, sí se puede afirmar que, a causa de la culpa de los progenitores, la venida de Cristo adquirió un significado particular: vino como salvador. Y el centro de su acción está contenido en el misterio pascual: mediante la sangre de su cruz reconcilia a Dios con todas las cosas, en los cielos (ángeles) y en la tierra (hombres).

De este planteamiento cristocéntrico depende el papel de toda criatura. No podemos omitir una reflexión respecto de la Virgen María. Si

la criatura primogénita es el Verbo encarnado, no podía faltar en el pensamiento divino, antes de cualquier otra criatura, la figura de aquella en la que se llevaría a efecto tal encarnación. De ahí su relación única con la Santísima Trinidad, hasta el punto de ser llamada, ya en el siglo n, «cuarto elemento de la trinidad divina». Remitimos a quien quiera profundizar en este aspecto a los dos volúmenes de Emanuele Testa: *Maria, terra vergine* (Jerusalén, 1986).

Cabe hacer una segunda reflexión acerca de la influencia de Cristo sobre los ángeles y los demonios. Sobre los ángeles: algunos teólogos creen que sólo en virtud del misterio de la cruz los ángeles fueron admitidos en la visión beatífica de Dios. Muchos santos padres de la Iglesia han escrito interesantes afirmaciones. Por ejemplo, en san Atanasio leemos que también los ángeles deben su salvación a la sangre de Cristo. Respecto a los demonios, los Evangelios contienen numerosas aseveraciones: a través de la cruz, Cristo derrotó al reino de Satanás e instauró el reino de Dios. Por ejemplo, los endemoniados de Gerasa exclaman: «¿Quién te mete a ti en esto, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo?» (Mt. 8, 29). Es una clara referencia al poder de Satanás con el que Cristo acaba progresivamente; por eso aún dura y perdurará hasta que se haya completado la salvación, *porque han derribado al acusador de nuestros hermanos* (Ap. 12, 10). Para profundizar en estos conceptos y en el papel de María, enemiga de Satanás desde el primer anuncio de la salvación, remitimos al hermoso libro del padre Candido Amantini: *Il mistero di Maria* (Dehoniane, Nápoles, 1971).

A la luz de la centralidad de Cristo se conoce el plan de Dios, que creó todas las cosas buenas «por él y para él». Y se conoce la obra de Satanás, el enemigo, el tentador, el acusador, por cuyo influjo entraron en la creación el mal, el dolor, el pecado y la muerte. Y de ahí se desprende el restablecimiento del plan divino, llevado a cabo por Cristo con su sangre.

Emerge claro también el poderío del demonio: Jesús le llama «el príncipe de este mundo» (Jn. 14, 30); san Pablo lo señala como «dios de este mundo» (2 Cor. 4, 4); Juan afirma que «el mundo entero yace en poder del maligno» (1 Jn. 5, 19), entendiendo por *mundo* lo que se opone a Dios. Satanás era el más resplandeciente de los ángeles; se convirtió en el peor de los demonios y en su jefe. Porque también los demonios están vinculados entre sí por una estrechísima jerarquía y conservan el grado que tenían cuando eran ángeles: principados, tronos, dominios... Es una jerarquía de esclavitud, no de amor como existe entre los ángeles, cuyo jefe es Miguel.

Y resulta clara la obra de Cristo, que ha demolido el reino de Satanás y ha instaurado el reino de Dios. Por eso poseen una particularísima importancia los episodios en los que Jesús libera a los endemoniados: cuando Pedro resume ante Cornelio la obra de Cristo, no cita otros milagros, sino sólo el hecho de haber curado «a los oprimidos por el dia-

blo» (Ac. 10, 38). Entonces comprendemos por qué la primera facultad que Jesús confiere a los apóstoles es la de expulsar a los demonios (Mt. 10, 1); lo mismo vale para los creyentes: «Y estas señales acompañarán a los que crean: expulsarán demonios en mi nombre...» (Mc. 16, 17). Así, Jesús cura y restablece el plan divino, malogrado por la rebelión de una parte de los ángeles y por el pecado de los progenitores.

Porque debe quedar bien claro que el mal, el dolor, la muerte, el infierno (o sea, la condenación eterna en el tormento que no tendrá fin) *no son obra de Dios.* Unas palabras sobre el último punto. Un día el padre Candido estaba expulsando a un demonio. Hacia la conclusión del exorcismo, se volvió a aquel espíritu inmundo con ironía: «¡Vete de aquí; total, el Señor te ha preparado una buena casa, bien calentita!» A lo que el demonio respondió: «Tú no sabes nada. No es Él (Dios) quien ha hecho el infierno. Hemos sido nosotros. Él ni siquiera había pensado en ello.» En una situación análoga, mientras interrogaba a un demonio para saber si también él había colaborado en la creación del infierno, oí que me respondía: «Todos hemos contribuido.»

La centralidad de Cristo en el plan de la creación y en su restablecimiento, ocurrido con la redención, es fundamental para entender los designios de Dios y el fin del hombre. Desde luego, a los ángeles y a los hombres se les ha otorgado una naturaleza inteligente y libre. Cuando oigo que me dicen (confundiendo la presciencia divina con la predestinación) que Dios ya sabe quién se salvará y quién se condenará, por lo cual todo es inútil, suelo responder recordando cuatro verdades seguras contenidas en la Biblia, hasta el punto de haber sido definidas dogmáticamente: Dios quiere que todos se salven; nadie está predestinado al infierno; Jesús murió por todos; y a todos se les conceden las gracias necesarias para la salvación.
La centralidad de Cristo nos dice que sólo en su nombre podemos salvarnos. Y sólo en su nombre podemos vencer y liberarnos del enemigo de la salvación, Satanás.

Hacia el final de los exorcismos, cuando se trata de los casos más fuertes, los de total posesión diabólica, suelo recitar el himno cristológico de la Epístola a los Filipenses (2, 6-11). Cuando llego a las palabras: «de modo que, al oír el nombre de Jesús, toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra, en el abismo», me arrodillo yo, se arrodillan los presentes y, siempre, también el endemoniado se ve obligado a arrodillarse. Es un momento fuerte y sugestivo. Tengo la impresión de que también las legiones angélicas nos rodean, arrodilladas ante el nombre de Jesús.

# EL PODER DE SATANÁS

Las limitaciones de orden práctico que me he fijado de antemano en este libro no me permiten profundizar en temas teológicos de sumo interés. Por eso sólo continúo apuntando someramente las cuestiones, como ya he hecho en el capítulo anterior. Ciertamente, un exorcista como el padre Candido, habituado desde hace treinta y seis años a hablar con los demonios, y poseedor de una profunda y segura base teológica y escriturística, está en perfectas condiciones para formular hipótesis sobre temas acerca de los cuales la teología del pasado ha preferido decir «nada sabemos», como el pecado de los ángeles rebeldes. Sin embargo, todo lo que Dios creó tiene un diseño unitario, por lo que cada parte influye sobre el conjunto y cada sombra tiene una repercusión de oscuridad sobre todo el resto. La teología será siempre defectuosa, incomprensible, mientras no se dedique a poner de manifiesto todo cuanto se refiere al mundo angélico. Una cristología que ignora a Satanás es raquítica y nunca podrá comprender el alcance de la redención.

Volvamos a nuestro razonamiento sobre Cristo, centro del universo. Todo ha sido hecho por él y para él: en los cielos (ángeles) y en la tierra (el mundo sensible con el hombre a la cabeza). Sería hermoso hablar sólo de Cristo; pero iría contra todas sus enseñanzas y contra su obra, por ello nunca llegaremos a comprenderlo. Las Escrituras nos hablan del reino de Dios, pero también del reino de Satanás; nos hablan del poderío de Dios, único creador y señor del universo; pero también del poder de las tinieblas; nos hablan de hijos de Dios y de hijos del diablo. Es imposible comprender la obra redentora de Cristo sin tener en cuenta la obra disgregadora de Satanás.

Satanás era la criatura más perfecta salida de las manos de Dios; estaba dotado de una reconocida autoridad y superioridad sobre los demás ángeles y, a su parecer, sobre todo cuanto Dios iba creando y que él trataba de comprender pero que, en realidad, no entendía. El plan unitario de la creación estaba orientado a Cristo: hasta la aparición de Jesús en el mundo, ese plan no podía ser revelado en su claridad. De ahí la rebelión de Satanás,

por querer seguir siendo el primero absoluto, el centro de la creación, incluso en oposición al designio que Dios estaba realizando. De ahí su esfuerzo por dominar en el mundo («el mundo entero yace en poder del maligno», 1 Jn. 5, 19) y por servirse del hombre, incluso de los primeros progenitores, haciéndolo obediente a él contrariando las órdenes de Dios. Lo consiguió con los progenitores, Adán y Eva, y contaba con lograrlo con todos los demás hombres, ayudado por «un tercio de los ángeles», que, según el Apocalipsis, le siguió en la rebelión contra Dios.

Dios no reniega nunca de sus criaturas. Por eso también Satanás y los ángeles rebeldes, incluso en su distanciamiento de Dios, siguen conservando su poder, su rango (tronos, dominios, principados, potestades...), aunque hacen un mal uso de él. No exagera san Agustín al afirmar que si Dios le dejara las manos libres a Satanás, «ninguno de nosotros permanecería con vida». Al no poder matarnos, trata de hacernos sus seguidores, buscando nuestra confrontación con Dios, del mismo modo que él se opuso a Dios.

He aquí entonces la obra del Salvador. Jesús vino «para deshacer las obras del diablo» (1 Jn. 3, 8), para liberar al hombre de la esclavitud de Satanás e instaurar el reino de Dios después de haber destruido el reino de Satanás. Pero entre la primera venida de Cristo y la parusía (la segunda venida triunfal de Cristo como juez) el demonio intenta atraer hacia él a tanta gente como puede; es una lucha que lleva a cabo por desesperación, sabiéndose ya derrotado y «sabiendo que le queda poco tiempo» (Ap. 12, 12). Por eso Pablo nos dice con toda sinceridad que «nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra [...] los Espíritus del Mal [los demonios] que están en las alturas» (Ef. 6, 12).

Preciso también que las Escrituras nos hablan siempre de ángeles y demonios (aquí me refiero en particular a Satanás) como seres espirituales, sí, pero personales, dotados de inteligencia, voluntad, libertad e iniciativa. Se equivocan completamente aquellos teólogos modernos que identifican a Satanás con la idea abstracta del mal: esto es una auténtica herejía, o sea que está en abierta contradicción con lo que dice la Biblia, con la patrística y con el magisterio de la Iglesia. Se trata de verdades nunca impugnadas en el pasado, por lo cual carecen de definiciones dogmáticas, salvo la del IV Concilio lateranense: «El diablo [Satanás] y los otros demonios fueron por naturaleza creados buenos por Dios; pero se volvieron malos por su culpa.» Quien suprime a Satanás suprime también el pecado y deja de entender la obra de Cristo.

Que quede claro: Jesús venció a Satanás a través de su sacrificio; pero ya antes lo hizo mediante su enseñanza: «Pero si yo expulso a los demonios por el dedo de Dios, es señal de que el reino de Dios ya ha llegado a vosotros» (Lc. 11, 20). Jesús es el más fuerte que *ha atado* a Satanás (Mc. 3, 27), lo ha desnudado, ha saqueado su reino, que *está a*

*punto de llegar a su fin* (Mc. 3, 26). Jesús responde a aquellos que le advierten sobre la voluntad de Herodes de matarle: «Id y decidle a ese zorro: "Mira, hoy y mañana seguiré curando y echando demonios; al tercer día acabo"» (Lc. 13, 32). Jesús da a los apóstoles el poder de expulsar a los demonios; luego extiende dicho poder a los setenta y dos discípulos y, por último, se lo confiere a todos los que crean en él.

El libro de los Hechos deja testimonio de cómo los apóstoles siguieron expulsando a los demonios después de la venida del Espíritu Santo; y así continuaron los cristianos. Ya los más antiguos padres de la Iglesia, como Justino e Ireneo, nos exponen con claridad el pensamiento cristiano acerca del demonio y del poder de expulsarlo, seguidos por los demás padres, de los cuales cito en particular a Tertuliano y a Orígenes. Bastan estos cuatro autores para avergonzar a tantos teólogos modernos que prácticamente no creen en el demonio o no hablan para nada de él.

El Concilio Vaticano II insistió con eficacia sobre la constante enseñanza de la Iglesia. «Toda la historia humana está penetrada de una tremenda lucha contra las potencias de las tinieblas, lucha iniciada en los orígenes del mundo» (*Gaudium et Spes* 37). «El hombre, tentado por el maligno desde los orígenes de la historia, abusó de su libertad levantándose contra Dios y anhelando conseguir su fin al margen de Dios; rechazando reconocer a Dios como su principio, el hombre transgredió el orden debido en relación con su último fin» (*Gaudium et Spes* 13). «Pero Dios envió a su Hijo al mundo con el fin de sustraer, a través de él, a los hombres del poder de las tinieblas y del demonio» (*Ad Gentes* 1, 3). ¿Cómo logran entender la obra de Cristo aquellos que niegan la existencia y la activísima obra del demonio? ¿Cómo logran comprender el valor de la muerte redentora de Cristo? Sobre la base de los textos de las Escrituras, el Vaticano II afirma: «Con su muerte, Cristo nos ha liberado del poder de Satanás» (*Sacrosanctum Concilium* 6); «Jesús crucificado y resucitado derrotó a Satanás» (*Gaudium et Spes* 2).

Derrotado por Cristo, Satanás combate contra sus seguidores; la lucha contra «los espíritus malignos continúa y durará, como dice el Señor, hasta el último día» (*Gaudium et Spes* 37). Durante este tiempo cada hombre ha sido puesto en estado de lucha, pues es la vida terrenal una prueba de fidelidad a Dios. Por eso los «fieles deben esforzarse por mantenerse firmes contra las asechanzas del demonio y hacerle frente el día de la prueba (...) En efecto, antes de reinar con Cristo glorioso, terminado el curso único de nuestra vida terrenal (¡no existe otra prueba!), compareceremos todos ante el tribunal de Cristo para rendir cuentas cada uno de lo que hizo en su vida mortal, bueno o malo; y al llegar el fin del mundo saldrán: quien ha obrado bien a la resurrección de vida; y quien ha obrado mal, para la resurrección de condena» (cf. *Lumen Gentium* 48).

Aunque esta lucha contra Satanás concierne a todos los hombres de todos los tiempos, no hay duda de que en ciertas épocas de la historia el poder de Satanás se hace sentir con más fuerza, cuando menos a nivel comunitario y de pecados mayoritarios. Por ejemplo, mis estudios sobre la decadencia del Imperio romano me hicieron poner de relieve la ruina moral de aquella época. De ello es fiel e inspirado testimonio la Carta de Pablo a los romanos. Ahora nos encontramos al mismo nivel, debido al mal uso de los medios de comunicación de masas (buenos en sí mismos) y también al materialismo y al consumismo, que han envenenado el mundo occidental.

Creo que León XIII recibió una profecía sobre este ataque demoníaco concreto, como consecuencia de una visión a la cual nos referimos en un apéndice de este capítulo (véanse pp. 37-41).

¿De qué modo el demonio se opone a Dios y al Salvador? Queriendo para sí el culto debido al Señor y remedando las instituciones cristianas. Por eso es anticristo y antiiglesia. Contra la encarnación del Verbo, que redimió al hombre haciéndose hombre, Satanás se vale de la idolatría del sexo, que degrada al cuerpo humano convirtiéndolo en instrumento de pecado. Además, remedando el culto divino, tiene sus iglesias, su culto, sus consagrados (a menudo con pacto de sangre), sus adoradores, los seguidores de sus promesas. Del mismo modo que Cristo dio poderes concretos a los apóstoles y a sus sucesores, orientados al bien de las almas y los cuerpos, así Satanás da poderes concretos a sus secuaces, orientados a la ruina de las almas y a las enfermedades de los cuerpos. Ahondaremos en estos poderes al hablar del maleficio.

Otro apunte sobre una materia que merecería un tratamiento más profundo: tan equivocado como negar la existencia de Satanás es, según la opinión más extendida, afirmar la existencia de otras fuerzas o entidades espirituales, ignoradas por la Biblia e inventadas por los espiritistas, por los cultivadores de las ciencias exóticas u ocultas, por los seguidores de la reencarnación o los defensores de las llamadas «almas errantes». No existen espíritus buenos fuera de los ángeles, ni existen espíritus malos fuera de los demonios. Las almas de los difuntos van inmediatamente al paraíso, al infierno o al purgatorio, como fue definido por dos concilios (Lyon y Florencia). Los difuntos que se presentan en las sesiones espiritistas, o las almas de los difuntos presentes en seres vivos para atormentarlos, no son sino demonios. Las rarísimas excepciones, permitidas por Dios, son excepciones que confirman la regla. No obstante, reconocemos que en este campo no se ha dicho la última palabra: es un terreno aún problemático. El mismo padre La Grua habla de varias experiencias vividas por él con almas de finados a merced del demonio y ha planteado algunas hipótesis de explicación. Repito: es un terreno aún por estudiar a fondo; me propongo hacerlo en otra ocasión.

Algunos se asombran de la posibilidad que tienen los demonios de tentar al hombre o incluso de poseer su cuerpo (nunca el alma, si el hombre no quiere entregársela libremente) a través de la posesión o la vejación. Será bueno recordar lo que dice el Apocalipsis (12, 7 y ss.): «Después hubo una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón. El dragón y sus ángeles pelearon, pero no pudieron vencer, y ya no hubo lugar para ellos en el cielo. Así, pues, el gran dragón fue expulsado, aquella serpiente antigua que se llama *Diablo y Satanás* (...) fue precipitada en la tierra, y sus ángeles fueron con él precipitados.» El dragón, al verse arrojado a la tierra, se dio a perseguir a la «mujer envuelta en el sol como en un vestido» de la que había nacido Jesús (está clarísimo también que se trata de la Santísima Virgen); pero los esfuerzos del dragón fueron vanos. «Se dedicó, por tanto, a hacer la guerra contra el resto de la descendencia de ella, contra los que observan los preceptos de Dios y tienen el testimonio de Jesús.»

De entre los numerosos discursos de Juan Pablo II sobre Satanás, reproduzco un pasaje de lo que dijo el 24 de mayo de 1987 durante una visita al santuario de San Miguel Arcángel: «Esta lucha contra el demonio, que distingue con especial relieve al arcángel san Miguel, es actual todavía hoy, porque el demonio sigue vivo y activo en el mundo. En efecto, el mal que hay en éste, el desorden que se halla en la sociedad, la incoherencia del hombre, la fractura interior de la cual es víctima, no son sólo consecuencias del pecado original, sino también efecto de la acción devastadora y oscura de Satanás.»

La última frase es una clara alusión a la condena de Dios a la serpiente, como nos es narrado en el Génesis (3, 15): «Haré que tú y la mujer seáis enemigos, lo mismo que tu descendencia y su descendencia. Su descendencia te aplastará la cabeza.» ¿El demonio está ya en el infierno? ¿Cuándo se produjo la lucha entre los ángeles y los demonios? Son interrogantes a los que no se puede responder sin tener en cuenta al menos dos factores: que estar en el infierno o no es más una cuestión de estado que de lugar. Ángeles y demonios son puros espíritus; para ellos la palabra «lugar» tiene un sentido distinto que para nosotros. Lo mismo vale para la dimensión del tiempo: para los espíritus es distinta que para nosotros.

El Apocalipsis nos dice que los demonios fueron precipitados sobre la tierra; su condena definitiva aún no se ha producido, si bien es irreversible la selección efectuada en su momento, que distinguió a los ángeles de los demonios. Todavía conservan, por tanto, un poder, permitido por Dios, aunque «por poco tiempo». Por eso apostrofan a Jesús: «¿Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo?» (Mt. 8, 29). El juez único es Cristo, que asociará a sí mismo su cuerpo místico. De tal modo debe entenderse la expresión de Pablo: «¿No sabéis que nosotros juzgaremos a los ángeles?» (2 Cor. 6, 8). Es por este poder que aún ostentan por lo que

los endemoniados de Gerasa, volviéndose a Cristo, le rogaban «que no les mandase volver al abismo. Como había allí [...] una gran piara de cerdos paciendo, los espíritus le rogaron que les permitiera entrar en ellos» (Lc. 8, 31-32). Cuando un demonio sale de una persona y es arrojado al infierno para él es como una muerte definitiva. Por eso se opone tanto como puede. Pero deberá pagar los sufrimientos que causa a las personas con un aumento de pena eterna. San Pedro es muy claro al afirmar que el juicio definitivo sobre los demonios aún no ha sido pronunciado, cuando escribe: «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, precipitados en el infierno, los entregó a las prisiones tenebrosas, reservándolos para el juicio» (2 Pe. 2, 4). También los ángeles tendrán un aumento de gloria por el bien que nos hacen; por eso es muy útil invocarlos.

¿Qué trastornos puede causar el demonio en los hombres mientras están vivos? No es fácil encontrar escritos que traten de este asunto, también porque falta un lenguaje común, en el que todos estén de acuerdo. Me esfuerzo entonces en especificar el sentido de las palabras que uso aquí y en el resto del libro.

Hay una *acción ordinaria* del demonio, que está orientada a todos los hombres: la de tentarlos para el mal. Incluso Jesús aceptó esta condición humana nuestra, dejándose tentar por Satanás. No nos ocuparemos ahora de esta nefasta acción diabólica, no porque no sea importante, sino porque nuestro objetivo es ilustrar la *acción extraordinaria* de Satanás, aquella que Dios le consiente sólo en determinados casos.

Esta segunda acción puede clasificarse de seis formas distintas.

1. Los *sufrimientos físicos causados por Satanás externamente.* Se trata de esos fenómenos que leemos en tantas vidas de santos. Sabemos cómo san Pablo de la Cruz, el cura de Ars, el padre Pio y tantos otros fueron golpeados, flagelados y apaleados por demonios. Es una forma en la que no me detengo porque en estos casos nunca hubo ni influencia interna del demonio en las personas afectadas ni necesidad de exorcismos. A lo sumo, intervino la oración de personas que estaban al corriente de cuanto ocurría. Prefiero detenerme en las otras cuatro formas, que interesan directamente a los exorcistas.

2. La *posesión diabólica.* Es el tormento más grave y tiene efecto cuando el demonio se apodera de un cuerpo (no de un alma) y lo hace actuar o hablar como él quiere, sin que la víctima pueda resistirse y, por tanto, sin que sea moralmente responsable de ello. Esta forma es también la que más se presta a fenómenos espectaculares, del género de los puestos en escena por la película *El exorcista* o del tipo de los signos más vistosos indicados por el Ritual: hablar lenguas nuevas, demostrar una fuerza excepcional, revelar cosas ocultas. De ello tenemos un claro ejemplo evangélico en el endemoniado de Gerasa. Pero que quede bien claro que hay toda una gama de posesiones diabólicas, con grandes diferencias en

cuanto a gravedad y síntomas. Sería un grave error fijarse en un modelo único. Entre muchas otras, he exorcizado a dos personas afligidas de posesión total; durante el exorcismo permanecían perfectamente mudas e inmóviles. Podría citar varios ejemplos con fenomenologías muy diversas.

3. La *vejación diabólica*, o sea trastornos y enfermedades desde muy graves hasta poco graves, pero que no llegan a la posesión, aunque sí a hacer perder el conocimiento, a hacer cometer acciones o pronunciar palabras de las que no se es responsable. Algunos ejemplos bíblicos: Job no sufría una posesión diabólica, pero fue gravemente atacado a través de sus hijos, sus bienes y su salud. La mujer jorobada y el sordomudo sanados por Jesús no sufrían una posesión diabólica total, sino la presencia de un demonio que les provocaba esos trastornos físicos. San Pablo, desde luego, no estaba endemoniado, pero sufría una vejación diabólica consistente en un trastorno maléfico: «Por lo cual, para que yo no me engría por haber recibido revelaciones tan maravillosas, se me ha dado un sufrimiento, una especie de espina en la carne [se trataba evidentemente de un mal físico], un emisario de Satanás, que me abofetea» (2 Cor. 12, 7); por tanto, no hay duda de que el origen de ese mal era maléfico.

Las posesiones son todavía hoy bastante raras; pero nosotros, los exorcistas, encontramos un gran número de personas atacadas por el demonio en la salud, en los bienes, en el trabajo, en los afectos... Que quede bien claro que diagnosticar la causa maléfica de estos males (o sea comprobar si se trata de causa maléfica o no) y curarlos, no es en absoluto más sencillo que diagnosticar y curar posesiones propiamente dichas; podrá ser diferente la gravedad, pero no la dificultad de entender y el tiempo oportuno para curar.

4. La *obsesión diabólica.* Se trata de acometidas repentinas, a veces continuas, de pensamientos obsesivos, incluso en ocasiones racionalmente absurdos, pero tales que la víctima no está en condiciones de liberarse de ellos, por lo que la persona afectada vive en continuo estado de postración, de desesperación, de deseos de suicidio. Casi siempre las obsesiones influyen en los sueños. Se me dirá que éstos son estados morbosos, que competen a la psiquiatría. También para todos los demás fenómenos puede haber explicaciones psiquiátricas, parapsicologías o similares. Pero hay casos que se salen completamente de la sintomatologia comprobada por estas ciencias y que, en cambio, revelan síntomas de segura causa o presencia maléfica. Son diferencias que se aprenden con el estudio y la práctica.

5. Existen también las *infestaciones diabólicas* en casas, objetos y animales. No me extiendo ahora sobre este aspecto, al que aludiremos más adelante en el libro. Básteme fijar el sentido que doy al término *infestación;* prefiero no referirlo a las personas, a las que, en cambio, aplico los términos de posesión, vejación, obsesión.

6. Cito, por último, la *sujeción diabólica,* llamada también *dependencia diabólica.* Se incurre en este mal cuando nos sometemos deliberadamente a la servidumbre del demonio. Las dos formas más usadas son el pacto de sangre con el diablo y la consagración a Satanás.

¿Cómo defendernos de todos estos posibles males? Digamos en seguida que, aunque nosotros la consideramos una norma deficiente, en sentido estricto los exorcismos son necesarios, según el Ritual, sólo para la verdadera posesión diabólica. En realidad, nosotros, los exorcistas, nos ocupamos de todos los casos en que se reconoce una influencia maléfica. Pero para los demás casos distintos de la posesión deberían bastar los medios comunes de gracia: la oración, los sacramentos, la limosna, la vida cristiana, el perdón de las ofensas y el recurso constante al Señor, a la Virgen, a los santos y a los ángeles. Y es en este último punto donde deseamos detenernos ahora.

Con gusto cerramos este capítulo sobre el demonio, adversario de Cristo, hablando de los ángeles: son nuestros grandes aliados; les debemos mucho y es un error que se hable tan poco de ellos. Cada uno de nosotros tiene su ángel custodio, amigo fidelísimo durante las veinticuatro horas del día, desde la concepción hasta la muerte. Nos protege incesantemente el alma y el cuerpo; nosotros, en general, ni siquiera pensamos en ello. Sabemos que incluso las naciones tienen su ángel particular y probablemente esto ocurre también para cada comunidad, quizá para la misma familia, aunque no tenemos certeza de esto. Pero sabemos que los ángeles son numerosísimos y deseosos de hacernos el bien mucho más de cuanto los demonios tratan de perjudicarnos.

Las Escrituras nos hablan a menudo de los ángeles por las varias misiones que el Señor les confía. Conocemos el nombre del príncipe de los ángeles, san Miguel: también entre los ángeles existe una jerarquía basada en el amor y regida por aquel influjo divino «en cuya voluntad está nuestra paz», como diría Dante. Conocemos asimismo los nombres de otros dos arcángeles: Gabriel y Rafael. Un apócrifo añade un cuarto nombre: Uriel. También de las Escrituras tomamos la subdivisión de los ángeles en nueve coros: dominaciones, potestades, tronos, principados, virtudes, ángeles, arcángeles, querubines y serafines.

El creyente sabe que vive en presencia de la Santísima Trinidad, es más, que la tiene dentro de sí; sabe que es continuamente asistido por una madre que es la misma Madre de Dios; sabe que puede contar siempre con la ayuda de los ángeles y los santos; ¿cómo puede sentirse solo, o abandonado, o bien oprimido por el mal? En el creyente hay espacio para el dolor, porque ése es el camino de la cruz que nos salva; pero no hay espacio para la tristeza. Y está siempre dispuesto a dar testimonio a quienquiera que le interrogue sobre la esperanza que le sostiene (cf. 1 Pe. 3, 15).

Pero está claro que también el creyente debe ser fiel a Dios, debe temer el pecado. Éste es el remedio en el que se basa nuestra fuerza; tanto es así, que san Juan no vacila en afirmar: «Sabemos que todo el nacido de Dios no peca, porque el Hijo de Dios le guarda y el maligno no le toca» (1 Jn. 5, 18). Si nuestra debilidad nos lleva a veces a caer, debemos inmediatamente levantarnos ayudándonos de ese gran recurso que la misericordia divina nos ha concedido: el arrepentimiento y la confesión.

# APÉNDICES

*La visión diabólica de León XIII*

Muchos de nosotros recordamos cómo, antes de la reforma litúrgica debida al Concilio Vaticano II, el celebrante y los fíeles se arrodillaban al final de la misa para rezar una oración a la Virgen y otra a san Miguel arcángel. Reproducimos aquí el texto de esta última, porque es una hermosa plegaria que todos pueden rezar con provecho:

*San Miguel arcángel, defiéndenos en la batalla; contra las maldades y las insidias del diablo sé nuestra ayuda. Te lo rogamos suplicantes: ¡que el Señor lo ordene! Y tú, príncipe de las milicias celestiales, con el poder que te viene de Dios, vuelve a lanzar al infierno a Satanás y a los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para perdición de las almas.*

¿Cómo nació esta oración? Transcribo lo publicado por la revista *Ephemerides Liturgicae* en 1955 (pp. 58-59).

El padre Domenico Pechenino escribe: «No recuerdo el año exacto. Una mañana el Sumo Pontífice León XIII había celebrado la santa misa y estaba asistiendo a otra, de agradecimiento, como era habitual. De pronto, le vi levantar enérgicamente la cabeza y luego mirar algo por encima del celebrante. Miraba fijamente, sin parpadear, pero con un aire de terror y de maravilla, demudado. Algo extraño, grande, le ocurría.

»Finalmente, como volviendo en sí, con un ligero pero enérgico ademán, se levanta. Se le ve encaminarse hacia su despacho privado. Los familiares le siguen con premura y ansiedad. Le dicen en voz baja: "Santo Padre, ¿no se siente bien? ¿Necesita algo?" Responde: "Nada, nada." Al cabo de media hora hace llamar al secretario de la Congregación de Ritos y, dándole un folio, le manda imprimirlo y enviarlo a todos los obispos diocesanos del mundo. ¿Qué contenía? La oración que rezamos al final de la misa junto con el pueblo, con la súplica a María y la encendida invocación al príncipe de las milicias celestiales, implorando a Dios que vuelva a lanzar a Satanás al infierno.»

En aquel escrito se ordenaba también rezar esas oraciones de rodillas. Lo antes escrito, que también había sido publicado en el periódico *La settimana del clero* el 30 de marzo de 1947, no cita las fuentes de las que se tomó la noticia. Pero de ello resulta el modo insólito en que se ordenó rezar esa plegaria, que fue expedida a los obispos diocesanos en 1886. Como confirmación de lo que escribió el padre Pechenino tenemos el autorizado testimonio del cardenal Nasalli Rocca que, en su carta pastoral para la cuaresma, publicada en Bolonia en 1946, escribe:

«León XIII escribió él mismo esa oración. La frase [los demonios] *"que vagan por el mundo para perdición de las almas"* tiene una explicación histórica, que nos fue referida varias veces por su secretario particular, monseñor Rinaldo Angeli. León XIII experimentó verdaderamente la visión de los espíritus infernales que se concentraban sobre la Ciudad Eterna (Roma); de esa experiencia surgió la oración que quiso hacer rezar en toda la Iglesia. Él la rezaba con voz vibrante y potente: la oímos muchas veces en la basílica vaticana. No sólo esto, sino que escribió de su puño y letra un exorcismo especial contenido en el Ritual romano (edición de 1954, tít. XII, c. III, pp. 863 y ss.). Él recomendaba a los obispos y los sacerdotes que rezaran a menudo ese exorcismo en sus diócesis y parroquias. Él, por su parte, lo rezaba con mucha frecuencia a lo largo del día.»

Resulta interesante también tener en cuenta otro hecho, que enriquece aún más el valor de aquellas oraciones que se rezaban después de cada misa. Pío XI quiso que, al rezarlas, se hiciese con una especial intención por Rusia (alocución del 30 de junio de 1930). En esa alocución, después de recordar las oraciones por Rusia a las que había instado también a todos los fieles en la festividad del patriarca san José (19 de marzo de 1930), y después de recordar la persecución religiosa en Rusia, concluyó como sigue:

«Y a fin de que todos puedan sin fatiga ni incomodidad continuar en esta santa cruzada, disponemos que esas oraciones que nuestro antecesor de feliz memoria, León XIII, ordenó que los sacerdotes y los fieles rezaran después de la misa, sean dichas con esta intención especial, es decir, por Rusia. De lo cual los obispos y el clero secular y regular tendrán cuidado de mantener informados a su pueblo y a cuantos estén presentes en el santo sacrificio, sin dejar de recordar a menudo lo antedicho» (*Civiltà Cattolica,* 1930, vol. III).

Como se ve, los pontífices tuvieron presente con mucha claridad la tremenda presencia de Satanás: la intención añadida por Pío XI apuntaba al centro de las falsas doctrinas sembradas en nuestro siglo y que todavía hoy envenenan la vida no sólo de los pueblos, sino de los mismos teólogos. Si luego las disposiciones de Pío XI no han sido observadas, es culpa de aquellos a quienes habían sido confiadas; desde luego, se integraban

perfectamente en los acontecimientos carismáticos que el Señor había dado a la humanidad mediante las apariciones de Fátima, aun siendo independientes de ellas: a la sazón Fátima todavía era desconocida en el mundo.

*Los dones de Satanás*

También Satanás concede poderes a sus devotos. A veces, como el auténtico embustero que es, los destinatarios de tales poderes no comprenden inmediatamente su procedencia o no quieren comprenderla, demasiado contentos con esos dones gratuitos. Así puede suceder que una persona tenga un don de presciencia; otros, sólo poniéndose ante un folio de papel en blanco con una pluma en la mano, que escriban espontáneamente páginas y más páginas de mensajes; otros tienen la impresión de poder desdoblarse y que una parte de su ser puede penetrar en casas y en ambientes incluso lejanos; es muy corriente que algunos oigan «una voz» que a veces puede sugerir oraciones y otras veces cosas completamente distintas.

Podría continuar con la lista. ¿Cuál es la fuente de estos dones especiales? ¿Son carismas del Espíritu Santo? ¿Son regalos de procedencia diabólica? ¿Se trata más sencillamente de fenómenos metapsíquicos? Es preciso un estudio o un discernimiento realizado por personas competentes para establecer la verdad. Cuando san Pablo estaba en Tiatira, le sucedió que continuamente le seguía una esclava que tenía el don de la adivinación y con esta peculiaridad suya procuraba mucho dinero a sus amos. Pero era un don de origen diabólico que desapareció inmediatamente después de que san Pablo hubo expulsado al espíritu maligno (Ac. 16, 16-18).

A título de ejemplo, reproducimos algunos pasajes de un testimonio firmado por «Erasmo de Bari» y publicado en *Rinnovamento dello Spirito Santo* en septiembre de 1987. Las observaciones entre corchetes son nuestras.

«Hace algunos años hice el experimento del juego del *vaso* sin saber que se trataba de una forma de espiritismo. Los mensajes utilizaban un lenguaje de *paz* y *hermandad* [adviértase cómo el demonio sabe enmascararse bajo apariencias de bien]. Después de algún tiempo fui investido de extrañas facultades precisamente en Lourdes, mientras desempeñaba mi misión [también este detalle es digno de destacar: no existen lugares, por más sagrados que sean, donde el demonio no pueda introducirse].

»Tenía las mismas facultades que en parapsicología se definen como extrasensoriales, es decir: clarividencia, lectura del pensamiento, diagnósticos clínicos, lectura del corazón y la vida de personas vivas o difuntas y otros poderes. Algunos meses más tarde se añadió otra facultad:

la de anular el dolor físico con la imposición de manos, aliviando o eliminando el estado de sufrimiento; ¿era quizá la llamada pranoterapia?

»Con todos estos poderes no me era difícil hablar con la gente; pero después de los encuentros esa gente quedaba aturdida por lo que yo le decía y con un sentimiento de profunda turbación porque la condenaba por los pecados cometidos, ya que los veía en su alma. Pero, leyendo la palabra de Dios, me daba cuenta de que mi vida no había cambiado en absoluto. Seguía siendo fácil presa de la ira, lento para el perdón, propenso al resentimiento, susceptible ante la ofensa. Tenía miedo de cargar con mi cruz, tenía miedo de la incógnita del futuro y de la muerte.

»Después de una larga peregrinación y tormentosos pesares, Jesús me orientó hacia la Renovación. Aquí he encontrado algunos hermanos que han rogado por mí, y ha resultado que lo que me había sucedido no era de origen divino, sino fruto del maligno. Puedo testimoniar que he visto la potencia del nombre de Jesús. He reconocido y confesado mis pecados del pasado, me he arrepentido, he renunciado a toda práctica oculta. Estos poderes han cesado y he sido perdonado por Dios; por eso le estoy agradecido.»

No olvidemos que también la Biblia nos proporciona ejemplos de idénticos hechos extraordinarios realizados por Dios o el demonio. Algunos prodigios que Moisés, por orden de Dios, realiza delante del faraón, son realizados también por los magos de la corte. He aquí por qué el hecho en sí, tomado aisladamente, no es suficiente para explicarnos la causa cuando se trata de fenómenos de esta índole.

Añado que con frecuencia las personas afectadas por trastornos maléficos poseen «sensibilidades» particulares: entienden inmediatamente si una persona está imbuida de negatividad, prevén acontecimientos futuros, a veces tienen una notable tendencia a querer imponer las manos a personas psíquicamente frágiles. Otras veces tienen la impresión de poder influir sobre los acontecimientos del prójimo, augurando el mal con una perversidad que sienten en sí mismas, casi con prepotencia. He visto que es preciso oponerse a todas estas tendencias y vencerlas para poder llegar a la curación.

# LOS EXORCISMOS

«A los que creyeren les acompañarán estas señales: en mi nombre expulsarán los demonios» (Mc. 16, 17): este poder que Jesús confirió a todos los creyentes conserva su plena validez. Es un poder general, basado en la fe y la oración. Puede ser ejercido por individuos o comunidades. Es siempre posible y no requiere ninguna autorización. Pero precisemos el lenguaje: en este caso se trata de *plegarias de liberación,* no de exorcismos.

La Iglesia, para dar más eficacia a ese poder conferido por Cristo y para salvaguardar a los fieles de embrollones y magos, ha instituido un sacramental particular, el exorcismo, que puede ser administrado exclusivamente por los obispos o los sacerdotes (por tanto, *nunca por laicos)* que han recibido del obispo licencia específica y expresa. Así lo dispone el Derecho canónico (can. 1172) que nos recuerda también cómo los sacramentales se valen de la fuerza de impetración de la Iglesia, a diferencia de las oraciones privadas (can. 1166), y cómo deben ser administrados observando cuidadosamente los ritos y las fórmulas aprobadas por la Iglesia (can. 1167).

De ello se deduce que sólo al sacerdote autorizado, además de al obispo exorcizante (¡ojalá los hubiera!), corresponde el nombre de exorcista. Es un nombre hoy sobredimensionado. Muchos, sacerdotes y laicos, se llaman exorcistas cuando no lo son. Y muchos dicen que hacen exorcismos, mientras que sólo hacen plegarias de liberación, cuando no hacen incluso magia... *Exorcismo es sólo el sacramental instituido por la Iglesia.* Encuentro equívocas y engañosas otras denominaciones. Es exacto llamar *exorcismo sencillo* al introducido en el bautismo y *exorcismo solemne* al sacramento reservado a los exorcismos propiamente dichos. Así se expresa el nuevo Catecismo. Pero considero erróneo llamar exorcismo privado o exorcismo común a una prez que no es en absoluto un exorcismo, sino sólo una *plegaria de liberación* y que así debe ser llamada.

El exorcista debe atenerse a las oraciones del Ritual. Pero hay una diferencia respecto de los demás sacramentales. El exorcismo puede durar unos pocos minutos o prolongarse varias horas. Por eso no es necesario

rezar todas las oraciones del Ritual, mientras que, en cambio, se pueden añadir muchas otras, como el propio Ritual sugiere.

El objetivo del exorcismo es doble. Se propone liberar a los poseídos; este aspecto lo ponen de relieve todos los libros sobre la cuestión. Pero, antes aun, tiene un fin de diagnóstico, con demasiada frecuencia ignorado. Es verdad que el exorcista, antes de proceder, interroga a la persona misma o a sus familiares para cerciorarse de si existen o no las condiciones para administrar el exorcismo. Pero también es verdad que *sólo mediante el exorcismo* podemos darnos cuenta con certeza de si hay intervención diabólica o no. Todos los fenómenos que se produzcan, por extraños o aparentemente inexplicables que sean, pueden encontrar en realidad una explicación natural. Tampoco la suma de fenómenos psiquiátricos y parapsicológicos es un criterio suficiente para el diagnóstico. Sólo mediante el exorcismo se adquiere la certeza de encontrarse ante una intervención diabólica.

En este punto es necesario adentrarnos un poco en un tema que, por desgracia, no es ni siquiera aludido en el Ritual y es soslayado por todos aquellos que han escrito sobre este asunto.

Hemos afirmado que el exorcismo tiene, ante todo, un efecto diagnóstico, sea comprobar la presencia o no de una causa maléfica de los trastornos o una presencia maléfica en la persona. En orden cronológico este objetivo es el primero que se alcanza y al cual se apunta; en orden de importancia el fin específico de los exorcismos es liberar de las presencias maléficas o de los trastornos maléficos. Pero es muy importante tener presente esta sucesión lógica (primero la diagnosis y luego el tratamiento) para valorar correctamente *los signos* a los que el exorcista debe atenerse. Y digamos inmediatamente que revisten mucha importancia los signos *antes* del exorcismo, los signos *durante* el exorcismo, los signos *después* del exorcismo, el desarrollo de los signos *en el transcurso* de los distintos exorcismos.

Nos parece que, aunque sea indirectamente, el Ritual tiene un poco en cuenta esta sucesión, desde el momento que dedica una norma (núm. 3) a poner en guardia al exorcista a fin de que no sea fácil creer en una presencia demoníaca; pero luego dedica varias normas a poner en guardia al mismo exorcista contra los distintos trucos que el demonio pone en acción para ocultar su presencia. A nosotros, los exorcistas, nos parece justo e importante estar atentos a no dejarse embaucar por enfermos mentales, por chiflados, por quienes, en resumen, no tienen ninguna presencia demoníaca ni ninguna necesidad de exorcismos. Pero señalemos asimismo el peligro opuesto, que hoy es muy frecuente y por tanto, más de temer: el peligro de no saber reconocer la presencia maléfica y omitir el exorcismo cuando, en cambio, es indispensable. He coincidido con todos los exorcistas a los que he interrogado en reconocer que nunca un

exorcismo innecesario ha hecho daño (la primera vez, y en los casos dudosos, todos hacemos uso de exorcismos muy breves, pronunciados en voz baja, que pueden ser confundidos con simples bendiciones). Por este motivo nunca hemos tenido motivos de arrepentimiento, mientras que, en cambio, hemos debido arrepentirnos de no haber sabido reconocer la presencia del demonio y haber omitido el exorcismo en casos en que su presencia se ha manifestado más tarde, con signos evidentes y de manera mucho más arraigada.

Por eso repito, sobre la importancia y el valor de los signos, que bastan pocos y dudosos para que se pueda proceder al exorcismo. Si durante éste ya se advierten otros signos, lógicamente habrá que extenderse cuanto se considere necesario, aunque el primer exorcismo sea administrado con relativa brevedad. Es posible que durante el exorcismo no se manifieste ningún signo, pero que luego el paciente refiera haber notado efectos (en general son efectos benéficos) de relevancia segura. Entonces se toma la decisión de repetir el exorcismo; si los efectos continúan, sucede siempre que, tarde o temprano, se manifiestan signos también durante el exorcismo. Es muy útil observar el desarrollo de los signos, siguiendo la serie de los distintos exorcismos. A veces esos signos disminuyen progresivamente: es una señal de que ha empezado la curación. Otras veces los signos siguen un *crescendo* y se dan con una diversidad del todo imprevisible: ello significa que está aflorando enteramente el mal que antes permanecía oculto, y cuando ha aflorado del todo, sólo entonces comienza a retroceder.

Por lo antedicho se entenderá cuán necio es esperar a que haya signos seguros de posesión para practicar el exorcismo; y es igualmente fruto de total inexperiencia esperar, antes de los exorcismos, aquella clase de signos que la mayoría de las veces se manifiestan sólo durante los mismos, o después de ellos, o a continuación de toda una serie de exorcismos. He tenido casos en que han sido necesarios años de exorcismos para que el mal se manifestase en toda su gravedad. Es inútil querer reducir la casuística en este campo a modelos estándar. Quien tiene más experiencia conoce con seguridad las más variadas formas de manifestaciones demoníacas. Por ejemplo: a mí y a todos los exorcistas que he interrogado nos ha sucedido un hecho significativo. Los tres signos indicados por el Ritual como síntomas de posesión: *hablar lenguas desconocidas, poseer una fuerza sobrehumana* y *conocer cosas ocultas,* se han manifestado siempre *durante* los exorcismos y nunca antes. Habría sido del todo estúpido pretender que estos signos se verificaran por anticipado, para poder proceder a los exorcismos.

Añadamos que no siempre se llega a un diagnóstico seguro. Puede haber casos ante los cuales nos quedamos perplejos. También porque, y son los casos más difíciles, en ocasiones nos encontramos ante sujetos que

sufren a la vez males psíquicos e influencias maléficas. En estos casos es muy útil que el exorcista cuente con la ayuda de un psiquiatra. En varias ocasiones el padre Candido llamó al profesor Mariani, director de una conocida clínica romana de enfermedades mentales, para que asistiera a sus exorcismos. Y otras veces fue el profesor Mariani quien invitó al padre Candido a su clínica para estudiar y eventualmente colaborar en la curación de algunos de sus enfermos.

Me dan risa ciertos sabihondos teólogos modernos que señalan como una gran novedad el hecho de que algunas enfermedades mentales pueden ser confundidas con la posesión diabólica. Y lo mismo hacen ciertos psiquiatras o parapsicólogos: creen haber descubierto América con semejantes afirmaciones. Si fueran un poco más instruidos sabrían que los primeros expertos en poner en guardia contra este posible error fueron las autoridades eclesiásticas. Desde 1583, en los decretos del Sínodo de Reims, la Iglesia había advertido contra este posible equívoco, afirmando que algunas formas de sospechosa posesión diabólica podían ser sencillamente enfermedades mentales. Pero entonces la psiquiatría no había nacido y los teólogos creían en el Evangelio.

Además del diagnóstico, el exorcismo tiene un fin curativo: liberar al paciente. Y aquí comienza un camino que a menudo es difícil y largo. Es necesaria la colaboración del individuo, y éste muchas veces está incapacitado para darla: debe rezar mucho y no lo consigue; debe acercarse con frecuencia a los sacramentos y en muchas ocasiones no lo logra; también para ir adonde está el exorcista para recibir el sacramento debe a veces superar impedimentos que parecen insuperables. Por todo esto tiene mucha necesidad de ser ayudado y, en cambio, en la mayoría de los casos, nadie alcanza a comprenderle.

¿Cuánto tiempo es preciso para liberar a alguien afectado por el demonio? Ésta es verdaderamente una pregunta a la que nadie sabe responder. Quien libera es el Señor, que actúa con divina libertad, aun cuando desde luego tiene en cuenta las oraciones, especialmente si se las dirigen con la intercesión de la Iglesia. En general, podemos decir que el tiempo necesario depende de la fuerza inicial de la posesión diabólica y del tiempo transcurrido entre ésta y el exorcismo. Me ocurrió el caso de una muchacha de catorce años, afectada desde hacía pocos días, que parecía furiosa: pateaba, mordía, arañaba. Bastó un cuarto de hora de exorcismo para liberarla completamente; en un primer momento se había caído al suelo como muerta, hasta el punto de hacer recordar el episodio evangélico en que Jesús liberó a aquel joven con quien los apóstoles habían fracasado. Después de pocos minutos de recuperación, la niña corría por el patio, jugando con su hermanito.

Con todo, los casos como éste son rarísimos, o bien se producen si la intervención maléfica es muy ligera. La mayoría de veces el exorcista tiene

que vérselas con situaciones enojosas. Porque ahora ya nadie piensa en el exorcista. Expongo un caso típico. Un niño manifiesta signos extraños; los padres no profundizan, no le dan importancia, piensan que cuando crezca todo se arreglará. También porque inicialmente los síntomas son leves. Luego, al agravarse los fenómenos, los padres comienzan a dirigirse a los médicos: prueban con uno, luego con otro, siempre sin resultados. Una vez vino a verme una muchacha de diecisiete años que ya había sido visitada en las principales clínicas de Europa. Al final, por consejo de algún amigo o sabelotodo, nace la sospecha de que no se trata de un mal debido a causas naturales, y se sugiere recurrir a algún mago. Desde este momento, el daño inicial se duplica. Sólo por casualidad, a consecuencia de quién sabe qué sugerencia (casi nunca debida a sacerdotes...), se recurre al exorcista. Pero entretanto han pasado varios años y el mal está cada vez más «arraigado». Justamente el primer exorcismo habla de «desarraigar y poner en fuga» al demonio. En este punto se necesitan muchos exorcismos, a menudo practicados durante años, y no siempre se llega a la liberación.

Pero repito: los plazos de tiempo son de Dios. Ayuda mucho la fe del exorcista y la fe del exorcizado; ayudan las oraciones del interesado, de su familia, de otros (monjas de clausura, comunidades parroquiales, grupos de oración, en particular esos grupos que hacen plegarias de liberación); ayuda muchísimo el uso de los correspondientes sacramentales, oportunamente usados para los objetivos indicados por las oraciones de bendición: agua exorcizada o al menos bendita, aceite exorcizado, sal exorcizada. Para exorcizar agua, aceite y sal no es preciso un exorcista; basta un sacerdote cualquiera. Pero hay que buscar a uno que crea en ello y que sepa que en el Ritual existen esas bendiciones específicas. Los sacerdotes que saben de estas cosas son *rara avis;* la mayoría no las conocen y se ríen en la cara del solicitante. Volveremos a hablar de estos sacramentales.

Son de fundamental importancia la frecuentación de los sacramentos y una conducta de vida conforme al Evangelio. Es palpable el poderío del rosario y, en general, del recurso a la Virgen María; es muy poderosa la intercesión de los ángeles y los santos; son utilísimas las peregrinaciones a los santuarios, los cuales son a menudo lugares elegidos por Dios para la liberación preparada por los exorcismos. Dios nos ha prodigado una enorme cantidad de medios de gracia: depende de nosotros hacer uso de ellos. Cuando los Evangelios narran las tentaciones de Cristo por obra de Satanás, nos dicen cómo siempre Jesús rebate al demonio con una frase de la Biblia. La palabra de Dios es de gran eficacia, como también lo es la plegaria de alabanza, ya sea la espontánea, ya sea, en particular, la bíblica: los salmos y los cánticos de alabanza a Dios.

Aun con todo esto, la eficacia de los exorcismos impone al exorcista mucha humildad, porque le hace palpable su nulidad: quien obra es Dios. Y somete tanto al exorcista como al exorcizado a duras pruebas de desaliento;

los frutos sensibles son con frecuencia lentos y fatigosos. En compensación, se perciben grandes frutos espirituales, que ayudan en parte a comprender por qué el Señor permite estas dolorosísimas pruebas. Se avanza en la oscuridad de la fe, pero conscientes de que caminamos hacia la luz verdadera.

Añado la importancia protectora de las imágenes sagradas, ya sea sobre la persona, ya sea en los lugares: en la puerta de casa, en los dormitorios, en el comedor o en el lugar donde suele reunirse la familia. La imagen sagrada recuerda no la idea pagana de un talismán, sino el concepto de imitación de la figura representada y de protección que se invoca. Hoy me ocurre a menudo entrar en casas en las que sobre la puerta de acceso destaca un buen cuerno rojo y, mientras doy vueltas para bendecir cada habitación, encuentro muy pocas imágenes sagradas. Es un grave error.

Recordemos el ejemplo de san Bernardino de Siena, que, como conclusión y recuerdo de sus misiones populares, convencía a las familias para que pusieran sobre la puerta de casa un medallón con las siglas del nombre de Jesús *(JHS: Jesus Hominum Salvator,* Jesús Salvador de los Hombres).

Varias veces se me ha hecho palpable la eficacia de las medallitas llevadas encima con fe. Si incluso hablásemos sólo de la medalla milagrosa, difundida en el mundo en muchos millones de ejemplares después de las apariciones de la Virgen a santa Catalina Labouré (ocurridas en París en 1830), y si hablásemos de las prodigiosas gracias obtenidas por esa simple medallita, no acabaríamos nunca. Muchos libros tratan directamente este asunto.

Uno de los episodios más conocidos de posesión diabólica, reseñado en varios libros por la documentación históricamente exacta que nos ha transmitido los hechos, es el referente a los dos hermanos Burner, de Illfurt (Alsacia), que fueron liberados con una serie de exorcismos en 1869. Pues bien, un día, entre los numerosos despechos del demonio, tenía que haber volcado la carroza que transportaba al exorcista, acompañado por un monseñor y una monja. Pero el demonio no pudo llevar a cabo su propósito porque, en el momento de la partida, habían dado al cochero una medalla de san Benito, con fines protectores, y el cochero se la había puesto devotamente en el bolsillo.

Recuerdo, por último, los cuatro párrafos que el *Catecismo de la Iglesia católica* dedica a los exorcismos. Leídos sucesivamente, ofrecen un desarrollo bien trabado.

El 517, hablando de Cristo redentor, recuerda sus curaciones y sus exorcismos. El punto de partida son los hechos de Jesús.

El 550 afirma que el advenimiento del reino de Dios marca la derrota del reino de Satanás; se reproducen las palabras de Jesús: «Si yo expulso a los demonios por virtud del Espíritu de Dios, ciertamente ha llegado a

vosotros el reino de Dios.» Éste es el objetivo final de los exorcismos: con la liberación de los endemoniados se demuestra la total victoria de Cristo sobre el príncipe de este mundo.

Los dos párrafos siguientes evocan el doble desarrollo de los exorcismos: como un componente del bautismo y como poder de liberación de los poseídos.

El 1237 nos recuerda que, puesto que el bautismo libera del pecado y de la esclavitud de Satanás, en él se pronuncian uno o varios exorcismos sobre el catecúmeno, que renuncia explícitamente a Satanás.

El 1673 afirma que, mediante el exorcismo, la Iglesia pide públicamente y con autoridad, en nombre de Jesucristo, que una *persona* o un *objeto* sea protegido contra la influencia del maligno o sea sustraído a su dominio. El exorcismo aspira a *expulsar a los demonios* o a liberar de las *influencias demoníacas.*

Destaco la importancia de este párrafo, que colma dos lagunas presentes en el Ritual y en el Derecho canónico. En efecto, no habla sólo de liberar a las personas, sino también a los objetos (término genérico, que puede comprender casas, animales, cosas, conforme a la tradición). Además, aplica el exorcismo no sólo a la posesión, sino también a las influencias demoníacas.

# LOS AFECTADOS POR EL MALIGNO

A menudo me preguntan si son muchos los afectados por el maligno. En principio, creo que una vez más se puede citar la opinión del jesuita francés Tonquédec, conocido exorcista: «Hay un grandísimo número de infelices que, aun no presentando signos de posesión diabólica, recurren al ministerio del exorcista para ser liberados de sus padecimientos: enfermedades rebeldes, adversidades y desgracias de toda especie. Los endemoniados son muy raros, pero aquellos infelices son legión.»

Es una observación que sigue siendo válida si se considera la gran diferencia entre los verdaderos afectados y aquellos que piden una palabra segura al exorcista sobre el amontonamiento de sus desdichas. Pero hoy es necesario tener en cuenta muchos factores nuevos que no existían cuando el padre Tonquédec escribía. Y son estos factores los que me han llevado a la experiencia directa de que el número de los afectados ha aumentado enormemente.

Un primer factor es la situación del mundo consumista occidental, en el que el sentido materialista y hedonista de la vida ha hecho que la mayoría perdiera la fe. Creo que, sobre todo en Italia, una buena parte de la culpa corresponde al comunismo y al socialismo, que con las doctrinas marxistas han dominado en estos años la cultura, la educación y el espectáculo. En Roma se calcula que a la misa dominical acude aproximadamente el doce por ciento de los habitantes. Es matemático: donde decae la religión, crece la superstición. De ahí la difusión, especialmente entre los jóvenes, de las prácticas de espiritismo, magia y ocultismo. Añádase a ello la búsqueda del yoga, el zen y la meditación trascendental: prácticas todas basadas en la reencarnación, en la disolución del ser humano en la divinidad o, en todo caso, en doctrinas inaceptables para un cristiano. Y ya no es preciso irse a la India para entrar en la escuela de un gurú: se lo encuentra uno a la puerta de casa; a menudo con esos métodos, de apariencia inocua, se llega a estados de alucinación o de esquizofrenia. Añado la difusión, como mancha de aceite, de sectas, muchas de las cuales con una directa huella satánica.

Distintas cadenas de televisión muestran escenas de magia y espiritismo. Se encuentran libros sobre estos temas hasta en los quioscos, y el material para la magia se difunde incluso con la venta por correspondencia. A esto hay que sumar varios periódicos y espectáculos de terror en los que al sexo y a la violencia se suma frecuentemente un sentido de perfidia satánica. Luego está la difusión de ciertas músicas masivas que arrastran al público hasta la obsesión. Me refiero en particular al rock satánico, del que se hace intérprete Piero Mantero en su librito *Satana e lo stratagemma della coda* (Segno, Udine, 1988). Invitado a hablar en algunas escuelas superiores, se me ha hecho palpable la gran incidencia de estos vehículos de Satanás sobre los jóvenes; es increíble lo difundidas que están en las escuelas superiores y medias varias formas de espiritismo y magia. Es ya un mal generalizado, incluso en los centros pequeños.

Tampoco puedo callar cómo demasiados hombres de Iglesia se desinteresan totalmente de estos problemas, dejando a los fieles expuestos y sin defensas. Considero que ha sido un error eliminar casi completamente los exorcismos del rito del bautismo (y parece precisamente que también Pablo VI era de esta opinión); considero un error haber suprimido, sin sustituirla, la oración a san Miguel arcángel que se rezaba al fin de cada misa. Considero sobre todo una carencia imperdonable, de la cual acuso a los obispos, haber dejado que se extinguiese toda la pastoral exorcística: cada diócesis debería tener al menos un exorcista en la catedral; debería haber uno en las iglesias más frecuentadas y en los santuarios. Hoy al exorcista se le ve como un ser raro, casi imposible de encontrar; en cambio, su actividad posee un valor pastoral indispensable que secunda la pastoral de quien predica, de quien confiesa y de quien administra los demás sacramentos.

La jerarquía católica debe entonar fuertemente el *mea culpa*. Conozco a muchos obispos italianos, pero sólo conozco a algunos que hayan practicado exorcismos, que hayan asistido a exorcismos y que sientan adecuadamente este problema. No dudo en repetir lo que he publicado en otra parte: si un obispo, después de una solicitud seria (no por parte de un desequilibrado), no toma medidas personalmente o por medio de un sacerdote delegado, comete un pecado grave de omisión. Así nos encontramos en la situación de haber *perdido la escuela:* en el pasado, el exorcista instruía al nuevo exorcista. Pero volveré sobre este asunto.

Hizo falta el cine para volver a despertar el interés por el tema. Radio Vaticana, el 2 de febrero de 1975, entrevistó al director de la película *El exorcista,* William Friedkin, y al teólogo jesuita Thomas Bemingan, que actuó como asesor durante la filmación. El director afirmó que había querido narrar un hecho tomado del argumento de una novela que, a su vez, se inspiraba en un episodio verdaderamente acaecido en 1949. Sobre si se

trataba de una verdadera posesión diabólica o no, el director prefirió no pronunciarse y decir que eso era un problema de los teólogos y no suyo.

El padre jesuita, ante la pregunta de si aquélla era una de las habituales películas de terror o algo distinto, optó decididamente por la segunda hipótesis. Basándose en el enorme impacto que tuvo la película sobre el público de todo el mundo, afirmó que, aparte de ciertos detalles espectaculares, la película trataba con mucha seriedad el problema del mal. Y despertó el interés por los exorcismos, ya olvidados.

¿Cómo se puede caer en los trastornos extraordinarios causados por el demonio? Prescindo de los trastornos ordinarios, o sea de las tentaciones que afectan a todos. Uno puede caer con culpa o sin ella, según los casos. Podemos resumir los motivos en cuatro causas: por permisión de Dios; porque se es víctima de un maleficio; por un estado grave y recalcitrante de pecado; por frecuentación de personas o lugares maléficos.

1. *Por permisión de Dios.* Que quede bien claro que nada ocurre sin el permiso de Dios. Y que quede igualmente claro que Dios no quiere nunca el mal, pero lo permite cuando somos nosotros quienes lo queremos (por habérsenos creado libres) y sabe obtener el bien también del mal. El primer caso que consideramos tiene como característica que no interviene en él ninguna culpabilidad humana, sino sólo una intervención diabólica. Del mismo modo que Dios permite habitualmente la acción ordinaria de Satanás (las tentaciones), concediéndonos todas las gracias para resistir y obteniendo de ello un bien para nosotros si somos fuertes, así Dios también puede permitir a veces la acción extraordinaria de Satanás (posesión o trastornos maléficos) para que el hombre ejercite la humildad, la paciencia y la mortificación.

Podemos, por tanto, recordar dos casos que ya hemos tomado en consideración: cuando hay una acción externa del demonio que causa sufrimientos físicos (del estilo de los golpes y las flagelaciones sufridos por el cura de Ars o por el padre Pío); o cuando se permite una verdadera vejación, como hemos dicho respecto de Job y san Pablo.

La vida de muchos santos nos presenta ejemplos de esta clase. Entre los santos de nuestra época cito a dos beatificados por Juan Pablo II: el padre Calabria y sor María de Jesús Crucificado (la primera árabe beatificada). En ambos casos, sin que hubiera ninguna causa humana (ni culpa por parte de las personas afectadas, ni maleficios hechos por otros), hubo períodos de verdadera posesión diabólica, en los cuales los dos beatos dijeron e hicieron cosas contrarias a su santidad y sin tener ninguna responsabilidad de ello, porque era el demonio el que actuaba sirviéndose de sus miembros.

2. *Cuando se sufre un maleficio.* Tampoco en este caso hay culpa por parte de quien es víctima de este mal; pero hay un concurso humano, o sea una culpa humana por parte de quien hace o quien ordena a un mago el

maleficio. De ello hablaremos más ampliamente en un capítulo aparte. Aquí me limito a decir que el maleficio existe: *perjudicar a otros a través de la intervención del demonio.* Puede realizarse de muchas maneras distintas: atadura, mal de ojo, maldición... Pero digamos inmediatamente que el modo más utilizado es el del hechizo; añadamos también que el hechizo es la causa más frecuente que encontramos en aquellos que están afectados por la posesión o por otros trastornos maléficos. No sé verdaderamente cómo se pueden justificar esos eclesiásticos que dicen que no creen en los hechizos; y aún menos puedo explicarme cómo están en condiciones de defender a sus fieles cuando se ven afectados por estos males.

Alguien se maravilla de cómo Dios puede permitir estas cosas. Dios nos ha creado libres y nunca reniega de sus criaturas, ni siquiera de las más perversas; luego, al final, cuadra sus cuentas y da a cada uno lo que ha merecido, porque cada uno será juzgado según sus obras. Entretanto, podemos hacer buen uso de nuestra libertad y obtenemos méritos por ello; podemos utilizarla mal y obtenemos condena por ello. Podemos ayudar a los demás y podemos hacerles daño con muchísimas formas de tropelía. Para citar una de las más graves: puedo pagar a un asesino para que mate a una persona; Dios no está obligado a impedirlo. Así, puedo pagar a un mago, a un brujo, para que realice un maleficio contra una persona; tampoco en este caso Dios está obligado a impedirlo, aun cuando, de hecho, muchas veces lo impide. Por ejemplo, quien vive en gracia de Dios, quien reza más intensamente, está mucho más salvaguardado que quien no es practicante o, peor aún, vive habitualmente en estado de pecado.

Citemos, por último, una verdad que repetiremos a su debido tiempo: el campo de los hechizos y de los demás maleficios es el paraíso de los embrollones. Los casos verdaderos son un pequeñísimo porcentaje respecto de las falsedades que reinan en este campo. Este terreno, además de prestarse con gran facilidad a los engaños, se presta también muchísimo a las sugestiones, a las fantasías de las mentes débiles, por lo cual es importante que el exorcista esté en guardia, pero que también lo estén todas las personas con sentido común.

3. *Un estado grave y recalcitrante de pecado.* Ahora nos ocupamos de la causa que, por desgracia, en los tiempos en que vivimos, está en *crescendo,* por lo que también lo está el número de las personas afectadas por el demonio. En el fondo, *el verdadero motivo es siempre la falta de fe.* Cuanto más falta la fe, tanto más aumenta la superstición; es un hecho, por decirlo así, matemático. Creo que el Evangelio nos presenta un ejemplo emblemático de esto en la figura de Judas. Era ladrón; quién sabe cuántos esfuerzos hizo Jesús para reprenderle y corregirle, y recibió a cambio sólo rechazo y obstinación en el vicio. Hasta que llegó al colmo: «¿Cuánto me dais si os entrego a Jesús? Y ellos señalaron el precio: treinta monedas de

plata» (Mt. 26, 15). Y así leemos aquella frase tremenda, durante la última cena: «Satanás entró en su corazón» (Jn. 13, 27). No hay duda de que se trató de una verdadera posesión diabólica.

En el estado actual de ruina de las familias, he conocido casos en que las personas afectadas vivían estados matrimoniales desordenados, con el agravante de otras culpas; se me han presentado mujeres que habían cometido varias veces el delito de abortar, además de otras faltas; he estado ante personas que, además de perversiones sexuales aberrantes, cometían actos de violencia; y he tenido varios casos de homosexuales que se drogaban y caían en otras culpas relacionadas con la droga. En todos estos casos, me parece casi inútil decirlo, la vía de la curación sólo empieza a través de una sincera conversión.

4. *Frecuentación de personas y lugares maléficos.* Con esta expresión he querido englobar la práctica o la asistencia a sesiones espiritistas, magia, cultos satánicos o sectas satánicas (que tienen su apogeo en las misas negras), a prácticas de ocultismo... frecuentar magos y brujos; ciertos cartománticos. Todas ellas son formas que exponen a la persona al peligro de incurrir en un maleficio. Tanto más cuando se quiere contraer un vínculo con Satanás: existe la consagración a Satanás, el pacto de sangre con Satanás, la frecuentación de escuelas satánicas y el nombramiento como sacerdote de Satanás... Por desgracia, especialmente desde hace quince años, se trata de actividades que van en aumento, casi en explosión.

En cuanto al recurso a magos y similares, presento un caso muy corriente. Uno padece un mal rebelde a cualquier tratamiento, o bien ve que todas las cosas que emprende le salen mal; cree que hay algo maléfico que le bloquea. Acude a un cartomántico o a un mago, que le dice: «Usted tiene un hechizo.» Hasta aquí el gasto es poco y el daño es nulo. Pero a menudo viene la continuación: «Si quiere que se lo quite, se necesita un millón de liras» o aún más. Entre los muchos casos que se me han presentado he tenido noticia de la cifra máxima de cuarenta y dos millones. Si la propuesta es aceptada, el mago o el cartomántico pide algo personal: una foto, una prenda íntima, un mechón de cabellos, o algún pelo, o un fragmento de uña. En este punto el mal ya está hecho. ¿Qué hace el mago con los objetos pedidos? Está claro: magia negra.

Me interesa asimismo hacer una precisión. Muchos caen porque saben que ciertas mujercitas «están siempre en la iglesia»; o porque ven el despacho de los magos tapizado de crucifijos, de vírgenes, de santitos o de retratos del padre Pio. Además, les dicen: «Yo sólo hago magia blanca; si me solicitaran hacer magia negra, me negaría.» Por magia blanca suele entenderse quitar los hechizos; la magia negra es para realizarlos. Pero, en realidad, como no se cansaba de repetir el padre Candido, no existe magia blanca y magia negra: sólo existe la magia negra, pues toda forma de magia es un recurso al demonio. Así, el desventurado, si antes tenía un pequeño

trastorno maléfico (pero muy probablemente no tenía nada de este tipo), se vuelve a casa con un verdadero maleficio. A menudo nosotros, los exorcistas, tenemos que afanarnos mucho más para deshacer la obra nefasta de los magos que para curar el trastorno inicial.

Añadiré que, muchas veces, tanto hoy como en el pasado, la posesión diabólica puede ser confundida con las enfermedades psíquicas. Tengo gran estima por esos psiquiatras que tienen la competencia profesional y el sentido de los límites de su ciencia y saben reconocer honradamente cuándo un paciente presenta sintomatologías que no cabe englobar en las enfermedades científicamente reconocidas. El profesor Simone Morabito, psiquiatra residente en Bérgamo, ha afirmado tener pruebas de que muchos considerados como enfermos psíquicos eran en realidad poseídos por Satanás, y ha logrado curarlos con la ayuda de algunos exorcistas (véase *Gente,* núm. 5, 1990, pp. 106-112). Conozco otros casos análogos, pero quiero detenerme sobre uno en particular.

El 24 de abril de 1988, Juan Pablo II beatificó a un carmelita español, el padre Francisco Palau. Es una figura muy interesante para nosotros, pues, en los últimos años de su vida, Palau se dedicó a los endemoniados. Había adquirido un hospicio en el que acogía a los afectados por enfermedades mentales. Los exorcizaba a todos: los que estaban endemoniados, se curaban; los que eran enfermos, quedaban como tales. Naturalmente fue muy combatido por el clero. Entonces viajó a Roma dos veces: en 1866 para tratar de estas cosas con Pío IX; en 1870 para conseguir que el Concilio Vaticano I restableciese en la Iglesia el exorcismo como ministerio permanente. Sabemos cómo fue interrumpido aquel concilio; pero la exigencia de restaurar este servicio pastoral sigue siendo urgente.

Nos consta que subsiste la dificultad de distinguir a un endemoniado de un enfermo psíquico. Pero un exorcista experto está en condiciones de entenderlo más que un psiquiatra; porque el exorcista tiene presentes las distintas posibilidades y sabe detectar los elementos de diferencia; la mayoría de las veces, el psiquiatra no cree en la posesión diabólica, por lo cual ni siquiera tiene en cuenta esta posibilidad. Años atrás el padre Candido exorcizaba a un joven que, según el psiquiatra que lo había tratado, estaba afectado de epilepsia. Invitado a asistir a un exorcismo, este médico aceptó. Cuando el padre Candido puso la mano sobre la cabeza del joven, éste cayó al suelo, presa de convulsiones. «¿Ve, padre? Se trata evidentemente de epilepsia», se apresuró a decir el médico. El padre Candido se inclinó y volvió a poner la mano sobre la cabeza del joven. Éste se levantó de golpe y permaneció de pie, erguido e inmóvil. «¿Hacen esto los epilépticos?», preguntó el padre Candido. «No, nunca», respondió el psiquiatra, evidentemente perplejo ante aquel comportamiento.

Ni que decir tiene que los exorcismos continuaron hasta la curación del joven, que durante años había sido vapuleado por medicinas y tratamientos que no habían hecho otra cosa que perjudicarle. Y es precisamente aquí donde tocamos un punto delicado: en los casos difíciles, el diagnóstico requiere de un estudio interdisciplinario, como apuntaremos en las propuestas finales. Porque los que pagan los errores son siempre los enfermos, que en no pocos casos se han visto arruinados por tratamientos médicos erróneos.

Aprecio mucho a los hombres de ciencia que, aunque no sean creyentes, reconocen los límites de su ciencia. El profesor Emilio Servadio, psiquiatra, psicoanalista y parapsicólogo de fama internacional, hizo interesantes declaraciones a Radio Vaticana el 2 de febrero de 1975: «La ciencia debe detenerse ante aquello que sus instrumentos no pueden comprobar y explicar. No se pueden señalar exactamente estos límites: no se trata de fenómenos físicos. Pero creo que todo científico consciente sabe que sus instrumentos llegan hasta un cierto punto y no más allá.

»Respecto de la posesión demoníaca, sólo puedo hablar en primera persona, no en nombre de la ciencia. Me parece que en ciertos casos la malignidad, la destructividad de los fenómenos, posee un aspecto tan particular, que ciertamente ya no se puede confundir esta clase de fenómenos con los que el hombre de ciencia, por ejemplo el parapsicólogo o el psiquiatra, puede apreciar en los casos tipo *poltergeist* u otros. Para poner un ejemplo, sería como comparar a un chiquillo respondón con un sádico criminal. Hay una diferencia que no se puede medir con un metro, pero es una diferencia que se puede advertir. En estos casos creo que un hombre de ciencia debe admitir la presencia de fuerzas que ya no son gobernables por la ciencia y que la ciencia como tal no está llamada a definir.»

# APÉNDICE

*¿Miedo del diablo? Responde santa Teresa de Jesús*

*Contra los miedos injustificados al demonio, reproducimos una página de santa Teresa de Ávila, tomada de su* Vida *(capitulo 25, 20-22). Es una página alentadora, a menos que seamos nosotros quienes abramos la puerta al demonio...*

«Pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y sé que lo es, y que con sus esclavos los demonios —y de ello no hay que dudar, pues es fe—, siendo yo sierva de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden ellos hacer a mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? Tomaba una cruz en la mano y parecía verdaderamente darme Dios ánimo, que yo me vi otra en breve tiempo, que no temiera tomarme con ellos a brazos, que me parecía fácilmente con aquella cruz los venciera a todos; y ansí dije: —Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer.

»Es sin duda que me parecía me habían miedo, porque yo quedé sosegada, y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos que solía tener, hasta hoy: porque aunque algunas veces los vía, como diré después, no les he habido más casi miedo, antes me parecía ellos me le habían a mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado del Señor de todos, que no se me da más de ellos que de moscas. Parécenme tan cobardes que, en viendo que los tienen en poco, no les queda fuerza.

»No saben estos enemigos derecho acometer, sino a quien ven que se les rinde, o cuando lo permite Dios para más bien de sus siervos, que los tienten y atormenten. Pluguiese a Su Majestad temiésemos a quien hemos de temer y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues es ello ansí. Que espantados nos train estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con otros asimientos de honras y haciendas y deleites; que entonces, juntos ellos con nosotros mesmos, que nos somos contrarios, amando y queriendo lo que hemos de aborrecer, mucho daño nos harán; porque con nuestras mesmas

armas les hacemos que peleen contra nosotros, puniendo en sus manos con las que nos hemos de defender.

»Ésta es la gran lástima. Mas si todo lo aborrecemos por Dios y nos abrazamos con la cruz y tratamos servirle de verdad, huye él de estas verdades como de pestilencia. Es amigo de mentiras y la mesma mentira; no hará pacto con quien anda en verdad. Cuando él ve escurecido el entendimiento, ayuda lindamente a que se quiebren los ojos; porque si a uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas que parecen las de este mundo cosa de juego de niños, ya él ve que éste es niño, pues trata como tal, y atrévese a luchar con él una y muchas veces.

»Plega el Señor que no sea yo de éstos, sino que me favorezca Su Majestad para entender por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés; ¡y una higa para todos los demonios!, que ellos me temerán a mí. No entiendo estos miedos: ¡demonio, demonio!, donde podemos decir: ¡Dios, Dios! y hacerle temblar. Sí, que ya sabemos que no se puede menear si el Señor no lo primite. ¿Qué es esto? Es sin duda que tengo ya más miedo a los que tan grande le tienen al demonio que a él mesmo; porque él no me puede hacer nada, y estotros, en especial si son confesores, inquietan mucho, y he pasado algunos años de tan gran trabajo, que ahora me espanto cómo lo he podido sufrir. ¡Bendito sea el Señor, que tan de veras me ha ayudado!»

# EL PUNTO DE PARTIDA

Un día un obispo me telefoneó para recomendarme que exorcizase a cierta persona. Mi primera respuesta fue decirle que se ocupara él de nombrar un exorcista. Me repuso que no conseguía encontrar a un sacerdote que aceptase el encargo. Por desgracia, esta dificultad es general. A menudo los sacerdotes no creen en estas cosas; pero si el obispo les ofrece hacer de exorcistas, sienten que les caen encima los mil diablos y se niegan. He escrito muchas veces que se enfada más al demonio confesando, o sea arrebatándole las almas, que exorcizando, que es sustraerle los cuerpos. Y aún más rabia se le causa predicando, porque la fe germina de la palabra de Dios. Por eso un sacerdote que tiene el valor de predicar y confesar no debería tener ningún temor a exorcizar.

Léon Bloy escribió enardecidas palabras contra los sacerdotes que se niegan a realizar exorcismos. Las reproduzco de *Il diavolo,* de Balducci (Piemme, p. 233): «Los sacerdotes no usan casi nunca su poder como exorcistas, porque carecen de fe y tienen miedo, en sustancia, a disgustar al demonio.» También esto es verdad; muchos temen represalias y se olvidan de que el demonio ya nos hace todo el mal que el Señor le permite: ¡con él no existen pactos de no beligerancia! Y el autor continúa: «Si los sacerdotes han perdido la fe hasta el punto de no creer ya en su poder para exorcizar y no hacer uso de él, este hecho supone una horrible desventura, una atroz prevaricación, como consecuencia de la cual son irreparablemente abandonadas a sus peores enemigos las supuestas histéricas que llenan los hospitales.» Palabras fuertes, pero ciertas. Es una directa traición al mandamiento de Cristo.

Vuelvo a la llamada de aquel obispo. Le dije con franqueza que, si no encontraba sacerdotes, estaba obligado a ocuparse él personalmente. Me respondió, con cándida ingenuidad: «¿Yo? No sabría ni por dónde empezar.» A lo cual respondí con la frase que me dijo el padre Candido cuando me encontraba en mis comienzos: «*Empiece por leer las instrucciones del Ritual y rece en favor del solicitante las oraciones prescritas.*»

*Éste es el punto de partida.* El Ritual de los exorcismos empieza reproduciendo veintiuna normas que el exorcista debe observar; no importa que estas normas fuesen escritas en 1614; son directrices llenas de sabiduría que podrán ser ulteriormente completadas, pero que aún tienen pleno vigor. Después de haber puesto en guardia al exorcista para que no crea fácilmente en la presencia del demonio en la persona que se presenta, proporciona una serie de normas prácticas, tanto para reconocer si se trata de un caso de verdadera posesión como sobre el comportamiento que el exorcista debe observar.

Pero el desconcierto del obispo («No sabría ni por dónde empezar») es justificado. Un exorcista no se improvisa. Asignar tal misión a un sacerdote es un poco como poner en manos de una persona un tratado de cirugía y luego pretender que vaya a practicar operaciones. Muchas cosas, demasiadas, no se leen en los textos, sino que se aprenden sólo con la práctica. Por eso he pensado en poner por escrito mis experiencias, dirigidas por la gran experiencia del padre Candido, aun sabiendo que lo conseguiré de manera muy deficiente: una cosa es leer y otra ver. Pero igualmente escribo cosas que no se encuentran en ningún otro libro.

En realidad, el punto de partida es otro. Cuando se presenta, o nos es presentada por parientes o amigos, una persona para ser exorcizada, se comienza por un interrogatorio orientado a comprender si hay motivos razonables para proceder al exorcismo, de lo cual sólo puede obtenerse un diagnóstico, o bien si tales motivos no existen. *Por ello se empieza por estudiar los síntomas que la propia persona o los parientes denuncian, y también las posibles causas.*

*Se empieza por los males físicos.* Los dos puntos afectados más a menudo son la cabeza y el estómago, en caso de influencias maléficas. Además de los dolores de cabeza agudos y refractarios a los calmantes, puede haber, especialmente en los jóvenes, una repentina cerrazón al estudio: muchachos inteligentes y que nunca han tenido dificultades en la escuela, de golpe ya no consiguen estudiar y la memoria se les reduce a cero. El Ritual señala, como signos sospechosos, las manifestaciones más vistosas: hablar corrientemente lenguas desconocidas o comprenderlas si las hablan otros; conocer cosas lejanas y escondidas; demostrar una fuerza muscular sobrehumana. Como ya dije, sólo he encontrado fenómenos de este género durante las bendiciones (así llamo siempre a los exorcismos), no antes. Con frecuencia se denuncian comportamientos extraños o violentos. Un síntoma típico es la aversión a lo sagrado: personas que de golpe dejan de rezar, cuando antes lo hacían; que ya no ponen un pie en la iglesia, ante la que se manifiestan sentimientos de rabia; a menudo blasfemias y violencia contra las imágenes sagradas. Casi siempre se añaden comportamientos asociales y rabiosos hacia sus familiares o los

ambientes que frecuentan. Luego se observan extravagancias de diversa índole.

Ni que decir tiene que, cuando alguien llega al exorcista, ya ha pasado por todos los exámenes y tratamientos médicos posibles. Las excepciones son rarísimas, por esto el exorcista no tiene dificultad para que le transmitan la opinión del médico, los tratamientos realizados y los resultados obtenidos.

El otro punto que suele verse afectado es la boca del estómago, inmediatamente debajo del esternón. También allí se pueden comprobar males lacerantes y rebeldes a los tratamientos; una característica típica de las causas maléficas se tiene cuando el mal suele desplazarse: ora a todo el estómago, ora a los intestinos, ora a los riñones, ora a los ovarios... sin que los médicos comprendan las causas de ello ni se obtenga provecho con los fármacos.

Hemos afirmado que *uno de los criterios de reconocimiento de posesión diabólica nos lo proporciona el hecho de que las medicinas son ineficaces,* al contrario de las bendiciones. Exorcicé a Marco, afectado por una fuerte posesión. Había estado ingresado durante mucho tiempo y había sido machacado con tratamientos psiquiátricos, especialmente electrochoques, sin que nunca tuviera la menor reacción. Cuando le indicaron una cura de sueño, le suministraron durante una semana somníferos que habrían dormido a un elefante; él nunca llegó a dormirse, ni de día ni de noche. Caminaba por la clínica con los ojos desorbitados, como un imbécil. Por fin llegó al exorcista e inmediatamente empezaron los resultados positivos.

*También la fuerza extraordinaria puede ser un signo de posesión diabólica.* Un loco en el manicomio puede ser mantenido quieto con la camisa de fuerza. Un endemoniado, no; lo rompe todo, incluso cadenas de hierro, como dice el Evangelio sobre el endemoniado de Gerasa. El padre Candido me narró el caso de una muchacha delgada y aparentemente débil; durante los exorcismos, apenas podían mantenerla quieta entre cuatro hombres. Destrozó toda ligadura, incluso anchas correas de cuero con las que intentaron sujetarla. Una vez, atada con grandes cuerdas a un somier de hierro, rompió parte de los hierros y en otra parte los dobló en ángulo recto.

Muchas veces el paciente (o también los demás, si se ve afectada una familia) oye ruidos extraños, pasos en el corredor, hay puertas que se abren y se cierran, objetos que desaparecen y luego reaparecen en los sitios más diversos, golpes en las paredes y en los muebles. Siempre pregunto, para buscar las causas, cuándo empezaron esas molestias, si se las puede relacionar con un hecho concreto, si el interesado ha asistido a sesiones de espiritismo, si ha ido a ver a cartománticos o magos y, en caso positivo, cómo han ido las cosas.

Es posible que, a sugerencia de algún conocido, se haya abierto la almohada o el colchón del interesado y se hayan encontrado allí los objetos más extraños: hilos de colores, mechones de cabellos, trenzas, astillas de madera o de hierro, coronas o cintas atadas de una manera apretadísima, muñecos, formas de animales, grumos de sangre, guijarros...; son frutos seguros de hechizos.

Si los resultados del interrogatorio son tales que hacen sospechar la intervención de una causa maléfica, se procede al exorcismo.

Presento algunos casos; naturalmente, en todos los episodios que reseño a continuación modifico los nombres y cualquier otro elemento que pudiera llevar a reconocer a las personas. Para algunas bendiciones vino a verme la señora Marta, acompañada de su marido. Venían de lejos y con no poco sacrificio. Desde hacía muchos años Marta estaba en tratamiento con neurólogos, sin ninguna mejoría. Después de algunas preguntas, vi que podía proceder al exorcismo, si bien ya había sido exorcizada por otros, pero sin provecho. Al principio cayó al suelo y parecía privada de conocimiento. Mientras yo avanzaba en las plegarias introductorias, de vez en cuando se lamentaba: «¡Quiero un verdadero exorcismo, no estas cosas!» Al comienzo del primer exorcismo, que empieza con las palabras: «*Exorcizo te*», se calmó, satisfecha; estas palabras le habían quedado claramente impresas en los exorcismos anteriores. Luego comenzó a lamentarse de que le hacía daño en los ojos. Actitudes todas las suyas no propias de los poseídos. Cuando regresó las veces siguientes, yo no podía reconocer si mi exorcismo le había producido algún efecto o no. Para mayor seguridad, antes de despedirla definitivamente, la acompañé una vez a ver al padre Candido: después de ponerle la mano sobre la cabeza, él me dijo inmediatamente que allí el demonio no tenía nada que ver. Era un caso para psiquiatras, no para exorcistas.

Pierluigi, de catorce años, era alto y corpulento para su edad. No podía estudiar, era la desesperación de sus profesores y compañeros, con ninguno de los cuales conseguía estar de acuerdo; pero no era violento. Una de sus características era que cuando se sentaba en el suelo, con las piernas cruzadas (él decía que «hacía el indio»), ninguna fuerza conseguía levantarlo, como si se hubiese vuelto de plomo. Después de varios tratamientos médicos sin resultado, lo llevaron al padre Candido, quien comenzó a exorcizarlo y apreció una verdadera posesión. Otra de sus características: no era pendenciero, pero con él la gente se ponía nerviosa, gritaba, no dominaba los nervios. Un día estaba sentado con las piernas cruzadas en el rellano de su casa, en el tercer piso. Los demás inquilinos subían y bajaban por las escaleras, le sacudían para que se fuera de allí, pero él no se movía. En un momento dado, todos los inquilinos del edificio se encontraron a la vez en la escalera, en los distintos rellanos, y aullaban y gritaban como obsesos contra Pierluigi. Alguien llamó a la policía; los

padres del muchacho llamaron al padre Candido, que llegó casi al mismo tiempo que los policías y ya se había puesto a charlar con el chico para convencerlo de que entrara en su casa. Pero los policías (tres muchachotes bien plantados) le dijeron: «Apártese, reverendo; estas cosas son para nosotros.» Cuando trataron de mover a Pierluigi, no consiguieron desplazarlo ni un milímetro. Asombrados y chorreando sudor, no sabían qué hacer. Entonces el padre Candido les dijo: «Que todos vuelvan a sus casas»; y en un instante se hizo un completo silencio. Luego añadió: «Ahora bajad un tramo de escalera y observad.» Le obedecieron. Por último dijo a Pierluigi: «Has estado muy bien: no has dicho ni una palabra y los has tenido a todos a raya. Ahora vuelve a entrar en casa conmigo.» Le cogió de la mano y él se levantó y le siguió, muy contento, adonde le esperaban sus padres. Con los exorcismos Pierluigi logró una considerable mejoría, pero no una total liberación.

Uno de los casos más difíciles que recuerdo es el de un hombre, en otro tiempo muy conocido, que durante muchos años fue bendecido por el padre Candido. También yo fui a bendecirlo a su casa, de la que no se podía mover. Le hice el exorcismo; no dijo nada (tenía un demonio mudo) y no noté ni la menor reacción. Cuando me fui, se produjo una reacción violenta. Siempre ocurría así. Era viejo y quedó totalmente liberado justo a tiempo de acabar con serenidad sus últimas semanas de vida.

Una madre estaba abrumada por las extravagancias que notaba en un hijo suyo: en ciertos momentos se enfadaba, lanzaba alaridos desatinados, blasfemaba y luego, cuando recobraba la calma, no recordaba nada de su comportamiento. No rezaba y nunca habría aceptado dejarse bendecir por un sacerdote. Un día, mientras el hijo estaba en el trabajo y, como de costumbre, había salido vestido con su mono de mecánico, la madre hizo bendecir las ropas con la correspondiente oración del Ritual. Al regresar del trabajo, el hijo se quitó el mono sucio y se cambió sin sospechar nada. A los pocos segundos se quitó la ropa con furia, casi se la arrancó de encima, y se volvió a poner el mono de trabajo sin decir nada; ya no hubo manera de que se pusiera aquellas ropas bendecidas; las distinguía perfectamente de las demás de su pequeño guardarropa que no habían sido bendecidas. Este hecho demostraba más la necesidad de practicar exorcismos sobre aquel jovencito.

Dos hermanos jóvenes recurrieron a mis bendiciones, angustiados por molestias de salud y extraños ruidos en la casa, por los cuales se veían molestados sobre todo a ciertas horas fijas de la noche. Al bendecirles noté una leve negatividad y les di los oportunos consejos sobre la frecuentación de los sacramentos, la plegaria intensa, el uso de los tres elementos sacramentales (agua, aceite y sal exorcizados) y los invité a volver otro día. Del interrogatorio resultó que esos inconvenientes habían comenzado cuando sus padres habían decidido llevar a vivir con ellos al abuelo, que se

había quedado solo. Era un hombre que blasfemaba continuamente, imprecaba y lo maldecía todo y a todos. El añorado padre Tomaselli decía que a veces basta un blasfemo en casa para echar a perder a una familia con presencias diabólicas. Este caso era una prueba de ello.

Un mismo demonio puede estar presente en varias personas. La muchacha se llamaba Pina; el demonio había anunciado que, a la noche siguiente, se habría ido. El padre Candido, aun sabiendo que en estos casos los demonios casi siempre mienten, se hizo ayudar también por otros exorcistas y pidió la presencia de un médico. A veces, para mantener sujeta a la endemoniada, la recostaban sobre una larga mesa; ella se agitaba y de vez en cuando se caía al suelo; pero en el último tramo de la caída disminuía la velocidad como si una mano la sostuviera, por lo cual nunca se hacía daño. Después de haber trabajado en vano toda la tarde y la mitad de la noche, los exorcistas decidieron desistir. A la mañana siguiente, el padre Candido estaba exorcizando a un niñito de seis o siete años. Y el diablo que estaba dentro de aquel niño comenzó a burlarse del padre: «Esta noche habéis trabajado mucho pero no habéis conseguido nada. Os la hemos jugado. ¡Yo también estaba allí!»

Exorcizando a una niña, el padre Candido preguntó al demonio cómo se llamaba. «Zabulón», respondió. Acabado el exorcismo, mandó a la pequeña a rezar delante del sagrario. Llegó el turno de otra niña, igualmente poseída y también a este demonio el padre Candido le preguntó el nombre. «Zabulón», fue la respuesta. Y el padre Candido: «¿Eres el mismo que estaba en la otra? Quiero una señal. Te ordeno en nombre de Dios que vuelvas a la que ha venido antes.» La niña emitió una especie de aullido y luego, de golpe, se calló y se quedó calmada. Entretanto, los asistentes oyeron que la otra chiquilla, la que estaba rezando, proseguía aquel aullido. Entonces el padre Candido ordenó: «Regresa aquí de nuevo.» Inmediatamente la primera niña reanudó su aullido, mientras la otra volvía a rezar. En episodios como éste la posesión es evidente.

Del mismo modo es evidente por ciertas respuestas profundas, especialmente dadas por niños. A un chico de once años el padre Candido quiso formularle preguntas difíciles cuando se reveló en él la presencia del demonio. Le preguntó: «En la tierra hay grandes científicos, altísimas inteligencias que niegan la existencia de Dios y vuestra existencia. ¿Tú qué dices a esto?» El niño respondió en seguida: «¡Qué va, altísimas inteligencias! ¡Son altísimas ignorancias!» Y el padre Candido añadió, con la intención de referirse a los demonios: «Hay otros que niegan a Dios conscientemente, con su voluntad. ¿Qué son para ti?» El pequeño poseído se puso en pie de un salto y gritó con furia: «Fíjate bien. Recuerda que hemos querido reivindicar nuestra libertad incluso delante de él. Le hemos dicho que no para siempre.» El exorcista apremió: «Explícamelo y dime qué sentido tiene reivindicar la propia libertad delante de Dios, cuando

separado de él tú no eres nada, como no soy nada yo. Es como si en el número 10 el 0 quisiera emanciparse del 1. ¿En qué se convertiría? ¿Qué haría? Te ordeno en nombre de Dios: dime, ¿qué has hecho de positivo? Vamos, habla.» El otro, lleno de maldad y de miedo, se retorcía, babeaba, lloraba de un modo terrible e inconcebible en un niño de once años, y decía: «¡No me hagas este proceso! ¡No me hagas este proceso!»

Muchos se preguntan si se puede tener la seguridad de hablar con el demonio. En casos como éstos, no hay duda.

Otro episodio. Un día el padre Candido exorcizaba a una muchacha de diecisiete años, campesina, acostumbrada a hablar en dialecto, por lo que conocía mal el italiano. Estaban presentes otros dos sacerdotes que, cuando la presencia de Satanás se manifestó, no se cansaban de hacer preguntas. El padre Candido, mientras seguía rezando las fórmulas en latín, mezcló palabras en griego: «¡Cállate, déjala en paz!» Inmediatamente la muchacha se volvió hacia él: «¿Por qué ordenas que me calle? ¡Díselo más bien a estos dos que no paran de interrogar!»

El padre Candido ha hecho preguntas muchas veces al demonio en personas de todas las edades; pero le gusta explicar el interrogatorio a los niños, porque resulta más evidente que no dan respuestas al alcance de su edad; por eso es más segura la presencia del demonio. Un día le preguntó a una chiquilla de trece años: «Dos enemigos que durante la vida se han odiado a muerte y terminan ambos en el infierno, ¿qué relación tienen entre sí, al haber de estar juntos durante toda la eternidad?» He aquí la respuesta: «¡Qué tonto eres! Allá abajo cada uno vive replegado sobre sí mismo y desgarrado por sus remordimientos. No existe ninguna relación con nadie; cada uno se encuentra en la soledad más absoluta, llorando desesperadamente por el mal que ha hecho. Es como un cementerio.»

# LAS PRIMERAS «BENDICIONES»

Es útil usar un lenguaje eufemístico ante esta clase de pacientes. A los exorcismos los llamo siempre *bendiciones;* a las presencias del maligno, una vez comprobadas, las llamo *negatividades.* Y es una ventaja que las oraciones sean en latín. Esto obedece a que no se deben usar lenguajes alarmistas, que podrían ser contraproducentes, causando sugestiones engañosas. Están aquellos que tienen la manía de tener un demonio; se puede estar casi seguro de que no tienen nada. Para su mente confusa, el hecho de recibir un exorcismo puede convertirse en una prueba segura de que tienen un demonio; y ya nadie se lo quitará de la cabeza. Cuando aún no conozco bien a las personas, insisto en decir que doy una bendición, aunque hago un exorcismo; muchas veces doy sencillamente la bendición del Ritual sobre los enfermos.

El sacramental completo incluye largas oraciones introductorias seguidas de tres exorcismos propiamente dichos: son distintos, complementarios, y siguen una sucesión lógica hacia la liberación. No me importa la época en que fueron escogidos (1614); es un hecho que son fruto de una experiencia directa, muy prolongada.

Quien los escribió (Alcuino) los experimentó perfectamente, sopesando la repercusión que tenía cada frase sobre personas endemoniadas. Hay alguna pequeña laguna, a la que el padre Candido puso inmediatamente remedio; y yo con él. Por ejemplo, falta una invocación mariana. En cada uno de los tres exorcismos la hemos añadido, sirviéndonos de las palabras empleadas en el exorcismo de León XIII. Pero son pequeñeces, dado que se remontan como mínimo a los siglos IX y X.

Ya he dicho que el exorcismo puede durar pocos minutos o varias horas. La primera vez que se exorciza a una persona, aunque uno se dé cuenta desde el principio de que presenta negatividades, es preferible ser breves: alguna oración introductoria y uno de los tres exorcismos; en general, elijo el primero, que da también la oportunidad de la sagrada un-ción. El Ritual no habla de ello, como no habla de muchas otras cosas que mencionaremos; pero la experiencia nos ha enseñado (inspirándonos en la

unción que se hace en el rito del bautismo) que es muy eficaz el uso del óleo de los catecúmenos en las palabras: *«Sit nominis tui signo famulus tuus munitus.»* El demonio trata de esconderse, de no ser descubierto, para no ser expulsado, por ello puede suceder que las primeras veces manifieste poco o nada su presencia. Pero luego la fuerza de los exorcismos lo obliga a salir al descubierto. Y existen varios modos de azuzarlo; también la unción.

El Ritual no precisa la posición que debe asumir el exorcista: hay quien está de pie y quien sentado, quien a la derecha y quien a la izquierda del poseído, o detrás. El Ritual sólo precisa que, a partir de las palabras *«Ecce crucem Domini»,* se ponga un extremo de la estola sobre el cuello del paciente y que el sacerdote mantenga su mano derecha sobre la cabeza. Nosotros hemos visto que el demonio es muy sensible en los cinco sentidos («entro por

ahí», me dijo una vez) y sobre todo en los ojos. Entonces el padre Candido y sus discípulos solemos apoyar ligeramente dos dedos sobre los ojos y alzar los párpados en determinados momentos de las oraciones. Casi siempre sucede que, en los casos de presencia maléfica, los ojos se quedan completamente en blanco; cuesta ver si es así y a veces se necesita la ayuda de la otra mano para ver dónde están las pupilas: si arriba o abajo.

La posición de las pupilas es significativa de la especie de los demonios así como de los trastornos. En los numerosos interrogatorios, los demonios se han clasificado siempre según una doble distribución inspirada en el capítulo 9 del Apocalipsis: si las pupilas están arriba, se trata de *escorpiones;* si están abajo, se trata de *serpientes.* Los escorpiones tienen como jefe a Lucifer (nombre quizá no bíblico, pero arraigado en la tradición); las serpientes tienen como jefe a Satanás, que manda también a Lucifer (pero el demonio podría ser el mismo) y a todos los demonios. Hago notar que la palabra «diablo» en la Biblia no tiene un sentido genérico como demonio, sino que indica siempre y sólo a Satanás; otro nombre de Satanás es Belcebú. Para muchos, Lucifer es también sinónimo de Satanás; no me detengo a profundizar en esta cuestión; según mi experiencia, se trata de dos demonios distintos.

Los demonios son muy reacios a hablar; hay que obligarles y sólo lo hacen en los casos más graves, los de verdadera y auténtica posesión. En ocasiones son espontáneamente muy locuaces: es un truco para distraer al exorcista de la necesaria concentración y, además, para evitar responder a las Preguntas útiles, cuando son interrogados. En el interrogatorio es muy importante atenerse a las reglas del Ritual: no hacer preguntas inútiles o de curiosidad, sino preguntar el nombre, si hay otros demonios y cuántos, cuándo y cómo el maligno entró en ese cuerpo, cuándo saldrá de él. Si la presencia del demonio obedece a un maleficio, se interroga de qué modo ha sido hecho tal maleficio. Si la persona ha comido o bebido cosas maléficas,

debe vomitarlas; si se ha escondido algún hechizo, hay que llevarle a decir dónde se encuentra, para quemarlo con las debidas precauciones.

Durante el curso de los exorcismos, si hay una presencia maléfica, ésta emerge poco a poco o, en ciertos casos, con explosiones imprevistas. El exorcista adquirirá paulatinamente conocimiento de la fuerza y la gravedad del mal: si se trata de *posesión,* de *vejación,* o de *obsesión;* si es un mal de poca monta o si está fuertemente arraigado. Es difícil encontrar textos que ofrezcan explicaciones claras sobre este campo. Yo uso el siguiente criterio: si una persona, durante los exorcismos (nótese que éste es el momento en que el demonio se ve más forzado a salir al descubierto, cuando es constreñido por la fuerza del exorcismo; él puede atacar a la persona también en otros momentos pero, generalmente, de modo menos grave), si, decía, la persona entra completamente en *trance,* por lo cual si habla es el demonio el que habla por su boca, si se agita es el demonio el que se sirve de sus miembros, y al final del exorcismo el individuo no recuerda nada de cuanto ha ocurrido, entonces se trata de *posesión diabólica,* o sea que la persona tiene un demonio dentro, que de vez en cuando actúa con sus miembros. Si, en cambio, durante los exorcismos, una persona, aun teniendo algunas reacciones que revelan la acometida demoníaca, no pierde del todo el conocimiento y al final recuerda incluso vagamente aquello que ha sentido o hecho, entonces es *vejación diabólica:* no hay un diablo fijo dentro del cuerpo de la persona, sino un diablo que de vez en cuando la ataca y le provoca trastornos físicos y psíquicos. Pero no siempre es así.

Aquí no me detengo a hablar de la tercera forma (además de la posesión y la vejación), que es la *obsesión diabólica:* pensamientos obsesivos invencibles que atormentan sobre todo de noche, pero a veces de modo permanente. Nótese que en todos los casos el tratamiento es el mismo: oración, sacramentos, ayuno, vida cristiana, caridad, exorcismos.

Me detengo más bien a considerar algunos trastornos de carácter general que pueden indicar una causa maléfica, aun cuando no siempre se trata de este mal: no son suficientes para un diagnóstico, pero pueden ayudar a formularlo.

Las negatividades, o sea los demonios, tienden a atacar al hombre en *cinco puntos,* de modo más o menos grave según la causa: en la salud, en los afectos, en los negocios, en las ganas de vivir y en el deseo de morir.

En la *salud.* El maligno tiene el poder de provocar males físicos y psíquicos. Ya he mencionado los dos males más comunes, en la cabeza y en el estómago. En general, éstos son males permanentes. Otros males son pasajeros, a menudo afectan incluso sólo durante el exorcismo. Se trata de bubones, grietas, cardenales... El Ritual sugiere hacer sobre ellos la señal de la cruz y rociar con agua bendita. Muchas veces he comprobado la eficacia incluso de poner encima de ellos sólo la estola y presionar con una

mano. Varias veces me he visto ante casos de mujeres que han venido a verme inquietas porque estaban a punto de ser operadas de quistes en los ovarios: así resultaba de los dolores y la ecografía. Después de la bendición, cesaban los dolores; tras una nueva ecografía, los quistes ya no aparecían y no volvía a hablarse de operación. El padre Candido vivió una rica casuística de males graves desaparecidos gracias a sus bendiciones; incluso tumores en el cerebro, de los que los médicos estaban seguros. Naturalmente estas cosas pueden practicarse sólo sobre aquellas personas que tienen negatividades y de las cuales puede sospecharse que el mal depende del maligno.

En los *afectos.* El maligno puede dar tensión nerviosa y mal humor incontenibles, especialmente con las personas que más nos quieren. Así, rompe matrimonios, deshace noviazgos, suscita disputas con voces destempladas y estrépito en familias en las que, en realidad, todos se quieren; y siempre por motivos fútiles. Trunca las amistades; da a la persona afectada la impresión de que no es grata en ningún ambiente, de que se la evita, de que debe aislarse de todos. Incomprensión, no amor, vacío afectivo total, imposibilidad de casarse. También éste es un caso muy corriente: cada vez que se inicia una relación de amistad que podría desembocar en amor, o incluso cuando ha habido una declaración expresa, de golpe todo se esfuma sin motivo.

En los *negocios.* Imposibilidad de encontrar trabajo, incluso cuando se llega a la casi certeza de lograr un puesto; no existen motivos o son absurdos. O bien personas que encuentran trabajo, pero luego lo dejan por motivos banales; con dificultad encuentran otro, pero luego ni siquiera se presentan a él o lo abandonan también, con una ligereza que a los parientes les parece inconsciencia o anormalidad. He visto a familias muy acaudaladas caer en la más negra miseria por motivos humanamente inexplicables. A veces se trataba de grandes industriales a los que, de golpe y por motivos inexplicables, todo ha comenzado a írseles a pique; otras veces, grandes empresarios han empezado, de repente, a cometer errores burdos, como para llevarles a acabar con un montón de deudas; en otras ocasiones, comerciantes que dirigían tiendas abarrotadísimas han visto de pronto cómo nadie ponía el pie en su comercio. En síntesis, se ha tratado de la imposibilidad de encontrar cualquier trabajo, o bien del paso de la normalidad económica a la miseria, de un trabajo intenso al paro. Y siempre sin motivos razonables.

En las *ganas de vivir*. Es lógico que los males físicos, el aislamiento afectivo, el fracaso económico, empujen a un pesimismo y que la vida se vea sólo con matices negativos. Sigue una especie de incapacidad para el optimismo o al menos para la esperanza; la vida aparece totalmente negra, sin posibilidad de salida, insoportable.

En el *deseo de morir*. Es el punto final que el maligno se propone: hacer llegar a la desesperación y al suicidio. Y me interesa decir inmediatamente que cuando uno se pone bajo la protección de la Iglesia, incluso con una sola bendición, este quinto punto queda excluido. Parece que se revive lo que el Señor respondió al demonio respecto de Job: «Está bien, haz con él lo que quieras, con tal de que respetes su vida» (Jb. 2, 6). Yo podría contar una serie de episodios en los que, con intervenciones que tienen algo de milagroso, el Señor salvó del suicidio a ciertas personas.

Muchos, cuando exponía estos cinco puntos, se encontraban plenamente inmersos en ellos, aunque con distintas fases de gravedad. Me interesa repetir que estos males pueden ser consecuencia de una presencia maléfica, pero también pueden tener otras causas: no bastan por sí solos para llegar a la conclusión de que una persona está poseída o infestada por el maligno.

Sobre el quinto punto, deseo de morir e intentos de suicidio, al ser el aspecto más grave, quisiera reseñar al menos dos ejemplos.

Me ocupé del caso de una enfermera profesional que, en fase de crisis aguda, sin capacidad de soportar más, hizo un razonamiento del todo disparatado. Debía realizar una transfusión de sangre. Pensó: «Inyecto otro grupo sanguíneo; el enfermo muere, a mí me detienen y así me refugio en la cárcel.» Hizo cuanto se había propuesto, completamente segura de que había usado otro grupo sanguíneo para la transfusión. Se dirigió a su cuartito, a la espera de ser detenida. Pero las horas pasaban en vano. La transfusión había ido muy bien (no se sabe cómo) y la enfermera ya sólo pensó en arrepentirse de su estupidez.

Giancarlo, un guapo muchachote de veinticinco años, parecía lleno de salud y de vivacidad. En cambio, tenía un «inquilino» que le atormentaba de manera atroz. Los exorcismos le daban un poco de alivio, pero demasiado poco. Una tarde decidió acabar con todo, como ya había intentado otras veces. Caminó a lo largo de las vías de una importante línea férrea, llegó a una amplia curva y se tendió sobre los rieles de una de las dos vías. Con la única ayuda de un saco de dormir, resistió en esta incómoda posición durante cuatro o cinco horas. Pasaron varios trenes, en ambas direcciones, pero todos por las vías de al lado. Y ningún maquinista o ferroviario advirtió su presencia.

Éste es el hecho: me es imposible dar una explicación natural del mismo.

Le pregunté al padre Candido si, en una experiencia tan larga como la suya, tuvo casos mortales en personas a las que él bendecía. Tuvo sólo uno y me lo contó. Una muchacha romana, reducida a una grave situación a causa de una posesión total del maligno, había empezado a ir a verle para ser exorcizada. Ya comenzaba a obtener algún provecho, si bien tenía muchas dificultades para combatir las tentaciones de suicidio. También su

madre fue un día a ver al padre Candido; era una mujer que creía que su hija era una «majadera» y le hacía continuos reproches. Ante las explicaciones del padre Candido se mostró convencida, pero, en realidad, no era así. Un día, mientras la hija confiaba a la madre sus continuas tentaciones de suicidarse, esa madre indigna le hizo una de sus habituales escenas: «Eres una majadera, no vales para nada, ni matarte sabes. ¡Inténtalo!», y al decir esto abrió la ventana. La hija se arrojó al vacío y murió en el acto. Éste es el único caso de suicidio que le ocurrió al padre Candido por parte de una persona a la que estaba bendiciendo. Pero resulta más que evidente la culpa de la madre, que ya tenía otras culpas por la situación en que se encontraba su hija. Hemos aludido a la duración de los exorcismos y a la imprevisibilidad del tiempo necesario para conseguir la liberación. Es muy importante la colaboración activa del sujeto; pero, a veces, a pesar de contar con ella, sólo se alcanza alguna mejoría, no la curación. Un día el padre Candido estaba exorcizando a un muchacho grande y gordo, de esos que hacen sudar al exorcista porque requieren también un gran esfuerzo físico. A veces parece que se libra una verdadera lucha. Desde el principio aquel joven le había dicho al padre Candido: «No sé si es bueno que hoy me exorcice; tengo la impresión de que le haré daño.» En efecto, hubo una auténtica lucha entre los dos, con resultado incierto sobre quién había prevalecido. Luego, de golpe, aquel joven se derrumbó y durante un rato también el padre Candido cayó encima de él. Me decía sonriendo: «Si alguien hubiese entrado en aquel momento, no habría entendido quién era el exorcista y quién el poseído.» Luego el padre se recuperó y terminó el exorcismo. Después de algunos días recibió un mensaje del padre Pio: «No pierda el tiempo y las fuerzas con ese joven. Es un esfuerzo inútil.» Con su intuición, que le venía de lo alto, el padre Pio había entendido que en aquel caso no conseguiría nada. Y los hechos confirmaron sus palabras.

Quisiera añadir una observación: *la posesión diabólica no es un mal contagioso, ni para los parientes, ni para quien asiste a ella, ni para los lugares en que se desarrollan los exorcismos.* Es importante decirlo con claridad, porque a menudo nosotros, los exorcistas, nos vemos con grandes dificultades para encontrar lugares donde administrar este sacramental. Y muchos rechazos dependen precisamente del miedo a que el local quede «infestado». Es necesario que al menos los sacerdotes sepan que la presencia de los poseídos y los exorcismos practicados sobre ellos no dejan ninguna secuela sobre los lugares ni sobre las personas que los habitan. En cambio, debemos temer al pecado; un pecador encallecido, un blasfemo, puede hacer daño a su familia, al ambiente de trabajo y a los lugares que frecuenta.

Reseño algunos casos, que elijo no entre los hechos más clamorosos que me han sucedido sino entre aquellos que son típicos y más corrientes.

Una muchacha de dieciséis años, Anna Maria, estaba angustiada porque desde hacía algún tiempo le iba mal en los estudios (en el pasado nunca había tenido dificultades) y oía en su casa extraños ruidos. Vino a verme acompañada por sus padres y su hermana. La bendije y noté algunos pequeños signos de negatividad. Luego bendije a la madre, que acusaba algunos trastornos. En cuanto le puse las manos sobre la cabeza, dio un gran alarido y se deslizó hasta el suelo desde la silla en la que estaba sentada. Hice salir a las dos hermanas y continué el exorcismo, asistido por el marido; noté una negatividad mucho más fuerte que en la hija. Para Anna Maria me bastaron tres bendiciones: era un caso débil y fue inmediatamente remediado. Para la madre se necesitaron algunos meses, con un ritmo de una bendición por semana, y se curó completamente, mucho antes de lo que hubiera podido prever por sus reacciones a la primera bendición.

A Giovanna, una señora de unos treinta años, madre de tres hijos, me la envió su confesor. Acusaba dolores de cabeza, de estómago y desvanecimientos. Según los médicos estaba sanísima. Poco a poco salió fuera el mal, o sea la presencia de tres demonios, cada uno de los cuales había entrado en ella como consecuencia de hechizos, en tres ocasiones distintas de su vida. El hechizo más fuerte se lo había hecho una muchacha que, antes del matrimonio de Giovanna, aspiraba con vehemencia a casarse con el novio de ésta. Era una familia de intensa devoción y así los exorcismos se vieron facilitados; dos demonios salieron bastante pronto, mientras que el tercero fue más reacio. Se necesitaron casi tres años de bendiciones, con un ritmo de una por semana.

Después de una cita, vino a verme Marcella, una muchacha muy rubia de diecinueve años, de aire presumido. Sufría dolores de estómago lacerantes y de un temperamento que no conseguía dominar, ni en su casa ni en su trabajo: daba respuestas ofensivas, ácidas, sin poderse refrenar. Según los médicos, no tenía nada. En cuanto le puse las manos sobre los párpados, al comienzo de la bendición, se le pusieron los ojos completamente en blanco, con las pupilas apenas perceptibles abajo, y estalló en una carcajada irónica. Apenas tuve tiempo de pensar que aquello era Satanás cuando de pronto oí que me decían: «Soy Satanás», con una nueva carcajada. Poco a poco Marcella intensificó su vida de práctica religiosa, se hizo constante en la comunión, en el rosario cotidiano y en la confesión semanal (¡la confesión es más fuerte que un exorcismo!). Experimentó una progresiva mejoría, salvo algún paso atrás cuando aflojaba el ritmo de oración, y se curó al cabo de sólo dos años.

Giuseppe, de veintiocho años, vino a verme acompañado por su madre y su hermana. Inmediatamente advertí que sólo había venido para complacer a los suyos. Hedía intensamente a humo; tomaba drogas y también las vendía, blasfemaba. Era inútil hablar de oración y de

sacramentos. Traté de disponerle de la mejor manera para que aceptase de buena gana mi bendición. Ésta fue brevísima: el demonio se manifestó inmediatamente de modo violento, y corté en seguida. Cuando le dije a Giuseppe lo que tenía, me respondió: «Ya lo sabía y estoy contento así; con el demonio estoy bien.»

No le he vuelto a ver.

Sor Angela, aunque joven, ya estaba reducida a una situación lastimosa cuando vino a verme: casi no conseguía hablar, tanto menos rezar. Sufría evidentemente en todo el cuerpo, no había parte de ella que no mostrara sufrimiento. Le resonaban en la cabeza continuas blasfemias y a menudo se oían ruidos extraños, que también las demás hermanas percibían. El origen de todas sus desdichas estaba en la maldición (y quizá el hechizo) de un sacerdote indigno; sor Angela ofrecía todos sus sufrimientos por el bien de su congregación. Después de muchas bendiciones, de las que obtuvo algún provecho, fue trasladada a otra ciudad. Espero que haya encontrado otro exorcista para proseguir la obra de liberación.

Entre los casos tremendos de hechizos de toda una familia, describiré uno. El padre, comerciante muy acreditado, se vio de golpe sin pedidos, por motivos inexplicables. Tenía los almacenes llenos de mercancías pero ningún cliente daba señales de vida. Una vez, cuando había logrado colocar una cierta cantidad, el camión encargado de retirar la mercancía se averió repetidamente, sin llegar a destino, por lo cual el contrato fue anulado. En otra ocasión, en que con gran fatiga había logrado concertar una venta, llegó el camión, pero nadie consiguió levantar la persiana del almacén; también ese negocio se esfumó. Una hija casada, por aquella misma época, fue abandonada por su marido, y a la otra hija, en vísperas de la boda, cuando ya estaba lista la casa y completamente amueblada, la plantó su novio sin explicaciones. Además había trastornos de salud y ruidos en la casa, como casi siempre sucede en estos casos. No se sabía por dónde empezar. También aquí, además de las acostumbradas recomendaciones sobre la oración, la frecuentación de los sacramentos y una vida cristiana coherentemente vivida, comencé por bendecir a todos los miembros de la familia. Luego exorcicé y celebré la misa en la vivienda y en los lugares de trabajo del padre. Los resultados empezaron a ser evidentes después de un año y prosiguieron con constancia, aunque como si fuese en cámara lenta. ¡Verdaderamente suponen duras pruebas de fe y perseverancia!

Antonia, una muchacha de veinte años, vino acompañada por su padre, que era pastelero. Desde hacía muy poco, la hija había asumido el aspecto de una vidente: oía voces extrañas, no lograba dormir ni trabajar; el padre había empezado a sufrir dolores de estómago que los médicos y las medicinas no lograban calmar. Cuando bendije a la hija, vi que se trataba de una ligera negatividad; le dije que podía salir airosa con pocas

bendiciones, salvo sorpresas. En cambio, cuando bendije al padre, éste entró completamente en trance, aunque permaneció mudo y no hizo ninguna locura. Al despertarse, vi que no se había dado cuenta de nada. Entonces recomendé a la hija que no le dijera a su padre nada de lo que había ocurrido, para no espantarle, pero que volvieran los dos otro día. En casa la hija no supo abstenerse y se lo dijo todo; el padre se asustó de haber entrado en trance y fue... a ver a un mago. Sé, a través de la persona que me los había enviado, que están mal los dos, pero no han vuelto a verme. He tenido contacto otras veces con personas que, desalentadas por la lentitud de la curación, se han dirigido a magos, con pésimas consecuencias. Dios nos ha creado libres; también somos libres de hundirnos.

Como conclusión de este capítulo me interesa precisar un hecho: cada exorcista posee sus experiencias que, a veces, son irrepetibles, o sea que no encuentran confirmación por parte de otros exorcistas. No me asombra que algunos exorcistas se hayan quedado perplejos, sobre todo en cuanto a lo que he expuesto en la primera parte sobre la posición de los ojos, el dolor de cabeza o de estómago; habría podido exponer otros hechos que me ocurren constantemente. Son reacciones advertidas siempre o casi siempre por el padre Candido y que siguen repitiéndose con sus discípulos. Continúan siendo verdaderas aunque no encuentren confirmación en la experiencia de otros exorcistas.

Considero que se deben valorar con mucho respeto los distintos métodos y experiencias. La verdad de un hecho, o de un tipo de reacción, o la eficacia de un método, no disminuye aun cuando se trate de una particularidad vinculada a un determinado exorcista y no comprobable por otros.

# CÓMO SE COMPORTA EL DEMONIO

Digamos inmediatamente, para empezar, que el demonio hace lo imposible para no ser descubierto, que es muy parco en palabras, que busca todos los caminos para desalentar al paciente y al exorcista. Para mayor claridad, distingamos su comportamiento en cuatro fases: antes de ser descubierto; durante los exorcismos, poco antes de la expulsión y después de la liberación. Advirtamos también que nunca hay dos casos iguales. El comportamiento del maligno es muy variado e imprevisible. Lo que escribimos aquí sólo se refiere a algunos de los aspectos más frecuentes de esa conducta.

1. *Antes de ser descubierto.* El demonio causa trastornos físicos y psíquicos, por lo que la persona afectada recibe tratamiento médico sin que nadie sospeche el verdadero origen del mal. A veces los médicos tratan los trastornos largamente, probando varias medicinas, que siempre resultan inadecuadas; por ello lo habitual es que el paciente cambie varias veces de médico, acusándoles de no entender su mal. Más difícil es el tratamiento de los males psíquicos; muchas veces los especialistas no encuentran nada (esto ocurre con frecuencia también para los males físicos) y la persona pasa a los ojos de sus familiares por «majareta». Una de las cruces más pesadas de estos «enfermos» es la de que no son comprendidos ni se les cree. Casi siempre ocurre que, tarde o temprano, tras haber llamado en vano a las puertas de la medicina oficial, esas personas acuden a curanderos o, lo que es peor, a magos, quirománticos o hechiceros. Y así los males aumentan.

Normalmente quien recurre al exorcista (por sugerencia de algún amigo; rarísimas veces por sugerencia de sacerdotes), ya ha hecho el recorrido de los médicos, ha perdido totalmente la confianza en ellos, y la mayoría de las veces ya ha visitado a magos o similares. La falta de fe o al menos el hecho de no ser practicantes, añadido a la gran e injustificable carencia eclesiástica en este campo, hacen comprensible tal comportamiento. La mayoría de las veces es una auténtica casualidad la que hace conocer la existencia de los exorcistas.

Téngase presente que el demonio, incluso en los casos de posesión total (en los que es él quien obra o habla, sirviéndose de los miembros del desventurado), no actúa continuamente, sino que alterna su acción (llamada, en general, «momento de crisis») con períodos de reposo más o menos largos. Salvo los casos más graves, la persona puede atender a sus compromisos de estudio o de trabajo de manera que parece normal, aun cuando, en realidad, sólo ella sabe a costa de qué esfuerzos.

*2. Durante los exorcismos.* Al principio el demonio hace todo lo posible para no ser descubierto o al menos para ocultar la gravedad de la posesión, si bien no siempre lo consigue. Constreñido por la fuerza de los exorcismos, a veces es inducido a manifestarse desde la primera oración; otras veces se necesitan más exorcismos. Recuerdo a un joven que, en la primera bendición, sólo había dado algunos indicios sospechosos; entonces pensé: «Es un caso fácil; salgo del paso con esta bendición y alguna más.» La segunda vez se puso furioso y, desde aquel momento, yo no empezaba el exorcismo si no me acompañaban cuatro hombres robustos para sujetarle.

En otros casos, debe madurar la hora de Dios. Tengo presente a una persona que había visitado a varios exorcistas, incluido yo, sin que advirtieran nada particular. Pero cuando por fin el demonio se manifestó como lo que era, se procedió regularmente, con la frecuencia que es necesaria para liberar a los poseídos. En ciertos casos, ya a la primera o la segunda bendiciones el demonio demuestra toda su fuerza, que varía de una persona a otra; algunas veces esta manifestación es progresiva: hay afectados que cada vez parece que presentan males nuevos. Uno tiene la impresión de que todo el mal que guardan dentro ha de salir poco a poco para poder eliminarlo.

El demonio reacciona de muy distintas maneras a las oraciones y exhortaciones. Muchas veces se esfuerza por parecer indiferente; pero, en realidad, sufre y continúa sufriendo cada vez más, hasta que se llega a la liberación. Algunos poseídos permanecen inmóviles y silenciosos, reaccionando sólo con los ojos, si son provocados. Otros se agitan y hay que sujetarles para que no se hagan daño; otros se lamentan, especialmente si se presiona la estola sobre las partes dolientes, como indica el Ritual, o bien haciendo sobre ellas la señal de la cruz o rodándolas con agua bendita. Son pocos los furiosos, y éstos deben ser sujetados bien fuerte por personas que ayudan al exorcista o por los parientes.

En cuanto a hablar, generalmente los demonios se muestran muy reacios. Precisamente el Ritual advierte que no se hagan preguntas por curiosidad, sugiere preguntar sólo sobre lo que es útil para la liberación. Lo primero que debe preguntarse es el nombre; para el demonio, tan poco dado a manifestarse, revelar su nombre es una derrota; y, cuando lo ha dicho, se muestra siempre reacio a repetirlo en todos los exorcismos siguientes.

Luego se impone al maligno que diga cuántos demonios están presentes en ese cuerpo. Pueden ser muchos o pocos, pero siempre hay un jefe, el indicado por el primer nombre. Cuando el demonio tiene un nombre bíblico o dado por la tradición (por ejemplo: Satanás o Belcebú, Lucifer, Zabulón, Meridiano, Asmodeo...), se trata de «peces gordos», más duros de vencer. Pero la dificultad proviene también en gran manera de la fuerza con que un demonio se ha apoderado de una persona. Cuando hay varios demonios, el jefe es siempre el último en irse.

La fuerza de la posesión resulta asimismo de la reacción del demonio a los nombres sagrados. En general, tales nombres no son ni pueden ser pronunciados por el maligno: «Él» indica a Dios o a Jesús; «Ella» indica a la Virgen. Otras veces dicen: «tu jefe» o «tu señora», para indicar a Jesús o la Virgen. Si, en cambio, la posesión es menos fuerte y el demonio es de alto rango (repitamos que los demonios conservan el rango que tenían cuando eran ángeles, como tronos, principados, dominaciones...), entonces es posible que pronuncien el nombre de Dios y el de la Virgen junto con horribles blasfemias.

Muchos creen, quién sabe por qué, que los demonios son locuaces y que, si uno va a asistir a un exorcismo, el demonio dirá en público todos sus pecados. Es una creencia falsa; los demonios son reacios a hablar y cuando son locuaces dicen cosas insulsas para distraer al exorcista y para esquivar sus preguntas. Puede haber algunas excepciones. Un día el padre Candido había invitado a asistir a sus exorcismos a un sacerdote que se jactaba de no creer en ellos. Aquel sacerdote se comportaba con un aire casi de desprecio, con los brazos cruzados, sin rezar (como deben hacer siempre los presentes) y con una sonrisa irónica. En un momento dado el demonio se volvió hacia él: «Tú dices que no crees en mí. Pero crees en las mujeres, en ellas sí que crees; ¡y cómo crees!» Aquel desdichado, a la chita callando y caminando hacia atrás, llegó a la puerta y puso pies en polvorosa.

En otra ocasión el demonio reveló los pecados para desalentar al exorcista. El padre Candido estaba bendiciendo a un guapo muchacho, que tenía dentro de sí a un animalazo más grande que él. Fue precisamente el demonio el que trató de desanimar al exorcista: «¿No ves que pierdes el tiempo con éste? Es uno que no reza nunca, es uno que frecuenta..., es uno que hace...», y así una larga serie de horribles pecados. Acabado el exorcismo, el padre Candido trató de convencer a aquel joven, con buenas maneras, de que hiciera una confesión general. Pero él no quería saber nada. Fue necesario llevarle casi a la fuerza a un confesonario; y allí se apresuró a decir que no tenía nada de que acusarse. «¿Pero no hiciste tal cosa tal día?», le apremió el padre Candido. Y él, atónito, hubo de admitir su culpa. «¿Y no hiciste acaso también tal cosa?», y el infeliz, cada vez más confuso, hubo de reconocer uno por uno todos los pecados que el padre le

recordaba, valiéndose de las declaraciones del demonio. Al final se llegó a la absolución. Y aquel joven se fue aturdido: «¡Ya no entiendo nada! ¡Estos curas lo saben todo!»

Otras preguntas que el Ritual sugiere conciernen a cuánto tiempo hace que el demonio se encuentra en aquel cuerpo, por qué motivo y similares. Hablaremos en su momento de cómo hay que comportarse en caso de hechizos: qué preguntas deben hacerse y cómo actuar. Pero digamos inmediatamente que el demonio es el príncipe de la mentira. Puede muy bien acusar a una persona u otra para provocar sospechas y enemistades. Las respuestas del demonio deben sopesarse mucho. Me limito a decir que, en general, el interrogatorio del demonio tiene escasa importancia. Por ejemplo, muchas veces el demonio, cuando se veía muy debilitado, respondía a preguntas sobre la fecha de su salida, y luego no salía en absoluto en aquella fecha. Un exorcista con la experiencia del padre Candido, que sabía con qué clase de demonio tenía que vérselas y con frecuencia incluso adivinaba su nombre, hacía muy pocos interrogatorios. A veces, cuando preguntaba el nombre, le respondían: «Ya lo sabes.» Y era verdad.

A menudo, cuando se trata de posesiones fuertes, los demonios hablan espontáneamente, para tratar de desalentar o espantar al exorcista. Varias veces me respondieron con frases como éstas: «Tú no puedes hacer nada contra mí»; «Ésta es mi casa; estoy bien en ella y aquí me quedo»; «Estás perdiendo el tiempo». O bien, amenazas: «Te comeré el corazón»; «Esta noche no pegarás ojo por el miedo»; «Vendré a tu cama como una serpiente»; «Te haré caer de la cama»... Luego, ante algunas réplicas mías, calla. Por ejemplo, cuando le digo: «Estoy envuelto en el manto de la Virgen; ¿qué puedes hacerme?»; «Tengo por patrono al arcángel Gabriel; prueba a luchar contra él»; «Tengo a mi ángel custodio, que vela para que nadie me toque; tú no puedes hacer nada»; y frases parecidas.

Siempre se encuentra algún punto particularmente débil. Algunos demonios no resisten a la cruz hecha con la estola sobre las partes doloridas; otros no resisten que se les sople a la cara; otros se oponen con todas sus fuerzas a la aspersión con agua bendita. Luego hay frases, en las oraciones de exorcismo o en otras plegarias que el exorcista puede pronunciar, ante las cuales el demonio reacciona violentamente o perdiendo las fuerzas. Entonces se insiste en repetir aquellas frases, como sugiere el Ritual. El exorcismo puede ser largo o breve, según el exorcista juzgue qué puede ser más útil, teniendo en cuenta varios factores. A menudo es útil la presencia de un médico no sólo para el diagnóstico inicial, sino también para aconsejar sobre la duración del exorcismo. Sobre todo cuando el poseído no está bien (por ejemplo, si está enfermo del corazón), o cuando no está bien el exorcista; entonces puede ser el médico quien aconseje

cuándo terminar. En general, el exorcista comprende cuándo sería inútil proseguir.

3. *Poco antes de la expulsión.* Es un momento delicado y difícil, que puede prolongarse mucho. El demonio demuestra en parte que ha perdido fuerzas, en parte intenta asestar sus últimos golpes. Con frecuencia se tiene esta impresión: mientras que en las enfermedades normales el enfermo mejora progresivamente hasta la curación, aquí sucede lo contrario: la persona afectada está cada vez peor, y precisamente cuando ya no puede más, se produce la curación. No es que sea así en todos los casos, pero es lo más frecuente.

Para el demonio abandonar a una persona y regresar al infierno, donde casi siempre es condenado, significa morir eternamente, perder toda posibilidad de mostrarse activo molestando a las personas. Y manifiesta su estado de desesperación con expresiones repetidas a menudo durante los exorcismos: «Me muero, me muero»; «Ya no puedo más»; «Basta, me estáis matando»; «Sois unos asesinos, unos verdugos; todos los curas son asesinos», y frases parecidas. El contenido ha cambiado completamente respecto de cuanto decía durante los primeros exorcismos. Si entonces decía: «Tú no puedes hacer nada contra mí», ahora dice: «Me estás matando; me has vencido.» Si antes aseguraba que nunca se iría porque allí estaba bien, ahora afirma que está muy mal y dice que quiere irse. Es un hecho que cada exorcismo es como darle una paliza al demonio: él sufre mucho, pero también procura dolor y cansancio a la persona dentro de la cual se encuentra. Llega a confesar que, durante los exorcismos, está peor que en el infierno. Un día, mientras el padre Candido exorcizaba a una persona próxima a la liberación, el demonio dijo abiertamente: «¿Crees que me iría si no estuviese peor aquí?» Los exorcismos se le habían hecho verdaderamente insoportables.

Otro aspecto que se debe tener presente para ayudar a las personas que están en vías de liberación es que el demonio trata de comunicarles sus mismos sentimientos: él ya no puede más y les provoca un estado de cansancio intolerable; él está desesperado e intenta transmitir a la persona poseída su misma desesperación; él se siente acabado, con poco tiempo para vivir, ya no está ni siquiera en condiciones de razonar correctamente, y transmite a la persona la impresión de que todo está acabado, que su vida ha llegado al final, y se acentúa en ella la convicción de que ha enloquecido. Cuántas veces estas personas le preguntan desconsoladamente al exorcista: «¡Dígame francamente si estoy chiflado!» También al poseído se le hacen cada vez más fatigosos los exorcismos y a veces, si no llega acompañado o casi forzado, falta a la cita. He tenido asimismo algunos casos de personas que, próximas o bastante próximas a la liberación, han abandonado completamente el exorcismo. Del mismo modo que estos «enfermos» frecuentemente deben ser ayudados para rezar y para ir a la

iglesia, además de para acercarse a los sacramentos porque solos no lo consiguen, del mismo modo tienen necesidad de ser ayudados para someterse a los exorcismos, sobre todo en la fase final; y han de ser continuamente alentados.

Indudablemente contribuye a estas dificultades el cansancio físico y una cierta sensación de desmoralización por la prolongación de las sesiones, con la impresión de que el mal se ha hecho ya incurable. El demonio también puede causar daños físicos y sobre todo psíquicos, de los que hay que tratarse asimismo por vía médica, incluso después de la curación. Pero son posibles las curaciones completas, sin secuelas.

4. *Después de la liberación.* Es muy importante que la persona liberada no afloje su ritmo de plegaria, de frecuentación de los sacramentos, de compromiso de vida cristiana. Y de vez en cuando es bueno solicitar que le sean practicadas algunas bendiciones, pues ocurre a menudo que el demonio ataca, o sea que trata de regresar. No hay que abrirle ninguna puerta. Quizá, más que de convalecencia, podemos hablar de un período de reforzamiento necesario para garantizar la liberación cumplida. He tenido algunos casos de recaída: a veces no hubo negligencia por parte del sujeto, o sea que éste había seguido manteniendo un ritmo de vida espiritual intenso y la segunda liberación fue relativamente fácil. Cuando, en cambio, la recaída se ha visto favorecida por un abandono de la oración, y peor aún si se ha caído en un estado de pecado habitual, entonces la situación ha empeorado, como describe el Evangelio de Mateo 12, 43-45: el demonio regresa con otros siete espíritus peores que él.

No le habrá pasado inadvertido al lector, lo hemos dicho y repetido, el hecho de que el demonio hace lo imposible para ocultar su presencia. Ésta es ya una observación que ayuda (aunque ciertamente no basta) a distinguir la posesión de ciertas formas de enfermedades psíquicas en las cuales el paciente hace cuanto puede para convertirse en objeto de atención. El comportamiento del demonio es totalmente opuesto.

# EL TESTIMONIO DE UN AFECTADO

*Este capítulo no es mío, pero es un testimonio escrito con rara claridad. Incluso al exorcista más experto, le es siempre difícil identificarse con los poseídos y entender lo que sienten. Y hasta la que puede parecer una infestación de mediana gravedad esconde sufrimientos que al mismo paciente le cuesta describir. Éste fue el principal esfuerzo de G. G. M.: tratar de expresar lo inexpresable, confiando en ser entendido sobre todo por quienes están afligidos por un mal análogo.*

Todo comenzó a partir de los dieciséis años. Antes yo era un muchacho feliz, avispado y bastante alegre, aunque siempre tenía una sensación de angustia y en todas partes me parecía que alguien me decía: «Nosotros hacemos esto, ¿y tú?» «Nosotros vamos allí, ¿y tú?» No entendía el porqué, pero entonces esto no suponía un problema para mí. Vivía en una pequeña ciudad marítima; el mar, el alba y los campos me ayudaban bastante a mantenerme alejado de la melancolía. A los dieciséis años me trasladé a Roma, dejé de acudir a la iglesia y comencé a frecuentar todo aquello que en una gran ciudad atrae a un forastero, es decir, todas aquellas situaciones extremas que en un pueblo ni siquiera se conocen. Muy pronto conocí a drogadictos, marginados, ladrones, muchachas fáciles y así sucesivamente. Tenía una cierta prisa por aprender todo este «ruido» que me apartaba enormemente de la paz que tenía antes. Comencé a vivir esta nueva dimensión artificiosa, desbordante y nauseabunda.

Mi padre era muy represivo: controlaba cada uno de mis movimientos y siempre se mostraba descontento de mí. La suma de estos disgustos y de todas las humillaciones de que me hacía objeto mi padre me impulsó como un muelle a la calle. Me fui de casa y conocí el hambre, el frío, el sueño y la maldad. Frecuenté a mujeres ligeras y amigos pesados. Pronto surgió en mí una pregunta sin respuesta: «¿Por qué vivo? ¿Por qué me encuentro en la calle? ¿Por qué soy así y los demás, en cambio, tienen fuerza necesaria para trabajar y sonreír?»

En aquel tiempo tuve relación con una muchacha que creía que el mal era más fuerte que el bien; hablaba de brujas y magos, y escribía cosas que daban vértigo. Yo creía que era muy inteligente porque estaba fuera del alcance de un ser humano escribir todas aquellas lucubraciones sobre el mundo y la vida. Leí todos sus cuadernos y luego le impuse que los quemara delante de mí porque sólo hablaban del mal y me daba un poco de miedo tener aquellos folios dando vueltas por la casa. Ella empezó a odiarme sin que yo pudiera entender el motivo; traté de ayudarla a salir de aquel pozo negro, pero no lo conseguí; se mofaba de mí y del bien que le proponía.

Volví a casa con los míos, me uní a otra muchacha peor que la anterior y durante algunos años me sentí triste, desdichado y perseguido por cada persona que conocía; me rodeaba una especie de oscuridad, la sonrisa ya no asomaba a mis labios y las lágrimas estaban siempre listas para correr por mis mejillas. Estaba desesperado y una vez más me pregunté: «¿Por qué vivo? ¿Quién soy? ¿Qué hace el hombre en la tierra?» Como es natural, en mi ambienté nada de esto interesaba a nadie y en un momento de desesperación muy fuerte, en mi fuero interno exclamé con un hilo de voz: «¡Dios mío, estoy acabado! Heme aquí delante de ti... ayúdame.» Parece que fui escuchado; al cabo de unos días, la muchacha con la que andaba entró en una iglesia, comulgó y se convirtió en un tiempo récord.

Yo, para no ser menos, hice lo mismo y fui a parar a una iglesia en la que sacaban en procesión a la Virgen de Lourdes; me llamaron para ayudar a llevar la imagen y, aunque me daba vergüenza, lo hice y luego estuve orgulloso de haberlo hecho. Comulgué y me quedé asombrado por la actitud del confesor, que se mostró bondadoso y comprensivo.

Salí de allí diciendo: «Lo he conseguido; he vuelto al bien.» Aun cuando no sabía qué era el bien, sentía que era así. Después de algunas semanas oí hablar de Medjugorje, donde la Virgen se aparecía desde 1981. Emprendí inmediatamente viaje con aquella muchacha, también impulsado por un prodigio que no sé describir. Volvimos al seno de la Iglesia de forma plena, cambiamos de vida, amamos a Dios más que a nosotros mismos, tanto que ella se hizo monja y yo pensé en el sacerdocio. Ya no podía contener la alegría de tener un motivo para vivir y que la vida no acabara ahí.

Pero era sólo el principio: había «alguien» que no estaba contento con todo esto. Después de algunos años volví a Medjugorje y de vuelta a Roma comencé a sentir otra vez el eco de aquella oscuridad en que mi alma vivía antes de descubrir a Dios. En el curso de pocas semanas, esa sensación que yo atribuía al autoritarismo de mi padre, a la situación menesterosa en que, por distintos motivos, yo había vivido y a un tormento que creía común sin entender que para los demás no era así, esa sensación,

digo, se convirtió en realidad. Comencé a sufrir como nunca me había sucedido; sudaba, tenía fiebre y la fuerza me había abandonado, al punto que ni siquiera podía comer si no me metían la comida en la boca. Tenía la percepción de que sufría con algo distinto del cuerpo: era como ajeno a esos hechos. Sentía una desesperación fortísima y veía, no sé con qué ojos, una oscuridad que entenebrecía no la habitación donde estaba ni la cama en la que yacía desde hacía meses, sino el futuro, las posibilidades de vida, la espera del mañana. Estaba como muerto por un cuchillo invisible y sentía que quien hundía aquel cuchillo me odiaba y quería algo más que mi muerte. Es muy difícil de explicar con palabras, pero era tal como he dicho.

Después de varios meses estaba enloquecido y ya no razonaba; querían llevarme a un manicomio; no entendía ni lo que decía, porque ahora vivía en otra dimensión: la de mi sufrimiento. La realidad estaba como desprendida de mí. Era como si estuviese en el tiempo sólo con el cuerpo, pero que el alma se encontrase en otra parte, en un sitio horrible, donde no penetra la luz ni existen esperanzas.

Permanecí muchos meses en este estado, entre la vida y la muerte, y ya no sabía qué pensar. Perdí amigos, conocidos y la comprensión de mis parientes. Vivía fuera del mundo y ya no me entendían, ni yo podía pretender que lo hicieran, sabiendo lo que guardaba dentro y que nunca conseguiría describir. Casi me olvidé de Dios y aunque me dirigía a él con llantos y lamentos interminables, lo sentía lejano, una lejanía que no se mide en kilómetros, sino en negaciones: o sea que algo decía «no» a Dios, al bien, a la vida, a mí mismo. Pensé en dirigirme a un hospital porque suponía que la fiebre que tenía desde hacía meses debía por fuerza depender de una causa física y, si eliminaba ésta, me sentiría mejor; en cualquier caso, algo tenía que hacer.

En Roma, ningún hospital me quería ingresar por tener fiebre, y tuve que irme a trescientos kilómetros de allí, donde permanecí durante veinte días sometido a exámenes y análisis de toda clase. Salí con un «no tiene nada» y una cartilla clínica que habría llenado de envidia a un atleta: estaba sano como una roca, pero una apostilla decía que nadie se explicaba la fiebre y mi cara hinchada y cadavérica.

Estaba blanco como las hojas de un cuaderno. Apenas salí del hospital, donde todos mis males se habían atenuado un poco, entré en una crisis fortísima, vomité varias veces, sufrí todo lo que un hombre puede sufrir y me encontré en un punto desconocido de la ciudad; no sé cómo había llegado hasta allí. Mis piernas caminaban solas, los brazos eran independientes de la voluntad y así el resto del cuerpo. Fue una sensación horrible; daba órdenes a las articulaciones, que ya no me obedecían; no se lo deseo a nadie. Por si fuese poco, volvió la oscuridad, que, esta vez, se extendió desde el alma hasta el cuerpo. Lo veía todo como si fuese de noche aun estando en pleno día. El sufrimiento había llegado a las estrellas;

comencé a gritar, a retorcerme en el suelo como si tuviera un fuego dentro de mí e invoqué a la Virgen gritando: «Madre, madre, ten piedad... ¡Madre, te lo suplico! Madre mía, concédeme tu gracia, que me muero.» Los dolores no se atenuaron y el sufrimiento se había exasperado tanto que perdí también el sentido de la orientación y pegado a las paredes, caminé hasta una cabina telefónica; logré marcar el número al tiempo que golpeaba la cabeza contra los cristales y el teléfono; me respondió la única persona que conocía y que vino para llevarme de vuelta a Roma. Antes de que mi amigo llegara, me di cuenta, como por una indicación exterior, de que había estado viendo el infierno; no tocándolo o viviendo en él, sino sólo viéndolo de lejos. Aquella experiencia cambió mi vida mucho más que la conversión de Medjugorje.

No obstante, seguía sin pensar en realidades ultraterrenales, sino que lo explicaba todo con motivos psicológicos: inadaptación, padre dominante, traumas infantiles, *shocks* emotivos y varias otras cosas que, como un hermoso dibujo, explicaban muy bien el porqué de lo acaecido. Había estudiado psicología durante cinco años como autodidacta y así había conseguido formular un esquema según el cual era obvio que sufriera. El día de la Virgen del Buen Consejo, y por eso lo creí al haberla invocado, un fraile me aconsejó que telefoneara a un carismático que actuaba bajo la estrecha tutela de un obispo y tenía el don del conocimiento. Éste me dijo: «Te han formulado un hechizo de muerte para afectarte la mente y el corazón, y hace ocho meses comiste un fruto embrujado.» Me eché a reír, sin creer ni una palabra de aquello; pero luego, reflexionando, sentía que dentro de mí volvía a encenderse la esperanza. Había olvidado esta sensación y pensé en el fruto descrito y en los ocho meses anteriores. «Es verdad —dije—, he comido ese fruto», y recordé también que no quería comerlo por una instintiva repulsión hacia la persona que me lo ofrecía. Todo coincidía y entonces escuché también el consejo acerca del remedio que me sugirieron: las bendiciones.

Busqué un exorcista y después de las diversas risotadas de los curas o de los obispos y las humillaciones que me infligieron, por las cuales descubría un aspecto de la Iglesia afeado por sus mismos pastores, llegué al padre Amorth. Recuerdo muy bien aquel día; aún no sabía qué era una bendición particular: pensaba en una señal de la cruz, como hace el cura después de la misa. Me senté, él me puso la estola en torno a los hombros y una mano en la cabeza; empezó a rezar en latín y yo no entendía nada. Al poco rato, algo así como un rocío fresco, es más, helado, me bajó de la cabeza al resto del cuerpo. Por primera vez, después de casi un año, la fiebre me abandonaba. No dije nada; él continuó y poco a poco la esperanza volvía a vivir en mí, la luz del día volvía a ser luz, el canto de los pájaros ya no se parecía al graznar de los cuervos, y los ruidos exteriores ya no eran obsesivos, sino que se habían vuelto simples ruidos; de hecho,

llevaba siempre tapones en los oídos porque hasta el menor ruido me hacía saltar.

El padre Amorth me dijo que volviera y, apenas salí, tuve grandes deseos de sonreír, de cantar, de disfrutar: «Qué bien —dije—, se acabó.» Era verdad, era verdad todo aquello que había sentido: era la rabia de «alguien» que me odiaba y no una locura mía lo que me hacía todo aquel daño. «Es verdad —repetía mientras iba solo dentro del coche—, todo es verdad.» Hoy han pasado tres años y, poco a poco, después de una bendición tras otra, he vuelto a la normalidad y he descubierto que la felicidad viene de Dios y no de nuestras conquistas o de nuestros afanes.

El mal, la llamada desdicha, la tristeza, la angustia, el brinco continuo de las piernas, la rigidez de los nervios, el agotamiento nervioso, el insomnio, el temor a la esquizofrenia o a la epilepsia (había tenido realmente algunas caídas) y tantas otras enfermedades de las que era víctima, desaparecían al sonido de una simple bendición. Hace tres años que tengo una prueba tras otra que demuestran, sólo a mí naturalmente, que el demonio existe y actúa mucho más de lo que creemos y que hace lo imposible para no dejarse descubrir hasta convencernos de que estamos enfermos de esto o aquello, cuando él es el autor de todo mal y tiembla ante un sacerdote con el aspersorio en la mano.

He querido relatar mi experiencia para invitar a cuantos la lean a someter a examen este aspecto de nuestra vida que yo, por desgracia, he experimentado plenamente. En conclusión, me siento feliz de que Dios haya permitido que se me haga esta enorme prueba, porque ahora comienzo a gozar de los frutos de tanto sufrimiento. Tengo el ánimo más puro y veo lo que antes no veía. Sobre todo soy menos escéptico y más atento a la realidad que me rodea. Creía que Dios me había dejado y, en cambio, era precisamente entonces cuando me estaba probando, a fin de prepararme para encontrarlo.

Con este escrito también quiero estimular a quienes están enfermos como lo estuve yo a que no se desanimen ya que, aunque parezca evidente, no hay que creer ni siquiera en la evidencia, o sea que Dios nos abandone. No es así y al final se tiene la prueba de ello. Hay que perseverar, incluso durante años. Además, debo hacer una precisión: que las bendiciones tienen un efecto tanto más intenso cuanto más lo quiere Dios y no dependen de la voluntad del exorcista o del exorcizado; y que según mi experiencia, esta intensidad depende mucho más de la voluntad de conversión del sujeto que de las prácticas exorcistas. La confesión y la comunión valen como un gran exorcismo. Especialmente en las confesiones, si están bien hechas, he sentido la inmediata desaparición de los tormentos antes mencionados; y en las comuniones, una dulzura nueva que no pensaba que pudiera existir.

También hace años, antes de todos aquellos sufrimientos, me confesaba y comulgaba; pero como no sufría, no podía darme cuenta, si puede decirse así, respecto de qué me había vuelto inmune. Ahora lo sé e invito sobre todo a los tibios a creer que Dios está realmente presente en la puerta del confesonario y en la hostia, que a menudo tomamos con gran indiferencia.

Además, invito a los escépticos a *creer,* antes de que «alguien» les ayude a la fuerza como me ha ocurrido a mí. Para terminar, me dirijo con una invitación a los pobres, porque nadie lo es más que ellos, a los poseídos, a los odiados por Satanás, que se sirve de sus mismos conocidos para matarlos u oprimirlos. No perdáis la fe, no rechacéis la esperanza, no sometáis la voluntad a las insinuaciones violentas y a los fantasmas que el maligno os presenta.

Éste es su verdadero objetivo y no el de causar sufrimientos o procurar el mal. Él no busca nuestro dolor, sino algo más: quiere que nuestra alma derrotada diga: «Basta, estoy vencido, soy un juguete en manos del mal; Dios no es capaz de liberarme; Dios se olvida de sus hijos si permite tales sufrimientos; Dios no me ama, el mal es superior a Él.» Ésta es la verdadera victoria del mal a la cual debemos responder, aunque hayamos perdido la fe, ofuscada por el dolor. «Nosotros queremos querer la fe»; queremos querer; el demonio no puede tocar esta voluntad, es nuestra voluntad; no es ni de Dios ni del diablo, sino sólo nuestra, porque Dios nos la dio cuando nos creó; por lo tanto, debemos decir siempre que no a quien nos la quiere echar por tierra y debemos creer (con san Pablo) que, al oír el nombre de Jesús, caen de rodillas «todos los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra».

Ésta es nuestra salvación. Si no creemos con firmeza, el mal que nos ha sido impuesto, ya sea con maleficios o con hechizos, puede durar años, sin que experimentemos mejora. Además, para aquellos que creen haber enloquecido ya y no ven remedio, yo puedo testimoniar que después de muchas bendiciones este mal pasa como si nunca hubiese existido; por eso no debemos temerlo, sino alabar a Dios por la cruz que nos da. Porque después de la cruz está siempre la resurrección, como después de la noche viene el día; así han sido creadas todas las cosas. Dios no miente y nos ha elegido para acompañar a Jesús en Getsemani, haciéndole compañía en su dolor, para resucitar con él.

Ofrezco a María Inmaculada este testimonio para que lo haga fructificar por el bien de mis hermanos de dolor. Respondo con el amor, el perdón, la sonrisa y la bendición a aquellos que han sido instrumentos del diablo para darme el martirio que he padecido. Ruego que mi sufrimiento les haga entrever la luz que también yo he recibido gratuitamente de nuestro Dios maravilloso.

*G. G. M.*

# EFECTOS DEL EXORCISMO

Cuando la persona tenía negatividades, incluso cuando éstas manifestaran signos particulares durante el exorcismo, el sujeto a menudo ha obtenido provecho de éste. Generalmente no se tiene en cuenta el día en que se ha practicado el exorcismo: puede provocar bienestar o malestar, atontamiento o somnolencia, aparición de hematomas o desaparición de dolores; estas cosas carecen de importancia. En cambio, es importante evaluar las consecuencias a partir del día siguiente. En algunos casos uno se encuentra mal durante un día o dos y luego está mejor durante un determinado período; en general, siente de inmediato una mejora que puede durar pocos o muchos días, según la gravedad del mal. Si uno no ha manifestado ningún signo de negatividad durante la bendición y si no siente ningún efecto después, la mayoría de las veces quiere decir que no tiene ninguna negatividad; sus trastornos obedecen a otras causas. Pero el exorcista puede sugerir que se practique otra bendición si tiene motivos para sospechar que el demonio puede estar escondido.

Además, es interesante prestar atención a qué ocurre en las bendiciones siguientes, ya sea como comportamiento durante el exorcismo, ya sea las consecuencias de éste. Puede suceder que desde la primera vez la influencia maléfica haya mostrado toda su fuerza, sea ésta poca o mucha. Entonces se nota cómo progresivamente se atenúan los fenómenos. Otras veces, en cambio, es como si el trastorno maléfico tratara de ocultarse y sólo poco a poco emergiera en toda su extensión; después empieza la fase regresiva. Recuerdo, por ejemplo, a un joven que durante el primer exorcismo había presentado sólo algunos pequeños signos de negatividad; en el segundo exorcismo comenzó a aullar y a agitarse. Aunque el caso se presentaba más grave que muchos otros, bastaron pocos meses de exorcismos para llegar a la liberación.

*Para el buen éxito es fundamental la colaboración del paciente.* Suelo decir que el efecto de los exorcismos influye en un diez por ciento sobre el mal; el otro noventa por ciento debe ponerlo el interesado. ¿De qué manera? Con mucha oración, con la frecuencia en los sacramentos, con una

vida conforme a las leyes del Evangelio, con el uso de los sacramentales (hablaremos aparte del agua, el aceite y las sales exorcizados), haciendo rezar a otros (es muy eficaz la oración de toda la familia, o de comunidades parroquiales o religiosas, de grupos de oración...), haciendo celebrar misas. Son muy útiles las peregrinaciones y las obras de caridad. Pero sobre todo se necesita mucha oración personal, mucha unión con Dios, de modo que la oración se vuelva habitual. A menudo tengo que vérmelas con personas más bien alejadas de las prácticas religiosas; he encontrado utilísima la integración activa en una parroquia o en los grupos de oración, particularmente en los de la Renovación.

Para demostrar la necesidad de la colaboración suelo hacer una comparación con la droga; es algo muy distinto, pero con lo que todos están familiarizados. Todo el mundo sabe que un drogadicto puede curarse, pero con dos condiciones: debe ser ayudado (integrándose en una comunidad terapéutica o de otro modo), pues por sí solo no puede conseguirlo. Y debe colaborar activamente con su esfuerzo personal, de lo contrario, toda ayuda es inútil. En nuestro caso la ayuda personal viene dada por los medios que hemos indicado. Y si bien el fruto directo de los exorcismos, la liberación, es bastante lento, en compensación he presenciado rápidas conversiones: familias enteras comprometidas en una práctica cristiana intensamente vivida, con plegaria común (muy a menudo el rosario). He visto cómo se superaban obstáculos para la curación con decidida generosidad: a veces el obstáculo era una situación matrimonial irregular; otras, el impedimento tenía su origen en no lograr perdonar las afrentas recibidas o no reconciliarse con personas, en general parientes cercanos, con las que se había roto toda relación.

Hay que mencionar de modo especial, por su eficacia, uno de los más duros preceptos evangélicos: el perdón dado a los enemigos. En nuestro caso, los enemigos están representados la mayoría de veces por las personas que han hecho el maleficio y que, a veces, siguen haciéndolo. Un sincero perdón, la oración por ellas, la celebración de misas en su favor, son los medios que han desbloqueado una situación y acelerado la curación.

Entre los efectos del exorcismo debemos también incluir la curación de males y enfermedades que en ocasiones se presentaban como incurables. Puede tratarse de dolores inexplicables en distintas partes del cuerpo (sobre todo, repetimos, en la cabeza y el estómago) o de enfermedades concretas, exactamente diagnosticadas clínicamente pero no curadas por los médicos, o consideradas incurables. El demonio tiene el poder de provocar enfermedades. El Evangelio nos habla de una mujer a la que el demonio mantenía encorvada desde hacía dieciocho años (¿deformación de la espina dorsal?); Jesús la curó expulsando al demonio; también fue curado del mismo modo un sordomudo que lo era por causa maléfica. Otras veces

Jesús curó a sordos y mudos cuyas enfermedades no eran el resultado de presencias maléficas. El Evangelio es muy preciso al distinguir a los enfermos de los endemoniados, aunque pueda haber algunas consecuencias idénticas.

*¿Cuáles son los enfermos más graves?* ¿Los más difíciles de curar? Según mi experiencia, son los que han recibido hechizos de particular gravedad. Recuerdo, por ejemplo, algunas personas que habían recibido hechizos en Brasil (los llaman «macumbas»); he bendecido a otras personas que habían recibido hechizos de brujos africanos. Todos ellos eran casos dificilísimos. Añado los hechizos sobre familias enteras, con el fin de destruirlas; a veces uno se encuentra en situaciones tan complejas, que no sabe por dónde empezar. También son de curación lentísima aquellos casos en que las personas se ven periódicamente afectadas por nuevos hechizos: el exorcismo es más fuerte que el hechizo, por lo que la curación no puede ser bloqueada, pero puede ser retrasada, incluso durante mucho tiempo.

*¿Quiénes resultan más afectados?* No dudo en decirlo: los jóvenes. Basta con reflexionar sobre las causas de culpabilidad que hemos indicado como ocasiones ofrecidas al demonio para actuar contra una persona y vemos cómo hoy, debido a la falta de fe y de ideales, los jóvenes son los más expuestos a «experiencias» desastrosas. También los niños están muy expuestos, no por culpa personal, sino por su debilidad. Muchas veces, al exorcizar a personas incluso de edad madura, descubrimos que la presencia demoníaca se remontaba a la primera infancia, o al momento del nacimiento o, antes aún, durante la gestación.

Con frecuencia me han hecho notar que bendigo a más mujeres que hombres. Y esto ocurre en todos los exorcismos. No es un error pensar que la mujer se ve más fácilmente expuesta a las acometidas del maligno. Hombres y mujeres no están expuestos del mismo modo. También es verdad que son mucho más numerosas las mujeres dispuestas a recurrir al exorcista para hacerse bendecir. Muchos hombres, aunque saben con seguridad que están afectados, no quieren ni oír hablar de acercarse a un sacerdote. Y he tenido más casos de hombres que de mujeres a quienes he pedido que cambiaran de vida y se han negado. Naturalmente, no han vuelto a verme, aunque eran conscientes de su mal. El mayor obstáculo era pasar de un práctico ateísmo a una vida de fe vivida, o de una vida de pecado a una vida de gracia.

No oculto que *la curación de este mal exige verdaderamente mucho, en cuanto a intensidad de vida cristiana.* Pero creo que éste es precisamente uno de los motivos por los que Dios lo permite. Muchas veces me lo han dicho las mismas personas afectadas: su fe era muy lánguida y la vida de oración casi extinta. Si se han acercado a Dios, muchas veces incluso con un intenso apostolado, han reconocido que lo debían al mal que las había afectado. Estamos apegados a la tierra y a esta

vida mucho más de lo que suponemos; el Señor, en cambio, mira más allá, mira a nuestro eterno bien.

El exorcista, por su parte, a medida que avanza en las bendiciones, no se conformará con instar al paciente a la oración y a todos los demás medios a los que hemos aludido, sino que buscará todos los medios posibles para irritar, debilitar y destrozar al demonio. Ya el Ritual dice que hay que insistir en aquellas expresiones ante las que el demonio reacciona más: cambian de una persona a otra y de una ocasión a otra. Pero es bueno recurrir a otras ayudas. Para algunos es insoportable sentir cómo le rocían con agua bendita; a otros les exaspera el soplido, que es un medio usado desde la época patrística, como refiere Tertuliano; otros no soportan el olor del incienso, por lo que es útil usarlo; para otros es doloroso el sonido del órgano, de la música sacra y del canto gregoriano. Son medios auxiliares cuya eficacia hemos experimentado.

Y el demonio ¿cómo se comporta a medida que se avanza en los exorcismos? Añadiré algo más a cuanto ya queda dicho al respecto. El demonio sufre y hace sufrir. El sufrimiento que siente durante los exorcismos es algo inimaginable. Un día el padre Candido le preguntó a un demonio si en el infierno había fuego y si era un fuego que quemaba mucho. El demonio le respondió: «Si supieras qué fuego eres tú para mí, no me harías esta pregunta.» Desde luego, no se trata del fuego terrenal, provocado por la combustión de material inflamable. Vemos cómo el demonio arde en contacto con cosas sagradas como crucifijos, reliquias y agua bendita.

También a mí me ha ocurrido varias veces que el demonio me dijera que sufría más durante las bendiciones que en el infierno. Y cuando le pregunto: «Entonces ¿por qué no te vas al infierno?», responde: «Porque a mí lo único que me importa es hacer sufrir a esta persona.» Aquí se percibe la verdadera perfidia diabólica: el demonio sabe que no obtiene ningún provecho, es más, que por cada sufrimiento que causa aumenta su castigo en pena eterna. Sin embargo, incluso a costa de salir maltrecho, no renuncia a hacer el mal por el mero placer de hacerlo.

Los nombres mismos de los demonios, como ocurre con los ángeles, indican su función. Los demonios más importantes tienen nombres bíblicos o dados por la tradición: Satanás o Belcebú, Lucifer, Asmodeo, Meridiano, Zabulón... Otros nombres indican más directamente el objetivo que se proponen: Destrucción, Perdición, Ruina... O bien indican males concretos: Insomnio, Terror, Discordia, Envidia, Celos, Lujuria...

Cuando salen de un alma, la mayoría de veces los demonios están destinados al infierno, a veces quedan atados en el desierto (véase en el libro de Tobías la suerte de Asmodeo, encadenado en el desierto por el arcángel Rafael). Yo siempre les obligo a ir a los pies de la cruz, para recibir su destino de mano de Jesucristo, único juez.

# AGUA, ACEITE Y SAL

Entre los recursos de los cuales hacen amplio uso los exorcistas (y los no exorcistas), citamos en primer lugar el *agua exorcizada* (o al menos bendita), el *aceite* (de oliva) *exorcizado* y la *sal exorcizada.* Cualquier sacerdote puede rezar las plegarias del Ritual para exorcizar estos tres elementos; no se necesita ninguna autorización particular. Más bien *es muy útil conocer el uso específico de estos tres sacramentales* que, empleados con fe, son de gran ayuda.

El *agua bendita* es muy utilizada en todos los ritos litúrgicos. Su importancia está inmediatamente relacionada con la aspersión bautismal. En la plegaria de bendición se pide al Señor que la aspersión con el agua nos dé estos tres beneficios: el perdón de nuestros pecados, la defensa contra las insidias del maligno y el don de la protección divina.

La plegaria del exorcismo sobre el agua añade muchos otros efectos: ahuyenta todos los poderes del demonio con objeto de extirparlo y expulsarlo. Incluso en el habla popular, cuando se quiere indicar dos cosas que no están en absoluto de acuerdo entre sí, se dice que son como el diablo y el agua bendita. Luego la plegaria continúa subrayando otros efectos, además de expulsar a los demonios: curar las enfermedades, aumentar la gracia divina, proteger las casas y todos los lugares donde moran los fíeles contra toda influencia inmunda causada por el pestilente Satanás. Y añade: que las insidias del enemigo infernal sean vencidas y quedar protegidos de cualquier presencia nociva para la seguridad o la tranquilidad de los habitantes, a fin de que gocen de serenidad y salud.

También el *aceite exorcizado,* si se usa con fe, es bueno para poner en fuga la potencia de los demonios, sus acometidas y los fantasmas que suscitan. Además, es bueno para la salud del alma y del cuerpo; recordamos aquí el antiguo uso de ungir con aceite las heridas y la facultad dada por Jesús a los apóstoles de curar a los enfermos con la imposición de las manos y ungiéndolos con aceite. El aceite exorcizado posee, además, una propiedad que es específica: separar del cuerpo las adversidades. Muy a menudo he tenido ocasión de bendecir a personas que han sufrido

hechizos comiendo o bebiendo algo maléfico. Es fácil advertir por el característico dolor de estómago que ya hemos descrito, o por el hecho de que estas personas eructan de un modo particular o estallan en una especie de sollozo o estertor, sobre todo en relación con acciones religiosas: cuando acuden a la iglesia, cuando rezan y sobre todo mientras son exorcizadas. En estos casos el organismo, para liberarse, debe expeler lo que contiene de maléfico. El aceite exorcizado ayuda mucho a desprender y liberar el cuerpo de estas impurezas. También el beber agua bendita ayuda a este objetivo.

Conviene aquí dar mayores precisiones, aunque quien no está familiarizado y no lo haya presenciado tendrá dificultades para creer en estas cosas. ¿Qué se expele? A veces una saliva densa y espumosa; o bien una especie de papilla blanca y grumosa. Otras veces se trata de los objetos más diversos: clavos, trozos de vidrio, pequeñas muñecas de madera, hilos anudados, alambres enrollados, hilos de algodón de distintos colores, grumos de sangre... En ocasiones estos objetos son expulsados por las vías naturales; muchas veces vomitando. Nótese que el organismo nunca sufre daño (siente, en cambio, alivio), aunque se trate de vidrios cortantes. El padre Candido conservaba en un canasto tales objetos, expulsados por distintas personas. Otras veces salen de forma misteriosa: la persona siente, por ejemplo, un dolor abdominal como si tuviera un clavo en el estómago; luego encuentra un clavo en el suelo, a su lado, y el dolor desaparece. Se tiene la impresión de que todos esos objetos se materializan en el instante en que son expulsados. Afirmaba el padre Candido en una entrevista: «He visto vomitar trozos de vidrio, de hierro, cabellos, huesos; a veces incluso pequeños objetos de plástico, con forma de cabeza de gato, o de león, o de serpiente. Seguramente estos extraños objetos guardan relación con la causa que ha determinado la posesión diabólica.»

También la *sal exorcizada* es buena para expulsar a los demonios y para la salud del alma y el cuerpo. Pero su propiedad específica es la de proteger los lugares contra las influencias o las presencias maléficas. En casos semejantes suelo aconsejar que pongan sal exorcizada en el umbral de la casa o en los cuatro rincones de la habitación o de las habitaciones que se consideran infestadas.

Ese «mundo católico incrédulo» se reirá quizá ante estas supuestas propiedades. Desde luego, los sacramentales actúan con más eficacia cuanto mayor es la fe; sin ésta, son a menudo ineficaces. El Concilio Vaticano II, y con las mismas palabras el Derecho canónico (can. 1166), los define como «signos sagrados con los que, por una cierta imitación de los sacramentos, se simbolizan y obtienen efectos sobre todo espirituales, por la impetración de la Iglesia». Quien los usa con fe ve efectos inesperados. Sé de muchos males rebeldes a los fármacos que han

desaparecido sólo porque el interesado ha hecho sobre ellos una señal de la cruz con aceite exorcizado.

Para las casas (sobre lo cual hablaremos aparte es también eficaz la costumbre de quemar *incienso bendito.* El incienso siempre ha sido considerado incluso entre los pueblos paganos, como un antídoto contra los espíritus malignos, además de un elemento de alabanza y adoración a la divinidad. Su uso litúrgico se ha visto ahora muy reducido, pero no deja de ser un elemento eficaz de alabanza a Dios y de lucha contra el maligno.

El Ritual contiene también una especial bendición destinada a la *ropa.* Hemos podido reconocer su eficacia muchas veces en personas afectadas por presencias maléficas. En otras ocasiones ha servido de test para saber si en tal persona había o no presencias diabólicas. También esto es útil saberlo. Muchas veces, a nosotros, los exorcistas, nos llaman personas (padres, novios...) que se preguntan si un pariente suyo está afectado por el demonio, pero se trata de un pariente que no cree en estas cosas, a menudo carece de toda fe religiosa y, en cualquier caso, no está dispuesto a dejarse bendecir por un sacerdote.

¿Qué hacer? Algunas veces, después de haber hecho bendecir sus ropas, hemos podido ver que apenas puestas, se las han arrancado, por no poder soportar su contacto. Antes hemos dado un ejemplo de ello. Puede hacerse otra prueba con el agua bendita. Por ejemplo, una madre que sospecha de un hijo o de su marido prepara la sopa con agua bendita o la usa en el té o el café. Puede suceder que la persona afectada encuentre amarga e incomestible aquella comida, incluso sin darse cuenta del porqué.

Ahora bien, nótese que estos tests pueden ser indicativos en caso positivo: o sea, si una persona es sensible al hecho de que el agua esté bendecida o no podría ser un síntoma de una presencia maléfica. Pero no se puede decir lo contrario: o sea, que no se puede decir que, si uno es insensible a esta clase de tests, deba por eso excluirse una presencia maléfica en él. El demonio lo intenta todo para no dejarse descubrir.

También durante los exorcismos el demonio trata de esconderse, y el Ritual pone en guardia al exorcista respecto a las ficciones diabólicas. A veces no responde o da respuestas necias, no atribuibles a un espíritu inteligente como el demonio. Otras veces finge haber salido del cuerpo del poseído y haber dejado de trastornarlo, esperando así sustraer al individuo de las bendiciones del exorcista. Otras veces pone los más diversos impedimentos para que la persona no se vea sometida a los exorcismos: puede tratarse de impedimentos físicos o, más a menudo, psicológicos, por lo que la persona no acude a la cita con el exorcista si no tiene a su lado a alguien que la obligue; otras veces finge los síntomas de una enfermedad, en general psíquica, para confundir sobre la realidad de su presencia y hacer creer que se trata de un mal natural; en ocasiones el paciente tiene sueños o visiones en los que tiene la ilusión de que el Señor, la Virgen o

algún santo le ha liberado, y de este modo evita asistir a la cita con el exorcista, acaso haciéndole saber que ya está libre del demonio.

Los sacramentales indicados, además de la ayuda específica de cada uno, sirven también para alejar, al menos en parte, los distintos engaños del maligno. En este campo los engaños están a la orden del día y hay que rezar mucho para obtener la gracia del discernimiento. Señalo lo siguiente entre los casos más frecuentes: hay quien considera que tiene visiones u oye voces interiores; hay quien se abandona a un falso misticismo o quien se hace pasar por «vidente». A menudo en estos casos, cuando no se trata de enfermedades psíquicas, existe el engaño del demonio.

Cierro este capítulo con un hecho relativo al agua bendita. El padre Candido estaba exorcizando a un endemoniado. El sacristán se acercó con el recipiente del agua y el hisopo. Inmediatamente el demonio se dirigió a él: «¡Con ese agua lávate el hocico!» Sólo entonces el sacristán recordó que había llenado el recipiente en el grifo, pero se había olvidado de hacer bendecir el agua.

El nuevo *Ritual de Bendiciones*, obligatorio desde el 11 de abril de 1993, ha cambiado las fórmulas, pero no ha disminuido sus efectos, aunque ya no se evocan explícitamente.

# EXORCISMOS DE LAS CASAS

En la Biblia no encontramos ningún ejemplo de ello, pero la experiencia nos muestra en algunos casos su necesidad y sus resultados. Tampoco el Ritual contempla esta forma de exorcismo. Es verdad que al final del exorcismo de León XIII se dice que hay que bendecir el lugar donde se realiza dicha oración; pero todo el contenido está orientado a invocar la protección de Dios sobre la Iglesia contra los espíritus malignos, sin ninguna referencia a los lugares.

Debo decir también que nunca he encontrado lugares invadidos por espíritus, tal como aparecen descritos en algunas novelas o en determinadas películas, especialmente con referencia a viejos castillos deshabitados. En estos casos el objetivo evidente es ofrecer un espectáculo, presentar escenas de efecto, sin ninguna base de estudio serio. La realidad nos presenta, en cambio, casos frecuentes de ruidos, a veces en forma de crujidos, otras de golpes; frecuentemente se tiene la impresión de una presencia, de que nos miran, o nos tocan, o nos empujan. Es evidente que en estos casos puede jugar un gran papel la sugestión, el miedo que da cuerpo a las sombras.

Pero hay muchos casos más complejos. Puertas que se abren y se cierran a una misma hora; pasos que se oyen en los pasillos; objetos que se desplazan o que desaparecen para reaparecer luego en los lugares más inesperados; animales que no se ven pero a los que se oye moverse.

Recuerdo a una familia en la que, a una determinada hora, todos oían abrirse y cerrarse la puerta de entrada, luego oían un claro ruido de pasos pesados (de hombre) que cruzaban el pasillo, para perderse no se sabía en qué habitación. Un día, estando presente un amigo, se oyó el habitual ruido y el amigo preguntó quién había entrado; para no asustarle, le respondieron que era un huésped de paso. Sé de insectos, gatos y serpientes que se han materializado; ¡una persona a la que yo bendecía encontró incluso un sapo vivo en la almohada!

La mayoría de veces la presencia maléfica en un ambiente se manifiesta causando trastornos físicos: insomnio, dolores de cabeza o de estómago, un malestar general que cuando la persona se va a otro sitio no

se produce. En estos casos es fácil un control, pero no siempre es fácil entender la causa. Pongamos el caso de una persona que, cada vez que es huésped en casa de un pariente cercano o de un amigo, advierte esas molestias: insomnio, malestar dolor de cabeza... que pueden durar incluso varios días, mientras que no se ve sometida a esos sufrimientos si va a otra parte. En este caso el control es fácil. Las causas, en cambio, pueden ser muy diversas.

Puede tratarse de pura sugestión cuando hay algún motivo que permita suponerlo (por ejemplo, si una nuera va a casa de su suegra, que era contraria al matrimonio o que sentía un amor posesivo por su hijo). Pero también podría haber causas maléficas.

Digamos de pasada que es interesante el comportamiento de los animales domésticos ante estos fenómenos. Ocurre a menudo que, cuando se tiene la impresión de la presencia de una persona en la propia habitación, el gato o el perro mantengan la mirada fija en un punto; y sucede que a veces huyen de golpe, aterrorizados, como si ese ser misterioso se acercara a ellos. Podría referir muchos hechos interesantes para quien quisiera hacer un estudio al respecto. Básteme decir que, en mi opinión, los animales no ven nada concreto, pero tienen una mayor sensibilidad que el hombre ante una eventual presencia. Y no niego que también su comportamiento pueda ser un elemento de juicio para decidir si conviene o no proceder a un exorcismo de la casa.

Lo más importante, cuando vienen personas angustiadas por fenómenos de esta índole, es realizar un buen interrogatorio y, si hay motivos para ello, exorcizarlas. La mayoría de las veces los fenómenos que hemos descrito no dependen de presencias maléficas en las casas, sino en las personas. En muchos casos no he obtenido ningún éxito con el exorcismo de la casa, mientras que luego, al exorcizar a la persona o a las personas, los fenómenos en la casa disminuían paulatinamente hasta desaparecer del todo.

*¿Cómo se procede en el exorcismo de las casas?* El padre Candido y yo usamos este método. El Ritual contiene una decena de oraciones en las que se pide al Señor que proteja los lugares de las presencias maléficas. Figuran en las bendiciones a las casas, a las escuelas, a otros sitios. Rezamos algunas. Luego leemos la primera parte del primer exorcismo sobre las personas, adaptándolo a la casa. A continuación bendecimos cada habitación, como se hace en la bendición a las casas. Repetimos el mismo recorrido con el incienso, después de haberlo bendecido. Terminamos con otras oraciones. Resulta eficaz, después del exorcismo de las casas, celebrar allí una misa.

Si se trata de trastornos de escasa entidad, un solo exorcismo es suficiente. Si los trastornos proceden de un maleficio y éste se repite, conviene repetir también el exorcismo, hasta hacer la casa «impermeable»

a los maleficios. En los casos más graves se presentan muchas dificultades. Por ejemplo, me he encontrado exorcizando apartamento en los que durante mucho tiempo se habían llevado a cabo sesiones espiritistas, o que habían estado habitados por brujos que practicaban magia negra. Peor aún si se habían celebrado cultos satánicos. En algunos casos, la gravedad de los trastornos y la dificultad de llegar a una total liberación eran tales que tuve que aconsejar el cambio de vivienda.

Existen casos distintos, aunque no graves, en los cuales basta con algunas oraciones para restablecer la tranquilidad. Una familia se veía molestada por inexplicables ruidos nocturnos; hizo celebrar diez misas, al final de las cuales los ruidos se atenuaron mucho. La familia mandó celebrar otras diez y al fin los ruidos desaparecieron del todo ¿Eran, quizá, almas del purgatorio que, con permiso divino, pudieron hacerse oír para pedir sufragios? Es difícil afirmarlo. A mí me basta con señalar el hecho, dado que me ha ocurrido varias veces. El padre Pellegrino Emetti, el exorcista más conocido de la región de Venecia, muy conocido también como estudioso de música y especialista en la Biblia, experimentó casos muy graves. En una familia, además de abrirse y cerrarse ventanas y puertas, pese a estar bien cerradas, volaban sillas, bailaban los armarios, sucedían cosas de todo tipo. Encontró una solución en el uso simultáneo de los tres sacramentales a los que nosotros, los exorcistas, recurrimos continuamente. Aconsejó mezclar juntos en un recipiente cualquiera (tacita, vaso...) agua, aceite y sal exorcizados, y verter a continuación, todas las tardes, una cucharadita de esa mezcla sobre el alféizar de cada ventana y al pie de todas las puertas, rezando cada vez un padrenuestro.

El remedio resultó decisivo. Después de un cierto tiempo aquella familia suspendió esa costumbre; pasada una semana los inconvenientes volvieron a perturbar la tranquilidad doméstica, para cesar inmediatamente apenas se reanudó el uso del remedio sugerido.

Otra pregunta que me han hecho se refiere a los animales domésticos: ¿es posible que sean poseídos por el demonio? ¿Qué hay que hacer? El Evangelio nos habla de aquella legión de demonios que pidió permiso a Jesús para entrar en dos piaras de cerdos; Jesús lo permitió y todos aquellos animales se precipitaron en el lago de Genezaret, donde se ahogaron. Conozco el caso de un torpe exorcista que ordenó a un demonio que se introdujera en el cerdo de una familia campesina: el animal se puso furioso y despedazó a su ama. Huelga decir que lo mataron inmediatamente.

Se trata, por tanto, de casos aislados, que han acarreado en seguida la muerte del animal. Me refirieron el caso de un mago que usaba a su gato para llevar a destino objetos maléficos; en este caso yo diría que el endemoniado era el amo, no el animal. Nótese también que el gato es considerado como un animal que «absorbe espíritus» y a veces los espíritus

maléficos se hacen visibles en forma de gato. Para algunos magos y para ciertas clases de magia es fundamental servirse de un gato. Pero este simpático animal no tiene ninguna culpa de ello.

Digamos, sin embargo, que, potencialmente, también la infestación de animales es posible y es lícito proceder a bendiciones sobre ellos para obtener su liberación. Digamos también que, en todos los casos de infestación (de lugares, objetos o animales), como, por lo demás, en los otros casos, el exorcista debe conocer los fenómenos debidos a causas paranormales. Es un conocimiento necesario para evitar equívocos, aunque en este libro no tenemos la oportunidad de tratar directamente de ellos.

Recordemos, por último, que ya en los primeros siglos del cristianismo se exorcizaban casas, animales y objetos. Orígenes, entre otros, ha dejado testimonio de este hecho. Justamente, como ya hemos hecho notar, el nuevo Catecismo habla de exorcismos no sólo de las personas, sino también de los objetos (núm. 1673).

# EL MALEFICIO

Ya nos hemos referido al maleficio como una causa por la que una persona puede sin tener culpa verse acometida por el demonio. Por ser éste el caso más frecuente, se hace necesario hablar de él por separado. Trataré también de concretar el uso de los términos: no existe una terminología universalmente aceptada, por lo que cada autor debe especificar en qué sentido usa las palabras.

Considero que *maleficio* es un vocablo genérico. Normalmente se le define como «hacer daño a otros a través de la intervención del demonio». Es una definición exacta pero que no aclara de qué manera se causa el mal. De ahí las confusiones, así, algunos autores consideran, por ejemplo, el maleficio como sinónimo de hechizo o brujería. En cambio, el hechizo y la brujería son, a mi parecer, dos modos distintos de realizar un maleficio. Sin pretensiones de exhaustividad y basándome sólo en los casos que he experimentado, tomo en consideración estas formas de maleficio: 1) la magia negra; 2) las maldiciones; 3) el mal de ojo; 4) los hechizos. Son formas distintas, pero no compartimentos estancos; las interferencias son frecuentes.

1. *La magia negra, o brujería, o ritos satánicos Que tienen su culminación en las misas negras.* Considero conjuntamente estas prácticas, por las analogías que presentan; en realidad, las he enumerado por orden de gravedad. Su característica es hacer recaer el maleficio sobre una determinada persona mediante fórmulas mágicas o ritos, a veces incluso muy complejos, con invocaciones dirigidas al demonio, pero sin usar objetos específicos. Quien se dedica a estas prácticas se convierte en siervo de Satanás, pero por culpa suya; nosotros aquí las consideramos sólo como medios para realizar maleficios en perjuicio de otras personas.

Ya las Sagradas Escrituras son muy tajantes en la prohibición de estas prácticas, que toman como un renegar de Dios para consagrarse al demonio. «Cuando hayáis entrado en la tierra que el Señor vuestro Dios os va a dar, no imitéis las horribles costumbres de esas naciones [o sea de los paganos]. Que nadie de entre vosotros ofrezca en sacrificio a su hijo

haciéndole pasar por el fuego [sacrificios humanos], ni practique la adivinación, ni el sortilegio, ni pretenda predecir el futuro, ni se dedique a la hechicería ni a los encantamientos, ni consulte a los adivinos y a los que invocan a los espíritus, ni consulte a los muertos [sesiones espiritistas]. Porque al Señor le repugnan quienes hacen estas cosas» (Dt. 18, 9-12). «No recurráis a nigromantes ni adivinos. No os hagáis impuros por consultarlos. Yo soy el Señor vuestro Dios» (Lev. 19, 31). «El hombre o la mujer que practiquen la nigromancia o la adivinación, serán muertos a pedradas, y serán responsables de su propia muerte» (Lev. 20, 27; véase también Lev. 19, 26-31). No es más tierno el Éxodo: «No dejes con vida a ninguna hechicera» (22, 17). También en otros pueblos la magia era castigada con la muerte. Aunque los términos se traducen de distinta manera (y varían según las traducciones), el contenido es clarísimo. Volveremos a hablar de la magia.

2. *Las maldiciones.* Son deseos de que caiga el mal sobre alguien, y el origen del mal está en el demonio; cuando tales maldiciones se pronuncian con verdadera perfidia, especialmente si existen vínculos de sangre entre el maldiciente y el maldecido, pueden provocar efectos tremendos. Los casos más frecuentes y graves que he presenciado se referían a padres o abuelos que maldijeron a sus hijos o nietos. La maldición ha demostrado ser muy grave si se refería a su existencia o era formulada en circunstancias particulares, por ejemplo en el día de la boda. El vínculo que une a padres e hijos y la autoridad de los primeros no se igualan a los de ninguna otra persona.

Tres ejemplos típicos. Hice el seguimiento de un joven al que su padre había maldecido desde el nacimiento (evidentemente no lo quería) y había continuado sufriendo tales maldiciones en su infancia y durante todo el período en que vivió en su casa. Este pobre joven sufrió peripecias de todo género: problemas de salud, increíbles dificultades de trabajo, mala suerte en el matrimonio, enfermedades de los hijos... Las bendiciones le confortaron el espíritu, pero no me parece que sirvieran para nada más.

Un segundo ejemplo. Una joven quería casarse con un buen muchacho, al que amaba, pero sus padres estaban en contra; dado que sus esfuerzos resultaban inútiles, los padres se mostraron resignados y participaron en las nupcias. El mismo día de la boda el padre llamó aparte a su hija con una excusa; en realidad, la maldijo deseando los peores males para ella, su marido y sus hijos. Y así fue, a pesar de las intensas oraciones y bendiciones.

Otro hecho. Un día vino a verme un profesional; levantándose los pantalones, me hizo observar sus piernas horriblemente martirizadas por una evidente sucesión de operaciones. Después comenzó a narrarme los hechos. Su padre era un hombre muy inteligente; la madre de éste quería a toda costa que se hiciera sacerdote, pero él no tenía vocación. El

enfrentamiento llegó al punto de que el joven abandonó a su familia; se licenció, se convirtió en un profesional considerado, se casó, tuvo hijos, y todo esto después de haber roto toda relación con su madre, que por ningún concepto quiso volver a verlo. Cuando uno de sus hijos, el que me hablaba, cumplió ocho años, le hicieron una foto, que me fue mostrada; un niño guapo, de sonrisa cautivadora, con los pantalones cortos, las rodillas desnudas, los calcetines altos, como se acostumbraba entonces a vestir a los niños. El padre tuvo una idea desdichada. Pensó que la madre se conmovería ante la foto de su nietecito y que haría las paces con él, así que le mandó la foto. La madre le envió un mensaje: «Que las piernas de ese niño estén siempre enfermas y que si tú vuelves al pueblo mueras en la cama en que naciste.» Todo eso se cumplió. Hay que señalar que el padre volvió al pueblo sólo al cabo de varios años después de la muerte de su madre; pero de pronto se sintió indispuesto y fue llevado provisionalmente a su casa natal, donde murió esa misma noche.

3. *El mal de ojo.* Consiste en un maleficio hecho por una persona por medio de la mirada. No se trata, como algunos creen, del hecho de que ciertas personas te traigan mala suerte si te miran con ojos bizcos; esto son historias. El mal de ojo es un verdadero maleficio: supone la intención de perjudicar a una determinada persona con la intervención del demonio. Lo que tiene de particular es el medio usado para llevar a término la nefasta obra: la mirada. He tenido pocos casos y no del todo claros; o sea que era evidente el efecto maléfico, pero no lo era igualmente su artífice y tampoco que, como medio, bastase una simple mirada. Aprovecho la ocasión para decir que muchas veces no se llega a conocer al artífice del maleficio y ni siquiera cómo ha empezado el mal. Lo importante es que la persona afectada no esté sospechando de éste o aquél, sino que *perdone de corazón y ruegue por quien le ha hecho el mal,* sea quien fuere.

Sobre el mal de ojo debo concluir diciendo que es posible, pero nunca he tenido casos confirmados.

4. *El hechizo.* Es, con mucho, el medio más utilizado para realizar maleficios. El nombre deriva de hacer o confeccionar un objeto, con los materiales más extraños y heterogéneos, que adquiere un valor casi simbólico: es un signo sensible de la voluntad de hacer daño y es un medio ofrecido a Satanás para que imprima en él su fuerza maléfica. Se ha dicho muchas veces que Satanás remeda a Dios; en este caso podemos tomar la analogía de los sacramentos, que tienen una materia sensible (por ejemplo, el agua durante el bautismo) como instrumento de gracia. En el hechizo el material es usado con la finalidad de causar perjuicio.

Distinguimos dos modos diferentes de aplicar el hechizo a la persona designada. *Existe un modo directo,* que consiste en hacer beber o comer a la víctima una bebida o una comida en la que se ha mezclado el hechizo. Éste se prepara con los ingredientes más variados: sangre de menstruación,

huesos de muertos, polvos diversos, en general negros (quemados), partes de animales entre las que predomina el corazón, hierbas especiales... Pero la eficacia maléfica no la da tanto el material usado como la voluntad de hacer daño con intervención del demonio; y tal voluntad se manifiesta con las fórmulas ocultas pronunciadas mientras se confeccionan aquellos mejunjes. Casi siempre la persona que se ve afectada de este modo, además de otros trastornos, sufre un característico dolor de estómago que los exorcistas saben detectar perfectamente y que sólo se cura después de haber liberado el estómago con muchos vómitos o muchas heces, en que se expelen las cosas más extrañas.

Existe *otro modo, que podemos llamar indirecto* (uso el lenguaje del que se sirve el padre La Grua en el libro citado en la introducción), consistente en hechizar objetos pertenecientes a la persona a la que se quiere perjudicar (fotografías, indumentaria o cosas pertenecientes a la misma), o en hechizar figuras que la representen: muñecos, muñecas, animales, a veces incluso personas vivas, del mismo sexo y edad. Se trata de material de *transferencia,* al que afectan los mismos males que se quiere causar a la persona designada. Un ejemplo muy corriente: durante este rito satánico, a una muñeca se le clavan alfileres alrededor de la cabeza. Luego la persona siente fortísimos dolores de cabeza y viene a decirnos: «Es como si tuviese toda la cabeza atravesada por alfileres punzantes.» O bien se clavan agujas, clavos, cuchillos en las partes del cuerpo que se pretende afectar. Y puntualmente la pobre víctima siente dolores lacerantes que la desgarran en aquellos puntos. Los médiums (de los cuales hablaremos separadamente) suelen decir: «Usted tiene un alfilerazo que le atraviesa desde aquí hasta aquí», e indican el sitio exacto. He tenido casos en que algunas personas se han liberado de esos males con la expulsión de largos y extraños agujones de un material similar al plástico o a la madera flexible, salidos de las partes designadas. La mayoría de veces la liberación se produce expeliendo los más diversos materiales: hilos de algodón coloreados, cintas, clavos y alambres retorcidos.

Merecería atención aparte el hechizo confeccionado en forma de *atadura.* En estos casos el material usado para la *transferencia* incluye ligaduras con cabellos o tiras de tela de varios colores (sobre todo blanco, negro, azul, rojo, según el objetivo deseado). Por ejemplo: para perjudicar al hijo de una gestante, se ligó una muñeca con aguja y crines de caballo, desde el cuello hasta el ombligo. El objetivo era que el niño que había de nacer creciera deforme, es decir, no se desarrollara en aquella parte del cuerpo comprendida por la atadura. De hecho la deformidad se produjo, pero mucho menos grave de lo que se habría querido provocar. Las ataduras conciernen sobre todo al desarrollo de las distintas partes del cuerpo, pero aún más a menudo al desarrollo mental: algunos tienen dificultades en el estudio, el trabajo, o para desarrollar un comportamiento

normal, porque han sufrido ataduras en el cerebro. Y en vano los médicos tratan de identificar y curar el mal.

Me referiré de forma concisa a otro hecho muy frecuente. A menudo los hechizos se provocan con objetos extraños que después se encuentran en las almohadas y los colchones. Aquí no acabaría nunca de contar hechos de los que he sido testigo y en los que nunca habría creído de no haberlos presenciado. Se encuentra de todo: cintas coloreadas y anudadas, mechones de cabellos estrechamente trenzados, cuerdas llenas de nudos, lana apretadamente entrelazada por una fuerza sobrehumana en forma de corona o de animales (especialmente ratones) o de figuras geométricas; grumos de sangre, trozos de madera o de hierro, alambres retorcidos, muñecas llenas de señales o heridas, etc. Otras veces se forman de improviso complicados enredos en el cabello de las mujeres o los niños. Todo ello son cosas o hechos que no se explican sin la intervención de una mano invisible.

En otras ocasiones, esos objetos extraños no aparecen a primera vista, después de haber destripado colchones o almohadas; pero después, si se rocía con agua exorcizada o se introduce alguna imagen bendita (especialmente de un crucifijo o de la Virgen), aparecen los objetos más extraños.

Completaré este tema en las páginas siguientes; pero antes deseo repetir las recomendaciones del padre La Grua en la obra citada. *Si bien lo que he escrito es fruto de la experiencia directa, no hay que creer fácilmente en los maleficios, en especial los realizados a través de un hechizo.* Siempre se trata de casos raros. Un examen atento de los hechos revela muchas veces causas psíquicas, sugestiones, falsos temores, en la base de las molestias de las que se lamenta la persona.

Añadiré que a menudo los maleficios no alcanzan su objetivo por diversos motivos: porque Dios no lo permite; porque la persona afectada está bien protegida por una vida de plegaria y de unión con Dios; porque muchos hechiceros son poco hábiles, cuando no simples farsantes; porque el demonio mismo, «mentiroso desde el principio», como lo tilda el Evangelio, engaña a sus mismos seguidores. Sería un gravísimo error vivir con el temor de recibir maleficios. La Biblia no nos dice nunca que temamos al demonio. Nos dice que le resistamos, seguros de que huirá de nosotros (Sant. 4, 7); nos dice que permanezcamos vigilantes contra sus acometidas y nos mantengamos firmes en la fe (1 Pe. 5, 9).

Poseemos la gracia de Cristo, que derrotó a Satanás con su cruz; contamos con la intercesión de María Santísima, enemiga de Satanás desde el principio de la humanidad; contamos con la ayuda de los ángeles y los santos y sobre todo contamos con el sello de la Trinidad, que nos fue impreso en el bautismo. Si vivimos en comunión con Dios, será el demonio con todo el infierno quien temblará ante nosotros. A menos que seamos nosotros quienes le abramos la puerta...

Por ser el maleficio la forma más común de influencia diabólica, añado algún otro concepto que la práctica me ha enseñado.

Según la finalidad que persiga, el maleficio puede adquirir distintas denominaciones. Puede ser de *división* si va dirigido a conseguir que dos esposos, una pareja de novios o dos amigos se separen. Varias veces me he hallado ante el caso de novios que se han separado sin motivo, incluso amándose, y que ya no conseguían estar juntos; uno de sus padres, que era contrario al matrimonio, confesó haber recurrido a un mago para hacer que se separaran. Puede ser de *enamoramiento,* si pretende que dos se casen. Tengo presente a una muchacha que se había enamorado del novio de una amiga; después de algunos vanos intentos, recurrió a un mago. Los novios se separaron y aquel joven se casó con la muchacha que ordenó el maleficio. Inútil decir que resultó un pésimo matrimonio; el marido no conseguía abandonar a su mujer, pero nunca la quiso y tenía la vaga impresión de haber sido obligado a casarse con ella.

Otros maleficios son para causar *enfermedad,* o sea a fin de que la persona designada esté siempre enferma; otros buscan la *destrucción* (los llamados maleficios de muerte). Basta con que la persona afectada se ponga bajo la protección de la Iglesia, es decir, basta con que comience a recibir los exorcismos o a rezar y a hacer rezar intensamente para que la muerte no pueda producirse. He hecho el seguimiento de muchos de estos casos; como ya hemos dicho, el Señor ha intervenido incluso milagrosamente, o al menos de forma que no se puede explicar humanamente, para salvar la vida de esas personas de peligros mortales o, de manera particular, de intentos de suicidio. Casi siempre (preferiría decir *siempre,* al menos en los numerosos casos en que he podido intervenir) a los maleficios de una cierta gravedad está vinculada la vejación diabólica o incluso la posesión. He aquí por qué es necesario el exorcismo. También son tremendos los maleficios que pretenden la destrucción de toda una familia o, en cualquier caso, los que caen sobre toda una familia.

Ante todo, el Ritual, la norma número ocho, nos pone en guardia a fin de que, en caso de maleficio, no se envíe a la persona a magos, brujas u otros, como no sean ministros de la Iglesia; y que el interesado no recurra a ninguna forma de superstición u otros medios ilícitos. Que la admonición es necesaria nos lo dice la experiencia. Son muchos los magos mientras que los exorcistas somos poquísimos. E incluso un experto como monseñor Corrado Balducci en sus tres libros aconseja, para poner remedio al maleficio, recurrir a un mago, aunque se prevea que hará otro maleficio (véase, por ejemplo, la obra *Il diavolo,* Piemme, p. 326). Es un error imperdonable en un autor tan meritorio en otros apartados de sus volúmenes. Pero la admonición resulta particularmente importante porque la tendencia a recurrir a magos, brujos, santones y similares es tan vieja como el mundo. El progreso cultural, científico y social no ha influido en lo más mínimo

sobre estas costumbres que conviven tranquilamente con nuestro «mundo del progreso», y en las que están implicadas en eso todas las clases sociales por igual, incluso las más elevadas culturalmente (ingenieros, médicos, maestros, políticos...).

Cuando luego el Ritual sugiere las preguntas que se le deben hacer al demonio, la norma núm. 20 exhorta al exorcista a preguntar sobre el motivo de la presencia misma del demonio en aquel cuerpo, en especial si depende de un maleficio; en este caso, si la persona ha sido afectada después de comer o beber sustancias maléficas, el exorcista debe ordenarle que las vomite. Si, en cambio, se ha escondido algo maléfico fuera del cuerpo, el exorcista debe hacerse indicar el lugar, buscar el objeto y quemarlo.

Son indicaciones útiles. En la práctica, cuando un maleficio ha sobrevenido comiendo o bebiendo algo hechizado casi siempre se produce ese dolor de estómago concreto al que hemos aludido varias veces y que denota la necesidad de una liberación por vía fisiológica o vomitando. Entonces se debe aconsejar el uso oral de agua bendita, de aceite y sal exorcizados para favorecer la liberación. También es posible que ciertos objetos maléficos sean expulsados de modo misterioso, como ya hemos dicho: la persona, por ejemplo, puede notar, de pronto, un peso en el estómago como si tuviera un guijarro, y luego encuentra un guijarro en el suelo y el mal cesa. Así, pueden encontrarse hilos coloreados, cuerdecillas entrelazadas y muchas otras cosas... Todos estos objetos deben ser rociados con agua bendita (la misma persona puede ocuparse de ello) y quemados al aire libre; las cenizas, así como los objetos de hierro o, en todo caso, no combustibles, deben ser arrojados donde corra agua (río, alcantarilla). No en el retrete de la propia vivienda, pues cuando se ha hecho esto, a menudo se han provocado inconvenientes: obstrucción de todos los fregaderos, inundación de la casa...

En muchos casos los extraños objetos encontrados en las almohadas y los colchones se han llegado a descubrir no interrogando al demonio sino a partir de la indicación de carismáticos o médiums (de los que hablaremos a continuación). El hallazgo ha sido el motivo por el cual han comprendido que existía un maleficio y por el cual se ha recurrido al exorcista. También en estos casos hay que quemar fuera de la casa almohadas y colchones, después de haberlos rociado con agua bendita; y las cenizas deben ser arrojadas como antes se ha dicho.

Es importante que la destrucción por el fuego de los objetos hechizados se haga rezando. Especialmente cuando se trata de hechizos descubiertos por casualidad o tras una indicación del demonio, no se puede actuar a la ligera. Para aleccionarme, el padre Candido me contó un «error de juventud» suyo, una imprudencia que cometió en sus primeros años como exorcista.

Estaba exorcizando a una muchacha, acompañado por otro padre pasionista autorizado como él por el obispo. Interrogando al demonio, supieron que a aquella muchacha le habían realizado un hechizo. Se hicieron indicar de qué se trataba: estaba dentro de una cajita de madera, de cerca de un palmo de longitud. Pidieron que les dijeran dónde había sido escondida: se encontraba sepultada a un metro de profundidad, junto a un determinado árbol, cuya posición exacta se hicieron señalar. Llenos de celo, armados de azada y pala, fueron a excavar en el lugar indicado. Encontraron la cajita de madera, tal como se les había dicho; la hisoparon y examinaron el contenido: una figura obscena en medio de otras baratijas. Inmediatamente, valiéndose de alcohol, procedieron a quemarlo todo con mucho cuidado de manera que sólo quedara un montoncito de ceniza. Pero no realizaron la bendición antes de quemar aquellos objetos; omitieron rezar ininterrumpidamente durante la quema invocando la protección de la sangre de Jesús; habían tocado varias veces aquellos objetos sin lavarse inmediatamente después las manos con agua bendita. La conclusión fue que el padre Candido debió guardar cama durante tres meses a causa de fortísimos dolores de estómago; tales dolores se prolongaron con cierta intensidad durante unos diez años y de vez en cuando se dejaron sentir también en los años siguientes. Una dura lección, útil para mí y para cuantos se encontraran en situaciones análogas.

Le pregunté también al padre Candido si, después de todo aquel esfuerzo y aquel sufrimiento, la joven había sido liberada. No, no consiguió ninguna mejora. Esto nos enseña que a veces los hechizos producen todo su efecto sobre las personas en el momento en que son realizados; encontrarlos y destruirlos no sirve de nada. Me he encontrado varias veces con estos casos en los que entre el maleficio y el hallazgo del hechizo habían transcurrido muchos años; el hechizo ya había agotado su función maléfica; cuando se encontró y fue destruido, ya era ineficaz y su destrucción no aportó ninguna mejora a la persona afectada. Después han ayudado los exorcismos, las oraciones, los sacramentos...

En otros casos, quemar el hechizo interrumpe el maleficio. He tenido ejemplos de ello en casos de «hechizos de muerte» por putrefacción, en los que se había sepultado carne maleficiada, que fue descubierta y destruida antes de que llegara a pudrirse. Otras veces son sepultados vivos, aunque con un espacio libre a su alrededor, ciertos animales, especialmente sapos. También en este caso dar con ellos antes de su muerte puede interrumpir el maleficio. Pero los principales remedios siguen siendo los exorcismos, la oración y los sacramentos.

Nunca se insistirá bastante sobre la importancia de recurrir a los medios de Dios y no a magos, aunque se tenga la impresión de que los medios de Dios actúan con lentitud. El Señor nos ha dado la fuerza de su nombre, la potencia de la oración (tanto personal como comunitaria) y la

intercesión de la Iglesia. El recurso a los magos, cuya actuación queda enmascarada bajo el equívoco nombre de magia blanca (que consiste siempre en recurrir al demonio), para que hagan otro maleficio que anule un maleficio anterior, no puede más que agravar el mal. El Evangelio nos habla de un demonio que sale de un alma para volver a continuación con otros siete demonios, peores que él (Mt. 12, 43-45). Es lo que sucede cuando se recurre a los magos. Damos tres ejemplos significativos de ello, que he experimentado repetidas veces.

Primer ejemplo. Uno comienza a advertir dolores físicos. Prueba con varios médicos y medicinas pero el dolor aumenta en vez de desaparecer; no se descubre su causa. Acude entonces a un mago, o a un cartomántico dedicado a la magia, y le dicen: «Usted tiene un hechizo. Si quiere se lo quito. Me conformo con un millón de liras.» El otro se lo piensa primero y luego se decide y paga. Acaso se le pide una foto, una prenda íntima o un mechón de pelo. Después de algunos días, la persona se siente totalmente curada y está muy contenta de cómo ha gastado ese millón. Es el demonio que se ha ido. Al cabo de un año reaparecen aquellos trastornos. El pobrecillo reanuda el recorrido de médicos, pero las medicinas resultan impotentes, mientras que el mal va en aumento. Es el demonio que ha vuelto con otros siete peores que él. En el colmo de la resignación, el paciente piensa: «Aquel mago me cobró un millón, pero me quitó el mal»; y así vuelve a verle sin darse cuenta de que ha sido precisamente él quien le ha causado el agravamiento del mal.

Y le dicen: «Esta vez le han echado un hechizo mucho mayor. Si quiere se lo quito y a usted sólo le pido cinco millones de liras; a otro le pediría el doble.» Y vuelta a empezar. Si finalmente la víctima se confía a un exorcista, además del pequeño mal inicial hay que liberarla del mal mayor provocado por el mago.

Segundo ejemplo. Igual que antes: el enfermo paga, es curado por el mago, y continúa curado. Pero, a cambio, el mal pasa a su mujer, a sus hijos, a sus padres, a sus hermanos, por lo cual el daño permanece pero multiplicado (también bajo la forma de obstinado ateísmo, de una vida de pecado, de accidentes de coche, de infortunios, depresiones...).

Tercer ejemplo. También aquí, la misma situación que antes. La persona es curada por el mago y la curación perdura.

Pero Dios había permitido aquel mal para que aquella persona expiase sus pecados, para que volviese a una vida de oración y de frecuentación de la Iglesia y los sacramentos. El objetivo de aquel mal era lograr grandes frutos espirituales para la salvación del alma. Con la curación realizada por la intervención del demonio, que conocía perfectamente estos fines, el objetivo bueno ligado a aquel mal se esfumó.

Debemos tener bien presente que Dios permite el mal para conseguir el bien; permite la cruz sólo porque a través de ella llegamos al cielo. Esta

verdad es evidente, por ejemplo, en las personas dotadas de particulares carismas que a menudo están afectadas por sufrimientos por cuya curación no se debe rezar. Todos recordamos al padre Pio, que durante cincuenta años soportó el dolor lacerante de los cinco estigmas; pero nadie pensó en rezar al Señor para que se los quitara: estaba demasiado claro que aquello era obra de Dios, y que perseguía grandes fines espirituales. El demonio es fino; ¡con mucho gusto habría querido que el padre Pio no llevara impresos en la carne los signos de la Pasión! Naturalmente, el caso es distinto si es el demonio quien Provoca los estigmas y suscita falsos místicos.

# ALGO MÁS SOBRE LA MAGIA

Es un asunto amplísimo, tratado en tantos volúmenes que ocuparían una biblioteca y cuya práctica se encuentra en toda la historia humana y entre todos los pueblos. Incluso hoy son muchas las personas que caen en las asechanzas de la magia. También son muchos los sacerdotes que infravaloran sus peligros: confiados, con razón, en la potencia salvadora de Cristo, que se sacrificó para liberarnos de los lazos de Satanás, no tienen en consideración que el Señor nunca nos ha dicho que menospreciemos la potencia del demonio, nunca ha dicho que lo desafiemos o que dejemos de combatirlo. En cambio, ha concedido el poder de expulsarlo y ha hablado de la incesante lucha con él, que nos pone a prueba (el mismo Jesús se sometió a las tentaciones del maligno); nos ha dicho con claridad que no se puede servir a dos amos.

La Biblia nos asombra por la frecuencia con que habla contra la magia y los magos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Así nos pone en guardia; porque una de las formas más habituales que el demonio usa para atar a sí al hombre y para embrutecerle es la magia, la superstición, todo lo que rinde un culto directo o indirecto a Satanás. Los que actúan usando la magia creen que pueden manipular a fuerzas superiores que, en realidad, se sirven de ellos.

Los brujos se creen dueños del bien y del mal. Los espiritistas y los médiums se prodigan en la invocación de los espíritus superiores o de los espíritus de los difuntos; en realidad, sin darse cuenta, se han entregado en cuerpo y alma a fuerzas demoníacas, las cuales se sirven de ellos siempre con una finalidad destructiva, aunque ésta no se manifiesta inmediatamente. El hombre distanciado de Dios es pobre e infeliz; no logra comprender el significado de la vida y aún menos el de las dificultades, el dolor y la muerte. Desea la felicidad como la propone el mundo: riqueza, poder, bienestar, amor, placer, admiración... Y parece como si el demonio le dijera: «Yo te daré todo esto, porque está en mi poder y lo daré a quien quiera dárselo. Si te arrodillas y me adoras, todo será tuyo» (Lc. 4, 6-7).

Así vemos a jóvenes y viejos, mujeres, obreros, profesionales, políticos, actores, curiosos, en busca de la «verdad» sobre su futuro. Es una multitud que encuentra bien dispuesta a otra: magos, adivinos, astrólogos, cartománticos, pranoterapeutas, médiums o videntes de todo orden, a los que acuden por casualidad, o por esperanza, o por desesperación, o para probar; algunos quedan afectados, otros atados, otros más entran en los círculos cerrados de las sectas.

Pero ¿qué hay detrás de todo esto? Los ignorantes creen que es sólo superstición, curiosidad, ficción o fraude; de hecho, relacionado con ello se mueve un gran volumen de negocios. Pero en la mayoría de casos la realidad es otra. La magia no es solamente una vana creencia, algo carente de todo fundamento. Es un recurso a las fuerzas demoníacas para influir en el curso de los acontecimientos y sobre los demás en beneficio propio.

Esta forma desviada de religiosidad, que era típica de los pueblos primitivos, se ha prolongado en el tiempo y existe en todos los países con las distintas religiones. Aunque en formas distintas, el resultado es idéntico: alejar al hombre de Dios y arrastrarle al pecado, a la muerte interior.

La magia es de dos clases: imitativa y contagiosa. La *magia imitativa* se basa en el criterio de la similitud en la forma y el procedimiento, fundándose en el principio de que todo semejante genera su semejante. Un muñeco representará a la persona a la que se quiere perjudicar y, después de las oportunas «plegarias rituales», clavando agujas en el cuerpo del fantoche, se afectará a la persona a la que éste representa, la cual sufrirá dolores o enfermedades en los puntos del cuerpo atravesados por las agujas. La *magia contagiosa* se basa en el principio del contacto físico o contagio. Para influir sobre una persona, el mago necesita algo que le pertenezca: cabellos, uñas, pelos o vestidos; también una fotografía, mejor si es de cuerpo entero, pero siempre con el rostro descubierto. Una parte representa al todo; lo que se haga en aquella parte influirá sobre el individuo entero. El mago realizará su labor con las fórmulas o rituales apropiados en tiempos determinados del año y del día, con la intervención de los espíritus a los que él invoca para dar eficacia a su obra. Hemos tratado estos temas al hablar de los hechizos; pero la magia abarca un campo mucho más amplio que los simples hechizos, y más vasto que el maleficio.

En uno de los rituales de iniciación a la magia negra usados por los magos de la isla de Cabo Verde se afirma que el escogido encontrará ante sí, en un momento determinado del rito, un espejo en el que se le aparecerá Satanás para concederle «los poderes», poniendo en sus manos las armas que deberá emplear. Las armas que tiene el cristiano contra el «león rugiente» son la verdad, la justicia, la fe y la espada de doble filo de la palabra de Dios. El mago, en cambio, dispondrá de una espada verdadera para atacar a los hombres; tendrá poderes de destrucción, de maldición, de

videncia, de previsión, de desdoblamiento, de curación y otros más, según el mal que sea capaz de hacer, según cómo consiga obstaculizar los planes de Dios y según lo que esté en condiciones de ofrecer al demonio: además de a sí mismo, puede ofrecer a sus hijos y también a otras personas, más o menos ignorantes, de las que se dirigen a él. El resultado para la víctima es que, como mínimo, adquirirá una terrible aversión a todo lo sagrado (oraciones, iglesias, imágenes sagradas...), con la añadidura de otros males diversos.

Esto puede sucederle también a quien ha encargado el trabajo al mago, una vez ofrecido el «sacrificio», representado por una ofrenda, incluso muy pequeña, y entregadas las cosas solicitadas, aunque respetando ciertas reglas que se le han sugerido: dar la vuelta alrededor de siete iglesias, velas para encender en un momento dado, polvos para esparcir, objetos para llevar encima de uno mismo o para poner encima de otro, y así sucesivamente. De este modo se contrae con el demonio un vínculo más o menos pesado, con malas consecuencias para el alma y el cuerpo. Muchas veces han venido a verme madres que anteriormente habían llevado a sus niños a magos, y les habían hecho llevar encima ciertas cosas que a ojos inexpertos podían parecer baratijas, pero que, por sus consecuencias maléficas, se habían revelado como verdaderos maleficios. Si uno se sitúa en el terreno del enemigo, cae en su poder, aun cuando se haya actuado «de buena fe», y sólo la poderosa mano de Dios puede liberar de los vínculos contraídos.

A las operaciones de la llamada *alta magia* se las clasifica, en general, como sacralizaciones, consagraciones, bendiciones, destituciones, excomuniones y maldiciones. De este modo, se pretende transformar los objetos o a las personas en «símbolos sagrados» (sagrados para Satanás, naturalmente). El material mágico se «magnetiza» en determinados momentos, que son objeto de la astrologia mágica. Cada mago lleva encima, o prepara para otros, unos «pentáculos», o «pantáculos» (del griego *pantaklea*); en general, se trata de medallas cuyos símbolos son «catalizadores de energías» y que tienen, según el mago, una particular fuerza celestial. Otra cosa son los talismanes, que recuerdan los rasgos concretos de la persona a la que quisieran proteger.

La solicitud de talismanes es uno de los mayores atractivos para los incautos clientes que se creen afectados por una suerte adversa, la mala sombra, la incomprensión, la falta de amor o la pobreza; y están muy contentos de pagar el precio, a veces muy elevado, de estos amuletos que deberían liberarles de todas sus desdichas. En cambio, se llevan encima una carga negativa tal que puede hacerles daño no sólo a ellos sino también a los miembros de su familia. Para preparar todos estos objetos, como para la mayor parte de las operaciones de magia, se hace un amplio uso del

incienso. Es un incienso que se ofrece a Satanás en clara contraposición con el incienso que en el culto litúrgico se ofrece a Dios.

Otras formas de magia llevan a la fabricación de filtros o mezclas que provocan sugestión o vejación diabólica sobre quien ingiera los mejunjes preparados por el mago y mezclados con la comida o la bebida. El desdichado encontrará en su cuerpo no sólo algo desagradable, sino también los espíritus maléficos invocados para la preparación del maleficio. Es conocido el «filtro de amor», que puede imponer un horrible vínculo (también llamado «atadura»), debido a las potencias satánicas.

La Biblia nos habla por primera vez del demonio cuando tienta a nuestros primeros progenitores bajo la forma de una serpiente. En la mitología la serpiente está siempre vinculada a los emblemas del conocimiento. En Egipto, la maga Isis es la que conoce los secretos de las piedras, las plantas y los; animales; conoce los males y sus remedios, por lo cual puede reanimar el cadáver de Osiris. A la serpiente se la representa enroscada sobre sí misma y mordiéndose la cola, como emblema del ciclo eterno de la vida. Piénsese también en la serpiente boa emperatriz de los incas o en la boa divina de los indios.

En el vudú la serpiente andrógina Danbhalah y Aida Wédo inspira a sus adeptos con una certeza y precisión que da resultados asombrosos a cualquier hora del día o de la noche. Esta serpiente afirma conocer todos los secretos del Verbo creador gracias a la «lengua mágica», magnificada por la música sacra.

Se trata de una magia haitiana de origen africano que, junto con la magia africana originaria y la importada a Sudamérica (particularmente en Brasil) con el nombre de «macumba», tienen un gran poder maléfico. Ya he recordado que los maleficios más fuertes que he tenido ocasión de exorcizar procedían de Brasil o de África.

La civilización moderna ha fundido, pero no cambiado, algunas costumbres, razón por la cual cohabitan ciencia y magia, religión y antiguas prácticas. Todavía hoy, especialmente en el campo, hay gente muy religiosa que recurre a *santones* (hombres o mujeres) para resolver sus dificultades más heterogéneas: desde las enfermedades al mal de ojo, desde la búsqueda de trabajo a la búsqueda de un marido. Son personas santas «que van siempre a la iglesia»; todavía hoy se encuentran mujeres que, de buena fe, enseñan a sus hijas los gestos y el rito para quitar el mal de ojo en la noche de Navidad; o cuelgan del cuello de los hijos cadenitas con crucifijos o medallas benditas, y les ponen al lado «pelos de tejón» o «dientes de lobo» o «cuernecillos rojos»: objetos todos que, aunque no hayan sido «cargados» de negatividad con ritos mágicos, atan al demonio mediante el pecado de superstición.

La magia siempre ha ido acompañada de la adivinación: la pretensión de conocer nuestro futuro por vías tortuosas. Baste pensar en la

difundidísima costumbre de hacerse echar las cartas, o sea hacerse predecir el futuro por el tarot, que es el medio de adivinación predominantemente usado por magos y adivinos. Parece que el origen del tarot se remonta al siglo XIII, por obra de los gitanos, que habrían condensado en este «juego» su poder de predecir el futuro. En su base está la doctrina esotérica que fija el esquema de correspondencia entre el hombre y el mundo divino. No me detendré en ello; sólo diré que el ingenuo, deslumbrado por cómo se le ha revelado con exactitud su pasado, sale con angustia y desconfianza o vanas esperanzas, a menudo con sospechas hacia parientes o amigos, y sobre todo con una cierta forma de dependencia de quien le ha echado las cartas, que le acompañará también a continuación. Todo esto podría causarle miedo, rabia o incertidumbre; tendrá deseos de recurrir a prácticas mágicas o de proveerse de talismanes que neutralicen a ese enemigo interior que él mismo se ha procurado y que le causa enfermedades, desventura...

La peor magia de origen africano está basada en la *brujería (witchcraft),* que es la práctica de quien quiere hacer el mal a los demás por vías mágicas; y en el *espiritismo,* a través del cual la persona trata de ponerse en contacto con el espíritu de los difuntos o con los espíritus superiores. El espiritismo es conocido en todas las culturas y pueblos. El médium actúa de intermediario entre los espíritus y los hombres, prestando su energía (voz, gestos, escritura...) al espíritu que quiere manifestarse. Puede suceder que estos espíritus evocados, que son siempre y sólo demonios, se apoderen de alguno de los presentes. La Iglesia siempre ha condenado las sesiones espiritistas y la participación en ellas. No es consultando a Satanás como se aprenden cosas útiles.

Pero ¿es de verdad imposible evocar a los muertos? ¿Son siempre y sólo los demonios quienes se manifiestan en las sesiones de los médiums? Sabemos perfectamente que esta duda en los creyentes depende de una sola excepción. La Biblia nos menciona un único caso, cuando Saúl se dirigió a una médium y le pidió: «Adivíname el porvenir evocando a los muertos y haz que se me aparezca el que yo te diga» (1 Sam. 28, 8). Efectivamente, apareció Samuel, que había muerto hacía poco. Dios permitió esta excepción, pero nótese el alarido de estupor de la médium y más aún el duro reproche de Samuel: «¿Para qué me has molestado, haciéndome venir?» (1 Sam. 28, 15). Los muertos deben ser respetados, no molestados. Por ser el único caso en toda la Biblia, destacamos su excepcionalidad. Comparto al respecto cuanto escribe un psiquiatra y exorcista protestante: «Es puro egoísmo y crueldad tratar de permanecer aferrados a nuestros difuntos o querer reclamarles entre nosotros. Lo que necesitan es liberación eterna y no verse nuevamente enredados entre las cosas y la gente de este mundo» (Kenneth McAll, *Fino alle radice,* Ancora, p. 141).

Muchos resultan engañados por su falta de fe y por su ignorancia. Desde el punto de vista étnico y folklórico, el uso de ciertas danzas, cantos,

costumbres, velas y animales, que son necesarios en distintos rituales de magia vudú o de la macumba, puede ser interesante. Cuatro velas en las cuatro esquinas de una calle, o un triángulo de velas, una de ellas apuntando hacia abajo, pueden parecer un juego o una inocua superstición. Es hora de abrir los ojos. Invito a hacerlo sobre todo a los sacerdotes. Son evocaciones de espíritus maléficos que podrán perturbar esto o aquello, pero siempre tienen como fin último distanciar de Dios a la víctima, conducirla al pecado, a la angustia, a la alienación y a la desesperación.

Me han preguntado si mediante la magia es posible perjudicar también a grupos de personas. Mi respuesta es sí; pero este asunto por sí solo merecería un estudio aparte. También aquí, como en todo mi libro, me conformo con mencionar las cosas. Es posible que el demonio se sirva de una persona para afectar a grupos incluso muy numerosos, que pueden llegar a tener en sus manos el poder de una nación o influir sobre varias naciones. Creo que, en nuestro tiempo, es el caso de hombres como Karl Marx, Hitler, Stalin. Las atrocidades cometidas por los nazis, los horrores del comunismo, las matanzas de Stalin, por ejemplo, alcanzaron una perfidia verdaderamente diabólica. Fuera del campo político, no dudo en ver un vehículo de Satanás en ciertas músicas y en ciertos cantantes que en plazas abarrotadas arrastran a su público a un frenesí que puede alcanzar hitos de extrema violencia o voluntad destructiva.

Pero también se dan otros casos más fácilmente controlables y curables (aunque las posesiones diabólicas son siempre muy difíciles de remediar), que han afectado a escolares, grupos de distinto orden, comunidades diversas, por ejemplo comunidades religiosas. Es increíble la habilidad del demonio para conseguir engañar, para introducir los peores errores en grupos enteros. Hay quien sostiene que es más fácil engañar a una multitud que a una sola persona. La verdad es que el demonio puede afectar a grupos incluso muy numerosos; pero casi siempre notamos en estos hechos un consenso humano, una culpa humana de libre adhesión a la obra satánica: por interés, por vicio, por ambición, son muchos los posibles motivos.

La influencia del demonio sobre las colectividades puede revestir aspectos de lo más dañino, de lo más potente. Por eso los últimos pontífices insisten en ello de manera particular. Me refiero al discurso de Pablo VI del 15 de noviembre de 1972 y al de Juan Pablo II el 20 de agosto de 1986.

Satanás es nuestro peor enemigo y seguirá siéndolo hasta el fin de los tiempos, por lo que utiliza su inteligencia y sus poderes para obstaculizar los planes de Dios, que, en cambio, quiere la salvación de todos nosotros. Nuestra fuerza es la cruz de Cristo, su sangre, sus llagas, la obediencia a sus palabras y a su institución, que es la Iglesia.

# ¿QUIÉN PUEDE EXPULSAR A LOS DEMONIOS?

Nos parece haber dicho con bastante claridad que Jesús dio el poder de expulsar a los demonios a todos aquellos que creen en Él y actúan con la fuerza de su nombre. En estos casos se trata de oraciones privadas, a las que podemos llamar «plegarias de liberación».

Además, se concede un poder particular a los exorcistas, es decir, a aquellos sacerdotes que reciben expresamente tal encargo de su obispo: ellos, usando las fórmulas apropiadas, sugeridas por el Ritual, realizan un sacramental que, a diferencia de la oración privada, implica la intercesión de la Iglesia.

*Pero siempre se necesita mucha fe, mucha oración y ayuno, ya sea por parte de quien reza, ya sea por parte de la persona por la que se reza.* Lo ideal sería que siempre, simultáneamente con el exorcismo, que exige reserva, hubiese un grupo de personas reunidas para orar. Diré también que todos los sacerdotes tienen un particularísimo poder, incluso si no son exorcistas, derivado justamente de su sacerdocio ministerial, que no es un honor a la persona, sino un servicio destinado a las exigencias espirituales de los fieles. Y entre estas exigencias está desde luego también la de liberar de las influencias maléficas. Todos, además, ya sea por las plegarias de liberación, ya sea por los exorcismos, pueden ayudarse con medios sagrados: por ejemplo, poniendo sobre la cabeza del interesado el crucifijo, o el rosario, o alguna reliquia: es eficacísima la de la santa cruz porque mediante la cruz derrotó Jesús al reino de Satanás; pero también son eficaces las reliquias de los santos a las que se tenga una particular devoción. A menudo también son útiles las simples imágenes bendecidas, como la de san Miguel arcángel, a las que los demonios manifiestan un miedo especial.

Pero creo que traicionaría las expectativas de los lectores si no mencionase también al ejército cada vez más numeroso de *carismáticos, videntes, médiums, pranoterapeutas, sanadores, magos,* y también *gitanos:* es una caterva tanto más numerosa cuanto más los obispos y el clero, con una ligereza que va de la ignorancia a la verdadera incredulidad, han

abandonado este terreno pastoral que les es propio. Dedicaremos un capítulo también a este asunto. Entretanto, digamos algo sobre las personas mencionadas.

Establezco una premisa. Hablo de categorías de personas que pueden (o que pretenden) influir a favor de la liberación, pero con más frecuencia obran para conseguir la curación. Es difícil hacer una distinción clara. El demonio está en la raíz de todo el problema del mal, el dolor y la muerte, que son consecuencias del pecado. Luego están los males directamente provocados por el maligno; el propio Evangelio nos presenta algunos casos: la mujer encorvada desde hacía dieciocho años (¿parálisis?) y un sordomudo. En ambos casos una presencia satánica causaba aquellos males, por lo que el Señor realizó la curación expulsando al demonio. En líneas generales, es válida la regla que ya hemos dado: si un mal es de origen maléfico, los fármacos no tienen ningún efecto, mientras que sí lo tienen las plegarias de curación y los exorcismos. También es verdad que a menudo una prolongada presencia diabólica crea en la persona unos males sobre todo psíquicos por los cuales, incluso una vez conseguida la liberación, la persona sanada puede necesitar tratamientos médicos adecuados.

Digo también desde ahora que voy a ocuparme de un campo en el que se requieren competencias específicas que un exorcista no puede tener. Un exorcista debe tener suficiente conocimiento de las enfermedades mentales para darse cuenta de que es precisa la intervención de un psiquiatra; pero no se puede pretender que un exorcista sea tan instruido en este ámbito como un psiquiatra. Así, un exorcista debe tener conocimientos de parapsicología y de los poderes paranormales, pero no es posible que sepa tanto como un especialista en la materia. Su campo específico sigue siendo el de lo sobrenatural, con un exacto conocimiento de los fenómenos que dependen de ello y de los tratamientos de carácter sobrenatural. Es una premisa necesaria porque entramos en un campo que concierne a la vez a lo sobrenatural, lo paranormal y lo preternatural o diabólico.

*Los carismáticos.* El Espíritu Santo, con divina libertad, distribuye a quien quiere y como quiere sus dones, que son concedidos no para gloria o utilidad de la persona, sino para el servicio de sus hermanos. Entre estos carismas está también el don de la liberación de los espíritus malignos y la curación. Se trata de dones que pueden ser concedidos a individuos, pero también a comunidades. No dependen de la santidad personal, sino de la libre elección de Dios, aunque la experiencia nos dice que, normalmente, Dios concede estos dones a personas rectas, de plegaria asidua, de vida cristiana ejemplar (¡esto no significa falta de defectos!) y de segura humildad. Hoy existe una inflación de carismáticos, a los que acuden en masa los que sufren. ¿Cómo distinguir los verdaderos de los falsos? De por

sí, tal discernimiento corresponde a la autoridad eclesiástica, que puede valerse de todas aquellas ayudas que considere oportunas para ello.

De hecho, conocemos algunos casos en que la autoridad eclesiástica ha intervenido para poner en guardia contra tramposos y falsos carismáticos; no conocemos casos de carismáticos oficialmente reconocidos en que haya ocurrido tal cosa. Es un problema complicado y nada fácil. También porque los carismas pueden cesar; y es posible que la persona elegida se haga indigna de ellos: ningún ser vivo está confirmado en la gracia. Podemos fijar cuatro normas orientativas: 1) que el individuo (o la comunidad) viva profundamente conforme al Evangelio; 2) que sea totalmente desinteresado (ni siquiera se deben aceptar ofrendas; con las ofrendas voluntarias sería posible hacerse multimillonario); 3) que use medios comúnmente admitidos por la Iglesia, sin rarezas o supersticiones (que use oraciones y no fórmulas mágicas; señales de la cruz, imposición de manos, sin nada que ofenda al pudor; que utilice agua bendita, incienso, reliquias, sin nada que sea ajeno al normal uso eclesiástico); que rece en nombre de Jesús; 4) que los frutos sean buenos. Esta regla evangélica, «por su fruto se conoce el árbol» (Mt. 12, 33), sigue siendo el criterio que corona los demás.

Añadamos otras características que son típicas de las curaciones obtenidas por vía carismática: actúan sobre todas las enfermedades, incluso sobre las maléficas, o sea provocadas por el demonio; no se basan en la habilidad o la fuerza humana, sino en la oración practicada con fe, en la fuerza del nombre de Jesús, en la intercesión de la Virgen y de los santos; el carismático no pierde energía, de modo que deba recargarse con un período de reposo (como ocurre con los sanadores, zahoríes y similares), no sufre reacciones físicas, sino que es sencillamente un intermediario activo de la gracia. Las curaciones carismáticas no tienden al lucimiento del carismático, sino a hacer loar a Dios, a acrecentar la fe y la oración.

Es preciso añadir una palabra más porque también éste es un campo del que el Concilio Vaticano II habló, pero no se ha aplicado lo que afirmó. El racionalismo y el naturalismo han invadido el terreno; las manifestaciones extraordinarias, los milagros, la presencia de santos, las apariciones... todo ello son acontecimientos acogidos no con gratitud, sino con desconfianza, con condenas sin examen, o al menos como tremendos incordios. En ninguna iglesia se repite ya la oración de los primeros cristianos: «Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos que anuncien sin miedo tu mensaje, y que por tu poder sanen a los enfermos y hagan señales y milagros en el nombre de tu santo siervo Jesús» (Ac. 4, 29-30). Hoy parece que esos dones sólo produzcan fastidio.

El Concilio Vaticano II afirma que el Espíritu Santo «dispensa entre los fieles de todo orden unas gracias especiales... Estos dones, extraordinarios o también más sencillos o corrientes, se deben acoger con

gratitud y devoción». El documento continúa recordando que los dones extraordinarios no deben ser pedidos imprudentemente. En cuanto al juicio sobre su legitimidad y uso ordinario, «corresponde a la autoridad eclesiástica, que *sobre todo* no debe extinguir el Espíritu, sino examinarlo todo y considerar lo que es bueno» (*Lumen Gentium* 12). Las carencias en la aplicación de estas directrices son evidentes y casi generales. Por eso es inútil que el Concilio afirme que quien recibe los carismas del Espíritu Santo, aunque se trate de laicos, tiene el *derecho y el deber* de ponerlos en práctica (*Apostolicam Actuositatem* 3) contando con la guía y el discernimiento de los obispos. Veo con agrado la aparición de obras que se ofrecen para ayudar a los obispos en esta tarea de discernimiento; por ejemplo, el Movimiento Carismático de Asís. Es un campo abierto que debe ponerse en funcionamiento.

*Videntes y médiums.* Los trato juntos porque en esencia tienen las mismas características: los primeros *ven* y los segundos *sienten;* ambos se expresan acerca de lo que han experimentado en contacto con objetos o personas. Para no extender demasiado el terreno al que se presta este tema, me limito a considerarlo en relación con mi campo específico, o sea el campo de las influencias maléficas sobre personas, objetos y casas. Varias veces he estado en contacto con estas personas; a veces las he interpelado o llamado directamente para que asistieran en oración a mis exorcismos, para que luego dijesen qué habían visto u oído. Y advertía que las respuestas dependían del espíritu de sabiduría.

Algunos, apenas ven o se encuentran junto a personas poseídas o infestadas, notan en seguida tal inconveniente; a veces se sienten mal cuando están cerca de ellas; otras veces ven la negatividad que las afecta y la describen. Basta con ponerles en la mano una fotografía, una carta, o un objeto perteneciente a una persona de la que se tienen sospechas, para obtener una respuesta: o sea, si no tiene nada, si es víctima de una enfermedad maléfica, si es una persona peligrosa porque realiza maleficios contra los demás. Puede bastarles con oír la voz. Por ejemplo, personas que dudan sobre si han recibido o no algún influjo maléfico telefonean a una de estas personas y oyen su respuesta. Llamados a casas en las que se sospecha la existencia de maleficios por las extrañas cosas que allí acaecen, perciben si el maleficio existe o no; indican objetos hechizados que hay que quemar; se dan cuenta, por ejemplo, de si hay que rasgar una determinada almohada o colchón, y entonces se encuentran en ellos esas extrañas cosas como ya hemos señalado. Pueden equivocarse; sus sensaciones deben ser controladas. Pero a veces hacen un recorrido por la vida de una persona y precisan con sorprendente claridad a qué edad ha recibido un maleficio, de qué modo, con qué finalidad ha sido hecho, así como los trastornos que ha provocado. A veces también indican quién es el autor del maleficio.

Un día acababa yo de introducir en el locutorio a un hombre que me pedía que le bendijera, cuando me acordé de que a aquella hora debía telefonear a un médium. Corro al teléfono y oigo que me dice: «Usted está a punto de bendecir a un hombre de unos cincuenta años. A los dieciséis le hicieron un hechizo porque odiaban a su padre; le dieron a beber vino maleficiado y escondieron un hechizo en el fondo de un pozo. Desde entonces ese muchacho ha ido sintiéndose cada vez peor y todos los tratamientos han sido inútiles. Al cabo de unos años su padre murió y él sintió una repentina mejoría. Pero su cerebro quedó afectado hasta el punto de no poderse dedicar a ningún trabajo. Intente bendecirle, pero es un mal arraigado desde hace demasiado tiempo y creo que no conseguirá nada.» Las cosas habían ocurrido exactamente como me había dicho. Otras veces, mientras exorcizaba a alguna persona en presencia de un médium, éste me indicaba qué partes del cuerpo debía bendecir con la estola o ungir con el aceite, porque estaban particularmente afectadas; y al final el interesado afirmaba la exactitud de los puntos en los que más fuerte sentía el dolor.

Podría extenderme ampliamente con ejemplos en este terreno. Puedo decir que las personas escogidas por mí (entre muchísimas que me fueron presentadas como médiums) eran personas de mucha oración, desinteresadas, bondadosas y caritativas, y sobre todo humildes: de no haber descubierto, por casualidad o por información recibida de otros este talento suyo, ellas nunca me lo habrían dicho. ¿De qué se trata?, ¿de carisma? ¿De una facultad para-normal? Yo me inclinaría a creer que se trata de un don paranormal que la persona usa para hacer el bien. Pero no excluyo que tal facultad pueda unirse al carisma. No he visto en esas personas signos de cansancio, como si sufrieran una pérdida de energía. Pero he observado un progresivo fortalecimiento de sus dotes a través del uso; esto hace pensar que, en la base, pueda haber una facultad paranormal. Digo también que es difícil encontrar auténticos videntes o médiums; en cambio, hay una gran cantidad de personas que se consideran tales y que así son consideradas. ¡Hay que tener los ojos bien abiertos!

*Sanadores.* Tengo la intención de hablar de aquellas curaciones que se producen comunicando una energía particular, generalmente a través de la imposición de manos. Aquí nos encontramos de lleno en el campo de lo paranormal, que en Italia tiene un valiente estudioso en el profesor Emilio Ser-vadio. Me limito a decir, sin profundizar en un tema que no es de mi incumbencia, que los sanadores no tienen ninguna influencia sobre los males de naturaleza maléfica; del mismo modo que sobre estos males no tienen ninguna influencia la medicina ni la ciencia humana.

*Pranoterapeutas.* También éstos, como los sanadores, en los últimos años se han multiplicado desmesuradamente. No es mi función dar explicaciones sobre la teoría del *prana* o del *bioplasma.* Es todo un campo que está estudiando la ciencia oficial, aunque sin aceptarlo todavía. Me

limito a reproducir las conclusiones a las que llega el padre La Grua en su libro *La preghiera di guarigione.* «Si las curaciones se producen por una energía que el sanador encauza sobre el enfermo, o por una carga psíquica, o por el estímulo de energías de reserva, es un hecho que estas curaciones no tienen nada que ver con las curaciones carismáticas. Además, existe el peligro de una infiltración de espíritus. He aquí por qué se requiere una extrema prudencia.»

He conocido a algún pranoterapeuta verdaderamente desinteresado, de fe, que pone sus cualidades al servicio de los demás con espíritu de auténtica caridad. Pero se trata de mirlos blancos («un dos por mil», me decía el conocido exorcista de Venecia Pellegrino Ernetti). Esto no obsta a la cautela con que consideramos la pranoterapia. Es sobre todo por los frutos y los métodos, cuidadosamente estudiados, como se reconoce al árbol.

*Los magos.* Ya hemos hablado bastante de ellos. Bástenos recordar que pueden producirse curaciones por obra del demonio, acaso bajo el nombre de entidades extraterrenales o de almas-guía. Jesús mismo nos pone en guardia al respecto: «Porque vendrán falsos mesías y falsos profetas, y harán grandes portentos y milagros, para engañar, a ser posible, incluso a los que Dios mismo ha escogido» (Mt. 24, 24). Cosa muy distinta del poder diabólico es la plétora de falsos magos, simples charlatanes y embrollones que engañan a la gente proporcionando talismanes, cintas y saquitos. He quemado una hoja de papel de cuaderno que tenía escritas algunas palabras incomprensibles atada con una cuerda enrollada: ¡este talismán costó doce millones de liras! Pero también vino a verme un hombre que, para obtener un saquito de baratijas que habría tenido que liberarle de un montón de desgracias, pagó veinte millones de liras.

*Los gitanos.* Creo que es útil decir algunas palabras también sobre ellos porque nos los encontramos siempre por nuestras calles. Paso por alto cuanto ya he dicho a propósito de cartománticos y farsantes. Hay otro aspecto concreto que me interesa y prefiero abordar el tema con algunos hechos. Exorcicé a una señora poseída por el demonio; sufría desde hacía mucho tiempo de varios trastornos, pero no pensaba que la causa pudiera ser aquélla. Una vez, después de haber ayudado a una muchacha gitana, ésta le dijo: «Señora, usted está mal porque le han hecho un hechizo. Tráigame un huevo fresco.» Se lo llevó y la gitana puso el huevo sobre el pecho de la señora, rezó una breve plegaria en una lengua desconocida y luego rompió el huevo, del que salió una serpezuela. Después de algunos meses la misma señora tuvo ocasión de ayudar a otra gitanilla, de distinta procedencia que la anterior. También ésta dijo casi las mismas palabras: «Usted, señora, sufre tanto y desde hace tantos años porque le han hecho un hechizo. Es preciso que se lo haga quitar. Tráigame un huevo fresco.» Esta vez la señora regresó en compañía de su marido. La gitanilla puso el huevo

sobre el pecho de la señora, rezó una breve fórmula que parecía una oración y luego rompió el huevo, del que salió un mechón de cabellos.

A un amigo mío, médico en Roma, al salir de la basílica de San Juan, se le acercó una gitana que pedía limosna. En aquel sitio las gitanas no faltan nunca. Echó mano a la cartera, pensando en darle mil liras; no tenía, sólo tenía billetes de diez mil.

Paciencia: le dio uno. Aquella gitana le miró y le dijo: «Usted ha sido muy generoso conmigo; yo también quiero hacerle el bien.» Inmediatamente le mencionó los trastornos de salud que tenía y le dijo que debía curarse (el médico conocía perfectamente aquellos trastornos, pero... como buen médico, los descuidaba). Además, le habló de un fraude que algunos estaban preparando en su perjuicio si no le ponía remedio. Todo verdad.

¿Cómo explicar estos hechos? No es fácil. Algunos gitanos parece que tienen poderes paranormales que se transmiten de generación en generación, desde antiguo. Pero se trata de casos excepcionales; entre los gitanos se practica mucho la magia y todas las formas de superstición. La llevan en la sangre desde hace siglos y se la transmiten de madres a hijas (son siempre las mujeres quienes la practican).

Diré, al margen de estos fugaces apuntes, que siempre hay una tentación al acecho: para los carismáticos, para los médiums y para los mismos exorcistas (tanto más para los otros): la de buscar las vías más rápidas de curación, fuera de los procedimientos sagrados usuales, y la de caer más o menos involuntariamente en la magia. Se empieza viendo, por poner un ejemplo, que con un piatito lleno de agua, vertiendo en él unas gotas de aceite y pronunciando unos nombres, se obtienen respuestas, y así se inicia una cadena de prácticas mágicas. He visto cómo algunos carismáticos pasaban a realizar prácticas de magia y luego las abandonaban; pero no todos son capaces de volver atrás. Y he visto también a sacerdotes no exorcistas usar ciertos métodos de éxito, sin darse cuenta de que hacían verdadera magia. El demonio es astuto: ¡siempre está dispuesto a prometer reinos sobre la tierra si nos postramos para adorarle!

# LA CENICIENTA DEL RITUAL

Han pasado muchos años desde el final del Concilio Vaticano II; las diversas partes del Ritual han sido revisadas según las directrices conciliares; la única parte que aún está sellada con la inscripción «Trabajos en curso» es la que afecta a los exorcismos. Verdad es que tenemos toda la doctrina de las Sagradas Escrituras, de la teología y del magisterio de la Iglesia; en otra parte hemos reproducido algunos textos del Vaticano II; no es éste el lugar para transcribir los tres discursos de Pablo VI y los dieciocho de Juan Pablo II. Cito al menos una frase de Pablo VI, tomada del discurso del 15 de noviembre de 1972: «Se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesiástica quien se niega a reconocerla como existente [la realidad demoníaca]; o bien quien la convierte en un principio aparte que no tiene, como cualquier otra criatura, origen en Dios; o bien la explica como una seudorrealidad, una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras calamidades.» Y más adelante añade: «Éste sería —a propósito del demonio y el influjo que puede ejercer sobre personas aisladas, así como sobre comunidades, sociedades enteras o acontecimientos— un capítulo muy importante de la doctrina católica que convendría volver a estudiar, cosa que hoy apenas si se hace.»

En la práctica, para muchos eclesiásticos de hoy, todo son palabras arrojadas al viento: las de la Biblia, las de la tradición y las del magisterio. Con razón escribe monseñor Balducci: «¡Es bueno que el público sepa qué crisis, por lo menos doctrinal, está atravesando hoy la Iglesia!» (*Il diavolo,* Piemme, p. 163). Me han dicho que en muchos artículos me he mostrado polémico respecto de ciertos teólogos, obispos y exorcistas. No se trata de polémica; se trata de echar luz sobre la verdad. Porque la crisis no es sólo doctrinal, sino sobre todo pastoral, o sea que implica a los obispos, que no nombran exorcistas, y a los sacerdotes que ya no creen en el exorcismo. No pretendo generalizar, pero hoy el demonio se muestra activísimo en dar tormento a las personas; y cuando éstas buscan un exorcista se encuentran ante el habitual cartel: «Trabajos en curso.»

Empiezo por los teólogos. Cito a Luigi Sartori, uno de los más conocidos y cotizados. Escribe: «Es probable que algunas curaciones realizadas por Jesús se refieran más a víctimas de enfermedades nerviosas que a verdaderos endemoniados.» Esta insinuación es pésima y falsa. El Evangelio distingue siempre claramente entre curaciones de enfermedades y liberaciones del demonio, entre el poder que Jesús concede para expulsar a los demonios y el poder que concede para curar a los enfermos. Los evangelistas podrán no definir las enfermedades con el nombre técnico moderno pero saben distinguir muy bien entre enfermedad y posesión diabólica. Quien no sabe hacer esta distinción es Luigi Sartori, no los evangelistas. Y ya hemos visto qué importancia fundamental tiene en la obra de Cristo la expulsión de los demonios. Cuando los setenta y dos discípulos quisieron resumir los resultados de su ministerio, para el que Jesús les había mandado a predicar de dos en dos, dijeron una sola cosa, llenos de alegría: «Señor, hasta los demonios nos obedecen en tu nombre.» Y Jesús respondió: «Sí, pues yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc. 10, 17-18). No nos sorprende que Sartori concluya su artículo afirmando: «Jesús taumaturgo expresaba sobre todo la fuerza del amor, construía relaciones de mutua simpatía; por eso realizaba milagros, y *no porque dispusiera de fuerzas sagradas y secretas,* de mago» (*Famiglia Cristiana,* núm. 19, 10 de mayo de 1989). No, querido teólogo; Jesús no buscaba la simpatía y no poseía las fuerzas secretas de un mago. Tenía la omnipotencia de Dios y demostraba con sus obras que era Dios. Pero esto son sutilezas a las que ciertos teólogos modernos no prestan atención.

Tomemos a otro teólogo, Luigi Lorenzetti, quien admite, favor que nos hace, que «el creyente no puede excluir en absoluto la interpretación demoníaca de ciertos hechos»; pero luego se apresura a añadir que «es difícil, es más, *imposible,* asegurar con certeza tal presencia en el caso concreto». Si es *imposible,* las liberaciones realizadas por Cristo no deben creerse, ni las realizadas por los apóstoles; es inútil el poder para expulsar a los demonios que Jesús dio a su Iglesia; son inútiles las disposiciones eclesiásticas sobre los exorcismos y son inútiles los exorcistas. No, querido teólogo; es imposible para ti y para los teólogos como tú distinguir en los casos concretos si hay presencia del demonio o no, porque en este campo no tenéis ninguna experiencia. Por eso es muy cómodo concluir: «En la mayoría de casos no nos equivocamos si sustituimos la interpretación mágico-demoníaca de los hechos por la científico-natural» (*Famiglia Cristiana,* núm. 39, 5 de octubre de 1988). Lo cual es como decir: creo en el demonio en teoría para no pasar por hereje, pero no creo en él en la práctica, porque en la práctica sólo me fío de la ciencia natural.

Si así piensan los teólogos de prestigio, ¿qué deben de pensar los simples sacerdotes? Constato cada día que no creen en los males demoníacos. A veces los meten en el mismo cajón de sastre que los

engaños y los enredos de quien especula con la credulidad popular para hacer dinerito con poco esfuerzo. Es ejemplar la figura de un párroco de Palermo, Salvatore Caione, popularizado por *Famiglia Cristiana,* núm. 6, 8 de febrero de 1989. Bajo la insignia del lema «Los hechizos no existen», lo considera todo una patraña; y naturalmente pone en el mismo saco a hechiceros, cartománticos y exorcistas (no importa si han sido nombrados por el obispo conforme a las normas eclesiásticas), todos al mismo nivel. Que mucha gente se deja enredar, queda fuera de duda. Pero desde luego no es mediante el error como se enseña la verdad. Son sutilezas que no captan ni el padre Salvatore Caione ni quien publica sus ideas sin darse cuenta de los burdos errores que contienen.

Si se mezcla el error con la verdad, es lógico que luego haya poquísimos exorcistas y la gente acuda a magos, hechiceros y cartománticos, cuyo número crece desmesuradamente. Y al creyente no le instruye nadie. Exorcicé a una monja, reducida a un pésimo estado por una posesión diabólica que desde hacía diez años la hacía empeorar progresivamente. Llamé a su superiora general y le dije que para llamar al médico no hay que esperar a que uno esté moribundo; se le llama ante los primeros síntomas del mal. La superiora me respondió: «Tiene usted razón, pero estas cosas no nos las ha enseñado nunca ningún sacerdote.» También me dijo cuántos eclesiásticos (por no hablar de médicos) habían visto ya a aquella monja sin que nunca ninguno de ellos hubiese imaginado cuál podía ser la verdadera causa de sus males, resistentes a cualquier tratamiento.

Es verdad que en mis artículos la he tomado también con algunos exorcistas. He dicho que «se ha perdido la escuela», es decir, que ya no se da en las diócesis aquella sucesión por la cual el exorcista práctico instruía al nuevo exorcista. Así ocurre que hay exorcistas que ni siquiera conocen las cosas más elementales. La he tomado con monseñor Giuseppe Ruata, canónigo de la catedral y coordinador de los exorcistas turineses. Franca Zambonini, enviada por el cardenal Ballestrero le entrevistó para *Famiglia Cristiana* (30 de marzo de 1988). Cuando alguien afirma que «la posesión diabólica es limitada en el tiempo y dura pocas horas o pocos días», deja ver que carece de la más elemental experiencia. En efecto, poco después afirma que en ninguna de las personas que se han dirigido a él «ha advertido nunca signos tales para tener que recurrir a un exorcismo». Yo, en nueve años de trabajo agobiante (tanto que ahora me he visto obligado a aflojar el ritmo), he exorcizado a más de treinta mil personas; tengo anotados los nombres de los poseídos: hasta ahora, noventa y tres, y todos han permanecido en semejante estado durante decenas de años. Hay personas que reciben bendiciones durante diez, quince años e incluso más, y aún no han quedado liberadas.

También he criticado duramente a monseñor Giuseppe Vignini, penitenciario de la catedral de Florencia y exorcista, por cuatro artículos publicados en *Toscana oggi* (octubre y noviembre de 1988; enero de 1989). Cuando un exorcista escribe que la magia, las misas negras, los hechizos, etcétera, son «artificios inocuos y fruto de fantasías sugestionadas»; cuando afirma que el exorcismo no es un sacramento sino una simple invocación, ignorando que es un sacramental; cuando concluye sus disparates afirmando que, en la práctica, *nunca se debe hacer exorcismos,* es como para decirle, con todo el respeto posible: «Hijito mío, o te informas o cambias de oficio.»

Conozco a algunos exorcistas que ni siquiera poseen el Ritual; no conocen ni las normas que hay que seguir ni las oraciones que hay que rezar; sólo disponen del exorcismo de León XIII, en una traducción italiana ni buena ni completa, y se limitan a rezar eso. En la prensa mundial tuvo gran resonancia el caso de Anneliese Michel, de Klingenberg (Alemania), una muchacha de veinticuatro años muerta en el verano de 1976 a consecuencia de una larga serie de exorcismos. La noticia llamó mucho la atención también porque los dos sacerdotes que administraron los exorcismos fueron denunciados y sometidos a procedimiento penal. Los datos que entonces aparecieron en los periódicos y en otras publicaciones (como el libro de Kasper y Lehmann *Diavoli, demoni, possessione,* Queriniana, 1983) hacían sospechar que los dos sacerdotes habían creído con demasiada facilidad que estaban ante un caso de posesión diabólica. También parecía que los exorcistas, aunque siempre actuaron en presencia y con el consentimiento de los padres de la muchacha, se habían dejado guiar por lo que la misma muchacha indicaba como útil para su liberación.

A continuación se publicó un libro en el que se estudiaban los hechos en profundidad: *Anneliese Michel,* de Kaspar Bullinger (Ed. Ruhland, Altotting, 1983). En dicho estudio, en resumen, se disculpaba completamente a los dos exorcistas, se demostraba que tanto la actuación del obispo que había autorizado los exorcismos como la de los dos sacerdotes había sido seria; y se precisaban las causas de la muerte de la muchacha, independientes del sacramental administrado. En todo caso el episodio contribuyó a desalentar a los sacerdotes de aceptar el cargo de exorcistas.

Pasemos, finalmente, a los obispos. Es verdad que la he tomado también con ellos, porque los estimo y deseo su salvación. El Derecho canónico no contempla el delito de omisión de los deberes del cargo; pero la página dedicada al juicio universal, tal como la reproduce el capítulo 25 de san Mateo, nos presenta la gravedad incurable del pecado de omisión.

Todavía tengo en mente la desafortunada intervención de un conocido arzobispo, el 25 de noviembre de 1988, en un popularísimo programa de televisión, conducido por Zavoli. Parecía que se jactaba de no

haber hecho nunca exorcismos y de no haber nombrado nunca exorcistas. Por suerte, estaba presente el diputado Formigoni, de Comunión y Liberación, para ilustrar el punto de vista cristiano. Luego anoté toda una serie de respuestas de obispos que, sin querer generalizar, no honran al episcopado italiano. Me han sido comunicadas por personas procedentes de todas partes de Italia, a las cuales yo les había pedido que se dirigieran a su obispo antes de concederles yo una cita.

He aquí las respuestas más frecuentes:

«Yo, por principio, no nombro exorcistas»; «yo sólo creo en la parapsicología»; «pero ¿vosotros aún creéis en estas cosas?»; «no he encontrado ningún sacerdote dispuesto a aceptar este encargo. Buscad en otra parte»; «no nombro exorcistas y no hago exorcismos porque tengo miedo. Si el demonio se vuelve en contra de mí, ¿qué hago?»; «me gustaría saber quién os ha metido en la cabeza estas estupideces»... Podría continuar. Detrás de cada respuesta hay un gran sufrimiento por parte de quien la recibe; no sé si existe el mismo sufrimiento en quien la da. En la mayoría de los casos se trataba de personas que advertían al obispo que habían recibido bendiciones del padre Candido y que había sido él quien les había aconsejado que necesitaban más bendiciones, por lo cual, en la práctica, el diagnóstico del mal ya había sido emitido por un exorcista muy competente y conocido.

Desde luego no pretendo generalizar. Si soy exorcista, lo debo a la sensibilidad y a la iniciativa del cardenal Poletti; creo que cada exorcista debe de sentir el mismo reconocimiento hacia su obispo. Pero la escasez de exorcistas denota claramente una falta de interés en este sector.

Si luego paso a hablar de otros países europeos, la situación se presenta peor que en Italia. He exorcizado a personas llegadas de Alemania, Austria, Francia, Suiza, Inglaterra y España. Todas vinieron expresamente, atraídas por la fama del padre Candido y luego se conformaron con su discípulo. Pero también todas ellas eran personas que afirmaban no haber encontrado un exorcista en su país. Un profesional suizo me aseguraba que había telefoneado a todos los obispos católicos y que de todos había recibido una respuesta negativa. No quiero decir que en esos países no haya exorcistas, pero indudablemente es difícil localizarlos. Venir a Roma expresamente para un exorcismo no es una diversión.

Insisto: en el extranjero la situación es peor que en Italia. Doy un ejemplo significativo de ello: mis colegas de Estados Unidos quisieron traducir el libro de Balducci *Il diavolo.* Para poder obtener el imprimátur fueron obligados por el revisor diocesano a eliminar los casos en que se hablaba de posesión diabólica. Nótese la incoherencia de esta disposición: además de tratarse de hechos históricos documentados, se abordaba la aplicación práctica de los principios expuestos en el libro. Es el error

habitual: no se niega la presencia del demonio en abstracto para no pasar por herejes, pero se la niega decididamente en cualquier caso concreto.

No ocurre igual en ciertas confesiones protestantes. También en Roma hay algunas que se toman muy en serio el problema, que estudian los casos y que, cuando con su discernimiento llegan a descubrir la presencia del maligno, exorcizan con una eficacia que a veces se me ha hecho palpable. Está claro que todos los que creen en Cristo, y no sólo los católicos, tienen el poder de expulsar a los demonios en su nombre. No debemos tener celos de ellos, sino mirar el Evangelio. Cuando Juan le dijo a Jesús: «Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre pero se lo hemos prohibido porque no es de los nuestros», el Señor reprendió a los apóstoles (Mc. 9, 38-40).

Éste es el descubrimiento que hicieron los miembros de la Renovación y que les puso en el camino de las *plegarias de liberación*. Plegarias que están reguladas con criterios precisos, pero que son muy eficaces. Precisamente para regular estas oraciones el cardenal Suenens escribió un libro, *Rinnovamento e potenza delle tenebre* (Edizioni Paoline, 1982), con presentación del cardenal Ratzinger. El cardenal Suenens escribe lo siguiente: «Inicialmente muchos católicos ligados a la Renovación descubrieron la práctica de la liberación entre los cristianos de otras tradiciones, pertenecientes, en general, a los ambientes de las Free Churches o Pentecostales; y los libros que leyeron, o aún leen, proceden en gran parte de estos ambientes. Entre ellos se encuentra una exorbitante literatura sobre el diablo y sus acólitos, sobre su estrategia y sus medios de actuación, y así sucesivamente. En la Iglesia católica este campo ha quedado en gran parte inculto y nuestra pastoral específica no ha proporcionado directrices adecuadas a nuestro tiempo» (pp. 79-80).

Es una queja en la cual nos detendremos en el próximo capítulo; pero es bueno aprender de quien mejor sigue el Evangelio. También en este punto, como en el estudio y divulgación de la Biblia, nosotros los católicos nos hemos quedado muy atrás respecto de ciertas confesiones protestantes. No me canso de repetirlo: el racionalismo y el materialismo han contaminado a una parte de los teólogos con profunda influencia sobre obispos y sacerdotes. Y quien paga las consecuencias es el pueblo de Dios. En Italia, sólo conozco a un obispo exorcista, el africano monseñor Milingo, combatido de todas las maneras. Y sé como mínimo de dos exorcismos realizados por el papa. Conozco pocos casos más; me alegrará que me los señalen.

Concluyo afirmando que uno de los objetivos que me he fijado con este libro es el de contribuir a que en la Iglesia católica se restablezca la pastoral exorcística. Es un mandato concreto del Señor y una laguna imperdonable que no sea observado. Éste será el tema del siguiente capítulo.

# APÉNDICES

*El pensamiento de san Ireneo*

*Para instrucción de los teólogos modernos, reproducimos el pensamiento de uno de los teólogos más antiguos, san Ireneo. Lo transcribimos de la revista* Il segno del soprannaturale, *septiembre de 1989, firmado con las siglas ALPE, que encubren a un gran estudioso.*

Ireneo, nacido en torno al año 140 en Asia Menor, obispo de Lyon, fue el fundador de la Iglesia en la Galia (Francia); murió en torno al 202, quizá mártir. Su obra fundamental es su libro *Adversus haereses (Contra los herejes),* en el que rechaza en bloque las tesis de los herejes gnósticos, que describían el mundo como generado por un creador malvado. El verdadero creador es el Logos, es decir, el Verbo del Dios bueno. Los ángeles son parte del cosmos creado por Dios; y el diablo, como los demás ángeles, es también un ángel creado bueno, criatura inherente y eternamente inferior y subordinada a Dios; pero «cometió apostasia» y, por tanto, fue arrojado del cielo. Por eso Satanás es *el apóstata por antonomasia,* y también *el engañador* del universo, que «quiere engañar nuestras mentes, ofuscar nuestros corazones y tratar de persuadirnos de adorarlo a él en vez de al verdadero Dios».

Pero sus poderes sobre nosotros son limitados porque no es más que un *usurpador de la autoridad,* que legítima y fundamentalmente pertenece a Dios; y «no puede obligar a pecar».

Ireneo afirma que Satanás perdió la gracia angélica porque sintió envidia de Dios, deseando «ser adorado como Él»; y sintió también envidia del hombre, como imagen creada a semejanza de Dios. Nosotros somos el objeto de su envidia. Por eso entró en el edén con el corazón corrompido por el deseo de llevar a la ruina a nuestros progenitores. Ireneo es el primer teólogo cristiano que elabora y desarrolla consiguientemente una teología del pecado original: Dios creó a Adán y Eva y los puso en el paraíso para que vivieran felices, en estrecha relación con él. Pero Satanás, conociendo su debilidad, entró en el jardín y, asumiendo el aspecto de una serpiente, los tentó.

La maldad de Satanás habría podido quedar sin efecto si Dios no hubiese concedido a la humanidad la libertad de elegir entre el bien y el mal. Satanás «no obligó» al primer hombre y a la primera mujer a pecar; «lo eligieron libremente ellos, porque Dios los creó precisamente concediéndoles el máximo don, el libre albedrío. Satanás es el único, pero también el verdadero y tenaz tentador porque envidia el estado original de los progenitores».

Por eso todos los seres humanos participamos del pecado de Adán y Eva. En aquel momento nos convertimos en esclavos del demonio y, peor aún, impotentes para liberarnos de él, desprovistos de nuestra libre elección. Sujetos a Satanás, hemos distorsionado la imagen y semejanza divina, condenándonos así a muerte. Se infringió la felicidad del edén. Dado que dimos la espalda a Dios por nuestra libre voluntad, nos pusimos en manos de Satanás; por lo tanto, es justo que Satanás nos haya tenido en su poder hasta que fuimos redimidos. «Desde el punto de vista de la justicia, en sentido estricto, Dios habría podido dejarnos en manos de Satanás para siempre; pero su misericordia le hizo enviarnos a su Hijo para salvarnos.» La obra salvadora de Cristo comienza con las tentaciones de Satanás contra el segundo Adán por parte del diablo, a modo de «recapitulación» de la tentación del primer Adán. Pero esta vez el diablo fracasa y resulta irreparablemente derrotado por Cristo. La tradición cristiana ofrece tres interpretaciones principales sobre la obra salvadora de la pasión de Cristo.

a) La primera interpretación quiere que la naturaleza humana haya sido santificada, ennoblecida, transformada y salvada por Cristo al hacerse hombre.

b) La segunda: Cristo fue un sacrificio ofrecido a Dios para reconciliarlo con el hombre.

c) La tercera, la *teoría de la redención,* de la que Ireneo fue el primer y decidido partidario, se funda en las siguientes bases: «Puesto que Satanás tenía legítimamente aprisionada a la raza humana, Dios se ofreció para rescatar consigo mismo nuestra libertad; el precio sólo podía pagarlo él; sólo Dios podía someterse libremente; a nadie más le habría sido posible una elección libre, porque el pecado original nos había privado a todos de nuestra libertad. Dios Padre nos entregó a su hijo Jesús para liberarnos a nosotros, rehenes del demonio. Los sufrimientos de Cristo detuvieron al diablo, liberándonos de la muerte y la condenación.»

La *teoría del sacrificio,* la principal teoría alternativa de los tiempos de Ireneo, sostenía que Cristo, hombre y Dios a la vez, había asumido en sí mismo todos los pecados de la humanidad y, entregándose a la muerte por su libre voluntad, había ofrecido a Dios una recompensa adecuada. La *teoría del rescate,* por más que sea expresada a veces de un modo rústico, reflejaba el énfasis que los padres apostólicos ponían en la *batalla cósmica* entre Cristo y Satanás, y en conjunto respondía bastante bien a los

moderados supuestos dualistas del cristianismo de los orígenes. Ireneo concibe a Cristo como el segundo Adán, que rompió las cadenas de la muerte que nos había impuesto la debilidad del primer Adán. El concepto de *recapitulación* (Cristo, el segundo Hombre, anula el daño hecho por el primer hombre) estaba en el centro de la cristologia de Ireneo.

«Satanás, aunque derrotado por Cristo, no deja de obstaculizar la salvación con todas sus energías. Alienta el paganismo, la idolatría, la brujería, la impiedad y especialmente la herejía y la apostasia. Los herejes y los cismáticos, que no siguen a la verdadera Iglesia de Cristo, son miembros del ejército de Satanás, son sus agentes en la guerra cósmica contra Cristo.»

Ireneo sostiene que Cristo es la defensa de los cristianos contra el diablo. El diablo huye cuando se rezan las oraciones cristianas y se pronuncia el nombre de Cristo. Sin embargo, la batalla no ha concluido en absoluto, porque los demonios seguirán poniendo a prueba a los bautizados, con el permiso del Creador, «ya sea para castigarles por sus pecados, ya sea para mejor purificarles, ya sea para adiestrarles en la caridad fraterna» de mutuo sustento en las necesidades espirituales, con el recíproco consuelo y tolerancia; pero sobre todo para mantenerles siempre «vigilantes y fuertes en la fe».

### *Un documento vaticano sobre la demonología*

No se crea que soy el único que se ha dado cuenta de las tonterías formuladas por ciertos teólogos. Parece que muchos de ellos han asumido como a un nuevo padre de la Iglesia a Rudolf Bultmann, que, entre otras cosas, ha escrito: «No es posible servirse de la luz eléctrica y de la radio, o recurrir en caso de enfermedad a los modernos descubrimientos médicos y clínicos, y al mismo tiempo creer en el mundo de los espíritus y los milagros que nos propone el Nuevo Testamento» *(Nuovo Testamento e Mitologia,* Queriniana, 1969, p. 110). Asumir el progreso técnico como prueba indiscutible de que la palabra de Dios queda sustituida, no es más que un disparate. Pero muchos teólogos y biblistas creen que no están «al día» si no siguen esas directrices. En el citado libro de Lehmann aparece una interesante estadística sobre los teólogos católicos: dos tercios de ellos aceptan en teoría los datos tradicionales sobre el demonio, pero los rechazan cuando son aplicados en la práctica pastoral; es decir, no quieren oponerse frontalmente a la Iglesia, pero en la práctica no aceptan sus enseñanzas (p. 115). También resulta interesante otra observación estadística: los teólogos católicos demuestran un conocimiento demasiado superficial de la posesión diabólica y los exorcismos (p. 27). Es lo que yo he dicho.

Plenamente consciente de esta situación, la Congregación para la Doctrina de la Fe encargó a un experto estudiar el asunto y promulgó un documento que fue publicado en *L'Osservatore Romano* el 26 de junio de 1975 con el título «Fe cristiana y demonología»; ese estudio fue luego incluido entre los documentos oficiales de la Santa Sede (*Enchiridion Vaticanum,* vol. V, núm. 38). Reproducimos algunos pasajes del mismo. Su principal objetivo es instruir a los fieles y particularmente a los teólogos estrambóticos que soslayan la existencia de Satanás en sus estudios y enseñanzas, mientras que Cristo «bajó del cielo y se encarnó para destruir la obra del demonio» (1 Jn. 3, 5). Eliminando la existencia del demonio, anulamos la redención; quien no cree en el demonio, no cree en el Evangelio.

«En el correr de los siglos la Iglesia siempre ha reprobado las diversas formas de superstición, la preocupación obsesiva por Satanás y los demonios, así como los diferentes tipos de culto y de morboso apego a estos espíritus. Por eso sería injusto afirmar que el cristianismo, olvidado del señorío universal de Cristo, haya hecho de Satanás el tema preferido de su predicación, transformando la buena nueva del Señor resucitado en un mensaje de terror [...] Pero, en realidad, sería un error funesto comportarse como si, considerando la historia ya resuelta, la redención hubiera surtido todos sus efectos, de modo que ya no sea necesario comprometerse en la lucha de la que hablan el Nuevo Testamento y los maestros de la vida espiritual [...].

»Pero más a menudo esta existencia [de Satanás] es abiertamente puesta en duda. Algunos críticos, estimando que pueden identificar la posición propia de Jesús, pretenden que ninguna palabra suya garantizaría la realidad del mundo demoníaco, mientras que la afirmación de su existencia reflejaría más bien, allí donde se formula, las ideas de escritos judaicos, o bien dependería de tradiciones neotestamentarias y no de Cristo; puesto que tal afirmación no formaría parte del mensaje evangélico central, hoy ya no comprometería nuestra fe y seríamos libres de abandonarla.

»Otros, más objetivos y más radicales, aceptan las aseveraciones de las Sagradas Escrituras sobre los demonios en su sentido obvio; pero inmediatamente añaden que, en el mundo de hoy, no serían aceptables ni siquiera para los cristianos. También ellos, por lo tanto, las eliminan. Para algunos, finalmente, la idea de Satanás, cualquiera que sea su origen, ya no tendría importancia y, al demorarse en justificarla, nuestra enseñanza perdería crédito y haría sombra al razonamiento sobre Dios, que es el único que merece nuestro interés.

»Para unos y otros, para terminar, los nombres de Satanás y del diablo no serían más que personificaciones míticas y funcionales, cuyo significado sería solamente el de subrayar dramáticamente el influjo del mal y el pecado sobre la humanidad. Puro lenguaje, por tanto, que nuestra

época debería descifrar para encontrar un modo distinto de inculcar a los cristianos el deber de luchar contra todas las fuerzas del mal en el mundo.

»Estas tomas de posición, reiteradas, en las que se hace alarde de erudición y son difundidas por revistas y por ciertos *diccionarios teológicos,* no pueden dejar de turbar los espíritus: los fieles, habituados a tomar en serio las advertencias de Cristo y de los escritos apostólicos, tienen la impresión de que razonamientos de esa clase pretenden imprimir, en este campo, una inflexión sobre la opinión pública, y aquellos que poseen algún conocimiento de las ciencias bíblicas y religiosas se preguntan adónde llevará el proceso de desmitificación emprendido en nombre de una cierta hermenéutica [...].

»También las principales curaciones de poseídos fueron realizadas por Cristo en momentos que resultaban decisivos en los episodios de su ministerio. Sus exorcismos planteaban y orientaban el problema de su misión y su persona, como lo demuestran de manera suficiente las reacciones que suscitaron. Sin poner nunca a Satanás en el centro de su Evangelio, Jesús habló de él, si bien sólo en momentos evidentemente cruciales y con declaraciones importantes.

»Ante todo dio comienzo a su ministerio público aceptando que había sido tentado por el diablo en el desierto: el relato de Marcos es tan decisivo precisamente por su sobriedad, como el de Mateo y Lucas. Él nos puso en guardia contra ese adversario en el sermón de la montaña y en la plegaria que enseñó a los suyos, el *Padrenuestro,* como admiten hoy muchos exégetas, apoyándose en el testimonio de numerosas liturgias. El Apocalipsis es sobre todo el grandioso fresco en que resplandece la potencia de Cristo resucitado en los testimonios de su Evangelio: el Apocalipsis proclama el triunfo del Cordero sacrificado, pero nos engañaríamos por completo sobre la naturaleza de dicha victoria si no se viera en ella el término de una larga lucha en la que intervienen, mediante las potencias humanas que disputan, Jesús, Satanás y sus ángeles, distintos los unos de los otros, pero también agentes históricos suyos. En efecto, es el Apocalipsis el que, subrayando el enigma de los distintos nombres y símbolos de Satanás contenidos en las Sagradas Escrituras, desenmascara definitivamente su identidad. Su acción se desarrolla a lo largo de todos los siglos de la historia humana, bajo los ojos de Dios. Evidentemente la mayoría de los santos padres, que abandonaron con Orígenes la idea de un pecado carnal de los ángeles caídos, vieron en su orgullo —es decir, en el deseo de elevarse por encima de su condición, de afirmar su independencia, de querer creerse Dios— el detonante de su caída; pero, junto con este orgullo, muchos subrayaron también su maldad en relación con el hombre. Según san Ireneo, la apostasia del diablo comenzó cuando sintió celos de la creación del hombre y trató de que se rebelara contra su autor. Según Tertuliano, Satanás, para oponerse al plan del Señor, plagió en los misterios

paganos los sacramentos instituidos por Cristo. En la enseñanza patrística resonaron, pues, de manera esencialmente fiel, la doctrina y las orientaciones del Nuevo Testamento.»

# UNA PASTORAL POR RECONSTRUIR

«Y estas señales acompañarán a los que creen: en mi nombre expulsarán demonios»: esta simple afirmación de Cristo, que leemos al final del Evangelio de Marcos, bastó para una completa pastoral de liberación en los primeros siglos cristianos. Cada cristiano era exorcista, o sea que tenía este poder, basado en la fe y en la fuerza del nombre de Jesús. Nos han dejado testimonio de ello Justino, Tertuliano y Orígenes. Después comenzaron a multiplicarse las fórmulas de exorcismo y las recopilaciones de tales fórmulas. Entretanto las autoridades eclesiásticas comenzaron también a regular el exorcistado (orden de exorcista que era la tercera de las menores), reservando las formas más graves a personas cualificadas, y multiplicando los sacramentales, a disposición de todos, para las formas menos graves.

Pero hasta el siglo XVII, incluso cuando el exorcismo más grave estaba reservado a los obispos o a los sacerdotes delegados por ellos (como la disciplina actual), cada diócesis disponía de un número adecuado de exorcistas; no se daba la actual crisis de incredulidad, al menos práctica, sobre la existencia del demonio, motivo por el cual hoy ni los obispos afrontan este problema pastoral (que debería formar parte de la pastoral ordinaria de cada diócesis), ni los sacerdotes están dispuestos o preparados para asumir la tarea. El Derecho canónico compromete particularmente a los párrocos para que estén cerca de las familias y los individuos, especialmente en sus sufrimientos; para que asistan a los pobres, a los enfermos, a los afligidos, a aquellos que se encuentran en dificultades particulares (can. 529). No hay ninguna duda de que entre estos casos de dolor y necesidades particulares deben contarse los afectados por el maligno. ¿Pero quién cree que lo están?

Se multiplica entonces el recurso a los magos, cartománticos y hechiceros. Son pocos los casos de personas que se dirigen a un exorcista antes de haber recibido las perniciosas curas de las personas antes mencionadas. Se produce literalmente cuanto la Escritura nos dice del rey Ocozías. Encontrándose éste gravemente enfermo, mandó mensajeros para

consultar a Belcebú (¡el príncipe de los demonios!), dios de Ecrón, para conocer su futuro. El profeta Elias fue al encuentro de aquellos mensajeros y les dijo: «¿No hay un Dios en Israel para que vayáis a consultar a Belcebú?» (2 Re. 1, 1-6). Hoy 1 Iglesia católica ha abdicado de esta específica misión suya y la gente ya no se dirige a Dios sino a Satanás.

«¿Cuáles son hoy las mayores necesidades de la Iglesia? No os asombre como simplista o incluso como supersticiosa e irreal nuestra respuesta: una de las mayores necesidades es la defensa contra ese mal que llamamos demonio» (Pablo VI, 15 de noviembre de 1972). Ciertamente las palabras del papa tienen un alcance mucho más vasto que el restringido campo de los exorcismos; pero es igualmente cierto que también este campo está incluido en ellas.

La comisión que está trabajando en la revisión del Ritual se encuentra ante todo un complejo de deberes. No se trata sólo de revisar las normas iniciales y las oraciones de exorcismo. También hay que aclarar toda la pastoral sobre esta materia.

Actualmente el Ritual considera de forma directa sólo el caso de posesión diabólica, esto es, el caso más grave y raro. Nosotros, los exorcistas, en la práctica, nos ocupamos de todos los casos en que detectamos la intervención satánica: los casos de vejación diabólica (mucho más numerosos que los casos de posesión), los casos de obsesión, los casos de infestación de las casas y también otros casos en los que hemos visto la eficacia de nuestras oraciones. Diría que también en este campo vale el principio *«natura non facit saltus»* (la naturaleza no da saltos, sino que avanza mediante lentas evoluciones). Por ejemplo, no está claro el límite entre poseídos y vejados. Del mismo modo no está claro el límite entre las vejaciones y otros males: males físicos que pueden ser causados por el maligno; males morales (estados habituales de pecado, especialmente en las formas más graves) en los que ciertamente el maligno ha tenido su papel. Por ejemplo, he podido ver cómo a veces se conseguía una mejora al hacer un breve exorcismo, además de la oración por los enfermos, sobre personas de las que tenía razones para sospechar acerca del origen de su mal. Como también he obtenido buenos resultados con el uso de breves exorcismos, sumados al sacramento de la confesión, con personas recalcitrantes en ciertos pecados, como los homosexuales. San Alfonso, el doctor de la Iglesia para la teología moral, dirigiéndose a los confesores, dice que *ante todo* el sacerdote debe exorcizar particularmente cuando se encuentra ante algo que cree que puede ser una infestación demoníaca.

Pero obsérvese que, según las normas vigentes, al exorcista sólo le competen en rigor los casos de posesión diabólica. El resto de casos pueden ser resueltos de otro modo: oración, sacramentos, uso de los sacramentales, plegarias de liberación en grupos, etc. Pero es un campo demasiado vasto para dejarlo a la libre iniciativa, sin ninguna disposición precisa. En el

apéndice reproducimos la carta que la Congregación para la Doctrina de la Fe envió a los obispos el 29 de septiembre de 1985. En síntesis, en ella se recuerdan las disposiciones vigentes, sin resolver el complejo problema que corresponde a la comisión especial. No sé si durante estos años los obispos se han apresurado a hacer llegar a esa comisión las oportunas sugerencias. Lo dudo mucho, teniendo en cuenta la negligencia general en este sector. Me limito a algunos apuntes.

Uno de los prelados más sensibles a este tema es, sin duda, el cardenal Suenens, que lo vive continuamente a través de las plegarias de liberación que se hacen en los grupos de la Renovación. En un breve capítulo de su libro ya citado afirma: «La práctica de la liberación de los demonios, ejercida sin mandato, mediante exorcismos directos, plantea problemas de frontera que hay que determinar y aclarar. A primera vista la línea de demarcación parece clara: los exorcismos están reservados exclusivamente al obispo o a su delegado, en caso de presunta posesión diabólica; los casos que están fuera de la posesión propiamente dicha son un campo libre, no reglamentado y, por consiguiente, accesible a todos.»

Pero el cardenal sabe perfectamente que los casos de verdadera posesión son pocos y, además, requieren un estudio específico y competente para poder ser detectados. Por eso añade: «Todo lo que está fuera de la posesión propiamente dicha es como un campo de confines mal delimitados, en el que reinan la confusión y la ambigüedad. La misma complejidad de la nomenclatura no ayuda a simplificar las cosas; no existe una terminología común, y bajo la misma etiqueta se encuentran contenidos diferentes» (ob. cit., p. 95).

Más adelante, para ofrecer sugerencias prácticas, el cardenal escribe: «Para hacer una puesta a punto útil es preciso, aparte todo lo demás, fijar la terminología y establecer con claridad la distinción entre *plegaria de liberación* y *exorcismo de liberación,* con invectivas dirigidas al demonio. El *exorcismo de liberación* queda reservado al discernimiento exclusivo del obispo en los casos de posesión; pero falta una línea de demarcación entre las formas de exorcismo que se sitúan fuera de la posesión» (ob. cit., pp. 119-120). A decir verdad, yo esta línea de demarcación la veo clara, al menos en cuanto a los términos, teniendo en cuenta que el exorcismo propiamente dicho, reservado al obispo o a un delegado suyo, es un *sacramental* y compromete la intercesión de la Iglesia; todas las demás formas son *plegarias privadas,* aunque hechas por grupos. No sé por qué el cardenal Suenens no ha hablado nunca del exorcismo como de un sacramental y como el único al que debe reservarse el nombre de exorcismo; es cierto que dedica un breve capítulo a los sacramentales, cita algunos, pero no cita como tal el exorcismo. En mi opinión, sería ya un punto claro. El cardenal me perdonará esta reconvención.

Pasando a las propuestas prácticas, el cardenal Suenens sugiere: «Yo propongo reservar para el obispo no sólo los casos de posesión diabólica, según el antiguo derecho, sino toda la zona en que se pueda sospechar una influencia específicamente demoníaca. Señalaré también que si bien el exorcistado ha desaparecido como orden menor, nada impide que una conferencia episcopal pida a Roma que lo restablezca» (ob. cit., pp. 121-122). Y el cardenal propone que, para los casos menos graves, el exorcistado pueda ser conferido también a laicos cualificados.

Encuentro otras propuestas en el óptimo libro varias veces citado del padre La Grua. Después de recordar las realizadas por el cardenal Suenens, se plantean algunas que podrían tener una aplicación inmediata, a la espera de las decisiones de los superiores. Son propuestas prácticas, factibles y cuya ejecución podría proporcionar también elementos de decisión a la comisión que está revisando esta parte del Ritual. «En toda diócesis el obispo debería poner junto al exorcista un *grupo de discernimiento,* compuesto por tres o cuatro personas, entre ellas un médico y un psicólogo. Todos los casos *sospechosos* deberían ser llevados a este grupo que, previo el correspondiente examen, dirigiera el paciente al médico, al exorcista o al grupo orante. El *grupo orante* o los *grupos orantes,* si los casos fuesen muchos, deberían estar constituidos por personas expertas y preparadas, y deberían intervenir en los llamados *casos menores,* dejando al exorcista el tratamiento de los casos más importantes. En el grupo orante no debería faltar nunca la presencia del sacerdote.

»La liberación volvería así a entrar en el plano normal de la *pastoral de los enfermos.* Una *terapia* bien planteada debería articularse según los siguientes puntos: evangelización, práctica guiada de los sacramentos de la penitencia y la eucaristía, ejercicios ascéticos, frecuentación de grupos de oración. Es ocioso decir que, en los casos menores, no se pueden hacer *conjuros* sobre las personas, sino sólo *oraciones,* a menos que el sacerdote tenga autorización» (ob. cit., pp. 113-114).

Como se ve, el problema no se limita a aumentar el número de exorcistas y darles ocasión de prepararse para cumplir correctamente este ministerio. Hay también otras temáticas abiertas que es preciso resolver, de modo que este sector deje de ser un campo cerrado, con la inscripción de «Trabajos en curso». El demonio no cesa nunca su actividad, mientras que los siervos del Señor *duermen,* como nos dice la parábola del buen trigo y la cizaña. Pero el primer paso, *el paso fundamental,* es que los obispos y los sacerdotes recuperen la sensibilidad en relación a este problema, sobre la base de la sana doctrina que las Escrituras, la tradición y el magisterio nos han transmitido siempre, también a través del Concilio Vaticano II, la enseñanza de los últimos pontífices y últimamente el *Catecismo de la Iglesia católica,* con las dos aperturas que hemos subrayado en las páginas 52 y 53.

Contribuir a este objetivo es la finalidad principal de estas páginas y por lo que me he decidido a escribirlas. Y sólo si se alcanza el mismo estimaré logrado mi fin, sin dejarme deslumbrar por los elogios de la crítica y la rápida divulgación de mi libro.

# APÉNDICES

*Un documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe*

*Se trata de una carta enviada a todos los obispos diocesanos para recordar las normas vigentes respecto de los exorcismos. No sé verdaderamente por qué algunos periódicos han hablado de «nuevas restricciones»; no hay novedades; es importante la exhortación final. Podría ser una novedad lo que se afirma en el número 2, en cuanto se repite que los fieles no pueden usar el exorcismo de León XIII, pero ya no se dice que los sacerdotes necesitan el permiso del obispo; no está claro si esta variante está en la voluntad de la Sagrada Congregación. Encuentro de dudosa interpretación el número 3. La carta es del 29 de septiembre de 1985. Aquí damos una traducción nuestra.*

Excelentísimo Señor: Desde hace algunos años, entre ciertos grupos eclesiales se van multiplicando encuentros de oración con este objetivo: obtener la liberación de las influencias maléficas, aun cuando no se trata de exorcismos propiamente dichos; estos encuentros se desarrollan bajo la guía de laicos, aunque en presencia de un sacerdote. Puesto que se ha preguntado a la Congregación para la Doctrina de la Fe qué hay que pensar sobre tales hechos, este dicasterio estima necesario informar a todos los obispos diocesanos de las siguientes respuestas:

1. El canon 1172 del Código de Derecho Canónico dispone que nadie puede legítimamente pronunciar los exorcismos sobre los endemoniados si no ha obtenido licencia específica y expresa del obispo diocesano del lugar (par. 1.°), y precisa que esta licencia sólo debe concederse a un sacerdote que esté dotado de piedad, ciencia, prudencia e integridad de vida (par. 2.°). Por lo tanto, se invita a los obispos a atenerse estrictamente a la observancia de estas prescripciones.

2. De tales prescripciones resulta también que no es lícito que los fieles usen la fórmula del exorcismo contra Satanás y los ángeles rebeldes, tomada de aquella que se ha hecho de derecho público por disposición del sumo pontífice León XIII; y aún menos pueden usar el texto íntegro de

dicho exorcismo. En caso necesario, que los obispos se ocupen de advertir de esta disposición a los fieles.

3. Por último, por los mismos motivos, se ruega a los obispos que se muestren alertas a fin de que —incluso en los casos en que, aunque no se trate de posesión diabólica propiamente dicha, parece que sin embargo se manifiesta algún influjo diabólico— aquellos que no tienen la debida licencia no guíen las reuniones en que se usan oraciones para obtener la liberación, en el curso de las cuales se dirigen directamente a los demonios y se esfuerzan en conocer sus nombres.

El haber recordado estas normas, empero, no debe apartar en lo más mínimo de la oración a los fieles a fin de que, como Jesús nos ha enseñado, ellos sean liberados del mal (cfr. Mt. 6, 13). Además, los pastores pueden servirse de esta ocasión que se les brinda para recordar lo que la tradición de la Iglesia enseña respecto de la función que es propia de los sacramentos, de la intercesión de la beatísima Virgen María, de los ángeles y de los santos, también en la lucha espiritual de los cristianos contra los espíritus malignos.

(La carta está firmada por el prefecto cardenal Ratzinger y el secretario monseñor Bovone.)

### *Para los incompetentes es peligroso atacar al demonio*

La carta antes reproducida alerta, a quien no posee la facultad de hacerlo, por lo que se refiere a dirigirse directamente al demonio pretendiendo conocer su nombre.

Es una norma dictada también como salvaguardia de las personas que quieren hacer lo que no les compete. Los Hechos (19, 11-20) nos refieren un sabroso episodio al respecto:

«Y Dios hacía tan grandes milagros por medio de Pablo, que hasta los pañuelos o las ropas que habían sido tocadas por su cuerpo eran llevadas a los enfermos, y éstos se curaban de sus enfermedades, y los espíritus malignos salían de ellos.

»Pero algunos judíos que andaban por las calles expulsando espíritus malignos trataron de usar para ello el nombre del Señor Jesús. Decían a los espíritus: "¡En el nombre de Jesús, a quien Pablo anuncia, os ordeno que salgáis!" Esto hacían los siete hijos de un judío llamado Esceva, que era un jefe de los sacerdotes. Pero en cierta ocasión les contestó el espíritu maligno: "Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois?" Al propio tiempo, el hombre que tenía el espíritu maligno se lanzó sobre ellos, y con gran fuerza los dominó a todos, maltratándolos con tanta violencia que huyeron de la casa desnudos y heridos. Todos los que vivían en Efeso, judíos y no judíos, se enteraron de lo ocurrido y se llenaron de temor. De esta manera crecía la fama del nombre de Jesús.

»También muchos de los que creyeron llegaban confesando públicamente todo lo malo que antes habían hecho, y muchos que habían practicado la brujería trajeron sus libros y los quemaron en presencia de todos. Calculado el valor de aquellos libros, resultó ser como de unas cincuenta mil monedas de plata. El mensaje del Señor iba así extendiéndose y demostrando su poder.»

Obsérvese también, además de la mala suerte de aquellos siete hermanos, cómo la gente se convertía dejando la magia (el culto a Satanás) para abrazar la palabra del Señor (el culto a Dios).

Algo muy distinto le acaeció al padre Candido, autorizado por la Iglesia para este ministerio. Un día estaba exorcizando a una robusta mujer, que solía enfurecerse. También estaba presente un psiquiatra. En un momento dado la mujer se levantó de la silla, se volvió sobre sí misma, como hacen los discóbolos a fin de coger fuerza para el lanzamiento del disco, y lanzó con todas sus fuerzas un puñetazo que golpeó al exorcista en la sien derecha. El ruido del golpe resonó en la amplia sacristía; el médico acudió preocupadísimo. Pero el padre Candido prosiguió impertérrito su exorcismo, con el rostro sonriente como era habitual en él. Al final dijo que había sentido como si un guante de terciopelo le hubiese rozado la sien. Evidentemente había sido protegido por el cielo y, yo no vacilo en decirlo, de manera extraordinaria.

# CONCLUSIÓN

Llegado al final, me parece que he dicho demasiado poco en relación a cuanto habría podido decir; pero he querido describir con fines prácticos los frutos de una experiencia directa, como todavía no he encontrado en ningún otro libro. Espero haber prestado un servicio a todos los que se interesan por este tema; ante todo he tenido presentes a los sacerdotes; todos ellos deberían tener al menos ese mínimo de conocimientos para entender, ante cada caso concreto, cuándo una persona debe dirigirse a un exorcista, porque existen motivos que hacen sospechar una presencia maléfica, y cuándo, en cambio, sería inútil ese recurso. Ya lo he dicho, pero me interesa repetirlo: es muy importante.

En cuanto a mi experiencia personal, debo dar las gracias al cardenal Poletti por haberme confiado esta misión, que, tomándome desprevenido, acepté con los ojos cerrados. Ahora veo, en esta facultad que me ha sido concedida sin ningún mérito mío, un complemento de mi sacerdocio: así como celebro misa, predico y confieso, cuando es preciso hago exorcismos. Tengo la posibilidad de ayudar a muchas personas que sufren, a las que a menudo basta una palabra de comprensión. Me sentiría un medio cura si no tuviera esta posibilidad que, aunque de uso excepcional respecto de las demás formas de ministerio sacerdotal, forma parte de la pastoral eclesiástica ordinaria. Así al menos debería ser.

Diría también que de ello he obtenido grandes beneficios desde el punto de vista espiritual. Beneficios para la fe, porque se manifiesta el mundo invisible; beneficios para la vida de oración y para la humildad, porque pone continuamente de relieve nuestra absoluta impotencia frente a estos males: por más que se procure rezar con fe y con todo empeño, somos «siervos inútiles» y, si no interviene el Señor para hacerlo todo, el resultado de nuestros esfuerzos y de nuestra habilidad adquirida con la experiencia es cero; cuando digo que es *cero* no exagero en absoluto; como diría san Pablo: «Dios hizo crecer la planta» (1 Cor. 3, 6).

Quisiera también desmentir una creencia que, quién sabe por qué, se ha infiltrado en buena parte del clero: la idea de que el demonio se venga

de aquellos que practican los exorcismos. Mi maestro, el padre Candido, que durante treinta y seis años exorcizó a tiempo completo, se vio afectado por graves trastornos de salud pero debido a la edad, no al demonio. El padre Pellegrino Emetti, benedictino de Venecia, exorcizó durante cuarenta años y este ministerio no ha mejorado ni empeorado su salud. Vuelvo a decirlo, y os ruego que me creáis: el demonio ya hace a cada uno de nosotros todo el daño que puede. Es falso pensar: si le dejo en paz, también él me dejará en paz. Es falso y supone una traición a nuestra misión sacerdotal, que está totalmente comprometida en guiar a las almas hacia Dios sustrayéndolas, cuando sea preciso, del poder de Satanás: mediante la evangelización, que tiene, sin más, una importancia primordial, luego a través de los sacramentos y, por último, de los sacramentales, entre los que también se cuenta el exorcismo. Un sacerdote que tiene miedo de las represalias del demonio es como un pastor que tiene miedo del lobo. Pero es un temor carente de fundamento.

Sería necio sobrevalorar las venganzas del diablo para desalentar a los exorcistas. Son casos raros y cuento uno. Cierto día un sacerdote ayudaba al padre Candido. Estaban exorcizando a un jovencito al que, en un momento dado, se le prendió fuego la ropa. Nada grave, sólo una leve quemadura en un hombro. La madre dijo luego que también la camiseta pegada a la piel estaba quemada, pero sin que hubiera afectado al joven. Mientras se producía la combustión se notó un acre olor a azufre y el demonio se volvió contra el sacerdote ayudante, prometiéndole que lo pagaría caro.

Algunos días después aquel sacerdote volvía por la tarde en coche, desde Nápoles a Roma. Se veía flanqueado por unas luces laterales sin que consiguiera saber qué eran, por lo que decidió detenerse en una estación de servicio. Mientras estaba llegando allí, se prendió fuego el coche. El sacerdote consiguió detenerse, sacar las llaves y escapar. Acudieron algunos conductores que gritaban: «¡Hay alguien dentro! ¡Se ve a alguien!» En vano aseguraba el sacerdote que estaba solo. De repente, oyeron cómo se ponía en marcha el motor del automóvil en llamas y el coche comenzó a avanzar lentamente, como una bola de fuego, hacia los surtidores de gasolina. Al mismo tiempo se pudo percibir en el aire un acre olor a azufre. El sacerdote reconoció el mismo olor que se había notado durante el exorcismo y se puso a rezar. De inmediato el automóvil se detuvo, pero siguió ardiendo hasta su total destrucción.

He referido este caso por voluntad de ser exhaustivo, pero sería un error generalizar su alcance; se trató de un hecho excepcional. Que el ministerio sacerdotal expone a afrontar riesgos e incomodidades lo saben todos los sacerdotes, incluso sin ser exorcistas. San Pedro diría: «Al contrario, alegraos de tener parte en los sufrimientos de Cristo, para que

también os llenéis de alegría cuando su gloria se manifieste» (1 Pe. 4, 13). El bien de las almas merece cualquier sacrificio.

El sacerdote debe creer en su sacerdocio; debe creer en los poderes que el Señor le ha dado; debe seguir el ejemplo de los apóstoles y de los sacerdotes santos. Al principio de su pontificado, Juan XXIII volvió a proponer a todos la figura del cura de Ars. Es verdad, este santo arrancaba las almas a Satanás y tuvo que sufrir mucho a causa del demonio. Sin embargo, no era exorcista y no hacía exorcismos. Quien manda es el Señor, que nunca nos pone pruebas sin darnos a la vez la fuerza para superarlas. Pero pobres de nosotros si por cobardía nos echamos atrás y omitimos nuestro deber.

Tenemos el don del espíritu, la eucaristía, la palabra de Dios, la fuerza del nombre de Jesús, la protección de la Virgen, la intercesión de los ángeles y los santos... ¿No es tontería tener miedo de un vencido?

Ruego a la Inmaculada, enemiga de Satanás y victoriosa sobre él desde el primer anuncio de la redención, que nos ilumine a todos, nos proteja, nos sostenga en el combate terrenal hasta la consecución del premio eterno. En particular, le ruego por todo el episcopado católico, que *tiene la obligación* de hacerse cargo de cuantos sufren a causa del demonio, a fin de que actúe conforme a las leyes y la tradición de la Iglesia.

¡María Inmaculada! Es hermoso terminar pensando en ella, que mantiene, con el demonio, una enemistad querida por Dios mismo: «Haré que tú y la mujer seáis enemigas» (Gén. 3, 15). Es *Inmaculada* porque nunca tuvo ni el pecado original ni los pecados actuales: nunca cedió a Satanás. Es *siempre Virgen* porque perteneció siempre a Dios, incluso con el cuerpo, del que el Verbo tomó su propio cuerpo. Piénsese en el valor de la encarnación: el demonio, que no tiene cuerpo porque es puro espíritu, en su gran soberbia, quería situarse en el centro de todas las cosas creadas; después de la encarnación es obligado ver, en cambio, que el centro de la creación es Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre; y es obligado también constatar que con la encarnación empieza el tiempo de su derrota. He aquí por qué trata por todos los medios de que el cuerpo humano se convierta en motivo de pecado, trata de humillar al cuerpo, de enfangarlo, como rabiosa reacción a la encarnación del Verbo que, con su cuerpo sacrificado por nosotros, nos redimió. De aquí se desprende también la importancia de este dogma mariano, María siempre Virgen, en oposición a Satanás y como instrumento de los planes de Dios.

María se declaró sierva del Señor y se convirtió en la *Madre de Dios,* adquiriendo una intimidad del todo única con la Santísima Trinidad. Piénsese qué oposición hay en esto respecto de Satanás, que se alejó de Dios y se convirtió en la criatura más distante de él. María, *asunta al cielo,* nos comunica la gloriosa conclusión del plan de Dios, que nos ha creado

para gozar eternamente con él; y nos expresa el total fracaso de Satanás, precipitado desde la alegría celestial al eterno suplicio.

María, *Madre nuestra, Madre de la Iglesia, Mediadora universal de gracias,* nos muestra en su continuo dinamismo la obra de la Virgen, que Cristo ha querido asociar a sí mismo en la santificación de las almas. Y nos muestra su neta oposición a toda la obra de Satanás, que está orientada a oponerse al cumplimiento de los planes de Dios sobre los hombres, por lo cual nos persigue, nos tienta de todas las maneras y, no contento con estar en la raíz del mal, del pecado, del dolor y de la muerte, trata de arrastrarnos a la condenación eterna.

Con estos pensamientos apenas esbozados acabo. Después de haber escrito cuatro libros sobre la Virgen no quisiera escribir el quinto ahora, cuando es hora de concluir. Manzoni nos advierte, con su buen juicio, que, en cuanto a libros, basta con uno a la vez, cuando no es demasiado.

# PLEGARIAS DE LIBERACIÓN

## Oraciones contra el maleficio

*(Del ritual griego)*

*Kyrie eleison.* Dios nuestro Señor, oh Soberano de los siglos, omnipotente y todopoderoso, tú que lo has hecho todo y que lo transformas todo con tu sola voluntad; tú que en Babilonia transformaste en rocío la llama del horno siete veces más ardiente y que protegiste y salvaste a tus tres niños santos; tú que eres doctor y médico de nuestras almas; tú que eres la salvación de aquellos que se dirigen a ti, te pedimos y te invocamos, haz vana, expulsa y pon en fuga toda potencia diabólica, toda presencia y maquinación satánica, toda influencia maligna y todo maleficio o mal de ojo de personas maléficas y malvadas realizados sobre tu siervo... haz que, en cambio, de la envidia y el maleficio obtenga abundancia de bienes, fuerza, éxito y caridad; tú, Señor, que amas a los hombres, extiende tus manos poderosas y tus brazos altísimos y potentes y ven a socorrer y visita esta imagen tuya, mandando sobre ella al ángel de la paz, fuerte y protector del alma y el cuerpo, que mantendrá alejado y expulsará a cualquier fuerza malvada, todo envenenamiento y hechicería de personas corruptoras y envidiosas; de modo que debajo de ti tu suplicante protegido te cante con gratitud: «El Señor es mi salvador y no tendré temor de lo que pueda hacerme el hombre.

»No tendré temor del mal porque tú estás conmigo, tú eres mi Dios, mi fuerza, mi poderoso Señor, Señor de la paz, padre de los siglos futuros.»

Sí, Señor Dios nuestro, ten compasión de tu imagen y salva a tu siervo... de todo daño o amenaza procedente de maleficio, y protégelo poniéndolo por encima de todo mal; por la intercesión de la más que bendita, gloriosa Señora, la madre de Dios y siempre virgen María, de los resplandecientes arcángeles y de todos tus santos. ¡Amén!

### Alma de Cristo

Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, consuélame.
Oh buen Jesús, escúchame.
Escóndeme entre tus llagas.
No permitas que me separe de ti.
Defiéndeme del enemigo maligno.
En la hora de mi muerte, llámame.
Haz que yo venga a ti para alabarte
con todos los santos
por los siglos de los siglos.
Amén.

## Oración contra todo mal

Espíritu del Señor, Espíritu de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Santísima Trinidad, Virgen Inmaculada, ángeles, arcángeles y santos del paraíso, descended sobre mí.

Fúndeme, Señor, modélame, lléname de ti, utilízame.

Expulsa de mí todas las fuerzas del mal, aniquílalas, destrúyelas, para que yo pueda estar bien y hacer el bien.

Expulsa de mí los maleficios, las brujerías, la magia negra, las misas negras, los hechizos, las ataduras, las maldiciones y el mal de ojo; la infestación diabólica, la posesión diabólica y la obsesión diabólica; todo lo que es mal, pecado, envidia, celos y perfidia; la enfermedad física, psíquica, moral, espiritual y diabólica.

Quema todos estos males en el infierno, para que nunca más me toquen a mí ni a ninguna otra criatura en el mundo.

Ordeno y mando con la fuerza de Dios omnipotente, en nombre de Jesucristo Salvador, por intercesión de la Virgen Inmaculada, a todos los espíritus inmundos, a todas las presencias que me molestan, que me abandonen inmediatamente, que me abandonen definitivamente y que se vayan al infierno eterno, encadenados por san Miguel arcángel, por san Gabriel, por san Rafael, por nuestros ángeles custodios, aplastados bajo el talón de la Virgen Santísima Inmaculada.

## Oración por la curación interior

Señor Jesús, tú has venido a curar
los corazones heridos y atribulados,
te ruego que cures los traumas que provocan
turbaciones en mi corazón;
te ruego, en especial, que cures
aquellos que son causa de pecado.

Te pido que entres en mi vida,
que me cures de los traumas psíquicos
que me han afectado en tierna edad
y de aquellas heridas que me los han provocado
a lo largo de toda la vida.

Señor Jesús, tú conoces mis problemas,
los pongo todos en tu corazón de Buen Pastor.
Te ruego, en virtud de aquella gran llaga
abierta en tu corazón,
que cures las pequeñas heridas que hay en el mío.
Cura las heridas de mis recuerdos,
a fin de que nada de cuanto me ha acaecido
me haga permanecer en el dolor, en la angustia,
en la preocupación.

Cura, Señor,
todas esas heridas que, en mi vida,
han sido causa de raíces de pecado.
Quiero perdonar
a todas las personas que me han ofendido,
mira esas heridas interiores
que me hacen incapaz de perdonar.
Tú que has venido a curar los corazones afligidos,
cura mi corazón.

Cura, Señor Jesús, mis heridas íntimas
que son causa de enfermedades físicas.
Yo te ofrezco mi corazón,
acéptalo, Señor, purifícalo y dame
los sentimientos de tu Corazón divino.
Ayúdame a ser humilde y benigno.

Concédeme, Señor,
la curación del dolor que me oprime
por la muerte de las personas queridas.

Haz que pueda recuperar la paz y la alegría
por la certeza de que tú eres la Resurrección y la Vida.
Hazme testigo auténtico
de tu Resurrección,
de tu victoria sobre el pecado y la muerte,
de tu presencia de Viviente entre nosotros.
Amén.

## Plegaria de liberación

Oh, Señor, tú eres grande, tú eres Dios, tú eres Padre,
nosotros te rogamos, por la intercesión y con la ayuda
de los arcángeles Miguel, Rafael y Gabriel,
que nuestros hermanos y hermanas
sean liberados del maligno que los ha esclavizado.
Oh, santos, venid todos en nuestra ayuda.

De la angustia, la tristeza y las obsesiones,
Nosotros te rogamos: *Líbranos, oh Señor*.

Del odio, la fornicación y la envidia,
Nosotros te rogamos: *Líbranos, oh Señor*.

De los pensamientos de celos, de rabia y de muerte,
Nosotros te rogamos: *Líbranos, oh Señor*.

De todo pensamiento de suicidio y de aborto,
Nosotros te rogamos: *Líbranos, oh Señor*.

De toda forma de sexualidad mala,
Nosotros te rogamos: *Líbranos, oh Señor*.

De la división de la familia, de toda amistad mala,
Nosotros te rogamos: *Líbranos, oh Señor*.

De toda forma de maleficio, de hechizo,
de brujería y de cualquier mal oculto,
Nosotros te rogamos: *Líbranos, oh Señor*.

Oh, Señor, que dijiste «la paz os dejo, mi paz os doy», por la intercesión de la Virgen María concédenos ser librados de toda maldición y gozar siempre de tu paz. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

PLANETA✝TESTIMONIO

# HABLA UN EXORCISTA

## GABRIELE AMORTH

¿Cómo defenderse del demonio? ¿Cuáles son los signos que indican la presencia del maligno? ¿Existen los hechizos, los maleficios y el mal de ojo? ¿Cómo liberarse de ellos? Esta obra, fruto de la experiencia directa de Gabriele Amorth, el exorcista oficial de la diócesis de Roma, la diócesis del papa, responde con abundantes ejemplos a estas y otras preguntas de forma clara y sugestiva.

La práctica del exorcismo, en auge hasta hace un siglo, está pasando entre los católicos por un período de crisis que incluye teoría y práctica, los estudios de los teólogos y la pastoral diocesana. Así se ha dejado el campo libre a los brujos, magos y adivinos.

Estas páginas van, por tanto, a contracorriente, pero están dentro de la línea marcada por las enseñanzas de la Biblia, del magisterio de la Iglesia y de la sana tradición. Son una invitación a ocuparse de tantas víctimas del diablo que piden y necesitan ayuda.


696521-1
00
9 788408 023555